

Boletín Oficial del Obispado de Santander

AÑO CXXXVII

NÚM. 2

MARZO - ABRIL 2013

IGLESIA EN SANTANDER

OBISPO

Decretos	Decreto por el que se convocan sagradas órdenes del diaconado permanente en la diócesis	1
Cartas del Obispo	Ante el día del Seminario. Necesidad de las vocaciones sacerdotales	2
	Valor del Seminario menor	4
	Importancia del Seminario Mayor	6
	El Papa Benedicto XVI una vida para Dios y para la Iglesia	8
	Mensaje para la Semana Santa. <i>Bajo el signo de la cruz</i>	10
	Mensaje Pascual. <i>“Resucitó Cristo, mi esperanza”</i>	11
	Visita Pastoral al arciprestazgo de Virgen de la Barquera. <i>Tiempo de gracia y momento de renovación cristiana</i>	13
	La primera comunión de los niños. <i>Fiesta eclesial y familiar</i>	14
	Jornada Mundial de oración por las vocaciones. <i>Las vocaciones, signo de esperanza fundada en la fe</i>	15
	Una asignatura apasionante. <i>Apúntate a clase de Religión</i>	16
	Ante la fiesta del 1º de mayo. <i>Por el empleo digno</i>	17
Campaña de la Declaración de la Renta. <i>La Iglesia con TODOS, por una sociedad mejor ...</i>	18	
Homilias	Peregrinación a la S.I. Catedral. Vicaría de San Pedro	20

	Peregrinación a la S.I. Catedral. Vicaría de San Andrés.....	23
	Ordenación de Diáconos. Alejandro Benavente, Ricardo Díaz, Adrián Sáinz	27
	Misa Crismal	29
Cartas y Mensajes	Carta de Gratitud y adhesión al Santo Padre el Papa Benedicto XVI	33
	Mensaje del Sr. Obispo ante la elección del Papa Francisco	34
	Carta al Nuncio Apostólico en España	36
	Carta al Papa Francisco	37
Conferencias	Relación entre Evangelización y Cultura	38
SERVICIOS PASTORALES		
Cancillería	Nombramientos	51
	Ordenaciones	51
	Vida Diocesana	
	Actividad pastoral de nuestro Obispo	52
	En la paz del Señor	56
IGLESIA EN ESPAÑA		
CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA	Nota de prensa final de la CI Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española	59
	Los mártires del siglo XX en España, firmes y valientes testigos de la fe. Mensaje con motivo de la Beatificación del Año de la fe	63
IGLESIA UNIVERSAL		
BENEDICTO XVI	Última audiencia general de Benedicto XVI ...	69
FRANCISCO	Elección y Bendición Urbi et Orbi	74
	Biografía	76
Homilías	Inicio del Ministerio Petrino del Obispo de Roma	78
	Domingo de Ramos	81
	Santa Misa Crismal	84

Misa en la Cena del Señor	88
Vigilia Pascual	89
Mensaje Urbi et Orbi en Pascua.....	91
Toma de posesión de la Cátedra del Obispo de Roma. Basílica de San Juan de Letrán.....	94
Homilía en la Basílica de San Pablo Extramu- ros	98

SANTA SEDE

Secretaría del Estado	Carta de respuesta ante renuncia del Papa Benedicto XVI	102
	Carta de respuesta ante el nombramiento del Papa Francisco	103

Iglesia en Santander

OBISPO

Decretos

DECRETO
POR EL QUE SE CONVOCAN
SAGRADAS ORDENES DEL DIACONADO PERMANENTE
EN LA DIÓCESIS.

VICENTE JIMÉNEZ ZAMORA,
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA
OBISPO DE SANTANDER.

Por la presente y a tenor de la normativa eclesial anunciamos que el próximo día 18 de agosto de 2013, conferiremos, D.m., en la parroquia de San Juan Bautista de Colindres el sagrado Orden del Diaconado Permanente a aquellos candidatos, que reuniendo las condiciones de la ley canónica, tras haber cursado los estudios eclesiásticos y haberse preparado humana y espiritualmente, bajo la orientación y guía de sus formadores y la autoridad del Obispo, aspiren a la recepción de este Sacramento del Diaconado.

Dichos candidatos deberá dirigir a nuestra Cancillería la correspondiente solicitud, acompañada de la documentación pertinente en cada caso, de conformidad con lo que establece el canon 1050, a fin de comenzar las encuestas y, una vez realizadas las proclamas en las parroquias de origen y domicilio, otorgar, si procede, la autorización obligada para que puedan recibir el sagrado Orden del Diaconado.

Dado en Santander, a 24 de abril de 2013.

+ Vicente Jiménez Zamora
Obispo de Santander

Por mandato de S.E. Rvdma.
Isidro Pérez López
Canciller Secretario General

Cartas del Obispo

ANTE EL DÍA DEL SEMINARIO *Necesidad de las vocaciones sacerdotales* 2 de marzo de 2013

Queridos sacerdotes, diáconos, seminaristas, miembros de vida consagrada y fieles laicos:

Todos los años en torno a la fiesta de San José, el esposo fiel de la Virgen María y custodio del Redentor, celebramos el Día del Seminario. En nuestra Diócesis de Santander lo celebraremos el domingo, 17 de marzo. En esa fecha tres seminaristas, Alejandro, Ricardo y Adrián, recibirán de mis manos de Obispo el sagrado orden del Diaconado, paso previo a la ordenación de sacerdotes. ¡Damos gracias a Dios por este gran regalo a nuestra Diócesis y felicitamos a los ordenandos, a sus familias y al Seminario de Monte Corbán!

El lema del Día del Seminario de este año es: Sé de quién me he fiado (2 Tim 1, 12). En el contexto de esta frase, San Pablo invita a su discípulo Timoteo a revivir el don de la ordenación y a dar testimonio valiente del Evangelio. Es la gran certeza de que el sacerdote se fía totalmente del Señor, que le llama, consagra y envía. El sacerdote cree en el amor que Dios le tiene (cfr. 1 Jn 4, 16); se apoya en el cayado del Buen Pastor (cfr. Ps 22).

Necesidad.

Las vocaciones sacerdotales son necesarias en la Iglesia, porque “sin sacerdotes la Iglesia no podría vivir aquella obediencia fundamental que se sitúa en el centro mismo de su existencia y de su misión en la historia, esto es, la obediencia al mandato de Jesús: “Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes” (Mt 28, 19) y “Haced esto en conmemoración mía” (Lc 22, 19; cff. 1 Cor 11, 24), o sea, el mandato de anunciar el Evangelio y de renovar cada día el sacrificio de su cuerpo entregado y de su sangre derramada por la vida del mundo”¹.

“El problema del número suficiente de sacerdotes afecta de cerca a todos los fieles, no sólo porque de él depende el futuro religioso de la sociedad cristiana, sino también, porque este problema es el índice justo e inexo-

¹ PDV, 1

rable de la vitalidad de la fe y amor de cada comunidad parroquial y diocesana, y es testimonio de la salud moral de las familias cristianas. Donde son numerosas las vocaciones al estado eclesiástico y religioso, se vive generosamente de acuerdo con el Evangelio”².

Urgencia.

El tema reviste, además, una urgencia especial, porque estamos atravesando una crisis persistente de vocaciones al sacerdocio en el Seminario, una especie de travesía del desierto, que constituye una verdadera prueba en la fe tanto de los pastores como de los fieles. Hemos de ser realistas y tener el valor de reconocer que la sequía vocacional, además de ser fruto de múltiples causas reales de tipo demográfico, económico, social, cultural, religioso, institucional, etc., responde también a deficiencias de nuestra vida personal, a la debilidad en la fe de nuestras comunidades parroquiales y religiosas, a omisiones y falta de interés en nuestra acción pastoral.

Ante esta situación que nos preocupa, aunque no nos angustia, porque la falta de vocaciones es ciertamente la tristeza de cada Iglesia, la pastoral vocacional exige ser acogida, sobre todo hoy, con nuevo vigor y decidido empeño por todos, especialmente por los sacerdotes³.

Cultura vocacional.

Para hacer frente al problema de las vocaciones hace falta acrecentar nuestra esperanza en la fidelidad de Dios, que nos dará pastores según su corazón (cfr. *Jer* 3, 15) y confiar en la gracia Dios, suplicando al dueño de la mies que envíe obreros a su mies (cfr. *Lc* 10, 2). Pero, por nuestra parte se requiere crear una *cultura vocacional*, es decir, cultivar el campo favorable para que la semilla de la vocación arraigue, crezca y florezca. Este campo viene caracterizado por la gratitud, la apertura a lo trascendente, la disponibilidad para el servicio, el afecto, la comprensión, el perdón, la responsabilidad, la capacidad de tener ideales, el asombro y la generosidad en la entrega. La cultura vocacional nos urge a todos, obispo, sacerdotes, religiosos y fieles laicos a un *compromiso coral*. Nadie puede inhibirse.

² Pablo VI, *Radiomensaje*, 11 de abril 1964

³ Cfr. PDV, 34.

Compromiso alegre.

La cultura vocacional requiere el ejemplo y el testimonio alegre de los sacerdotes, que sepan y quieran guiar a los niños, adolescentes y jóvenes como compañeros de viaje. Sacerdotes que propongan a los futuros pastores con alegría y valentía la belleza de la vocación sacerdotal. Sacerdotes que muestren la fecundidad de una vida entusiasmada, que da plenitud a la propia existencia, por estar fundada en Dios que nos amó primero (Cf. 1 Jn 4, 19). San Juan de Ávila, patrono del clero secular español y nuevo doctor de la Iglesia universal, escribía a los sacerdotes: “Lo que se os puede decir, hermanos, es que si sois clérigos, habéis de vivir, hablar y tratar y conversar, de tal manera que provoquéis a otros a servir a Dios”⁴. Así el testimonio alegre será fuente de nuevas vocaciones al sacerdocio y la pastoral vocacional se convertirá en preocupación por dejar sucesores.

VALOR DEL SEMINARIO MENOR

9 de marzo de 2013

Vocación de niños y adolescentes.

“Como demuestra una larga experiencia, la vocación sacerdotal tiene, con frecuencia, un primer momento de manifestación en los años de la preadolescencia o en los primerísimo años de la juventud... La Iglesia, con la institución de los Seminarios Menores, toma bajo su especial cuidado, discerniendo y acompañando, estos brotes de vocación sembrados en los corazones de los muchachos”⁵.

Cuando hablamos de “brotes”, “gérmenes”, “semillas”, aplicados a la vocación, no nos referimos a una realidad ya plena, sino que es una realidad en proceso, que exige crecimiento y necesita cuidado, acompañamiento y formación, pues vivida a la intemperie, difícilmente podrá desarrollarse.

El Seminario Menor: respuesta a esta necesidad.

Así, pues, la vocación sacerdotal es una nueva gracia de Dios, que exige ayudar a los niños, adolescente y joven a preparar la respuesta adecuada a esa llamada vocacional.

⁴ San Juan de Ávila, Plática 6.

⁵ PDV, 63.

Para ello, nuestra Diócesis propone como lugar idóneo para acompañar esa semilla el Seminario Menor de Monte Corbán, que es “una comunidad educativa diocesana erigida por el Obispo según las normas de la Santa Sede para cultivar los gérmenes de vocación sacerdotal de quienes, en edad temprana, presentan indicios de esta vocación y se inclinan por el sacerdocio diocesano secular”⁶.

Otras formas de acompañamiento vocacional.

El Seminario Menor es una institución privilegiada que nace junto a otras formas de acompañamiento vocacional, como el Seminario en familia, el Proyecto Samuel, Gentece, convivencias de Monaguillos y otras iniciativas que ya están funcionando en nuestra Diócesis, promovidas por el Seminario y por el Secretariado de Pastoral Vocacional dentro de la Pastoral Juvenil y de la Pastoral Universitaria. A todos los que trabajan en este importante campo les expreso mi gratitud sincera.

En el curso actual 2012-2013 tenemos tres seminaristas en el Seminario Menor, una realidad pequeña, que reclama crecimiento como el grano de mostaza del Evangelio. Además, varios muchachos se están formando en el Seminario Menor en familia.

Como escribía el año pasado en una breve carta pastoral, “el Seminario Menor solamente será posible con la ayuda de Dios y la colaboración de todos, especialmente de los sacerdotes. Por eso desde esta carta pastoral hago una llamada apremiante a la responsabilidad de los sacerdotes. Ellos han de ser los primeros interesados por esta Institución. Su amor a Jesucristo, a la Iglesia y a su sacerdocio les impulsará sin duda a descubrir y cultivar los gérmenes de vocación que apuntan en sus monaguillos, en los niños de la catequesis y en los jóvenes de las parroquias, poniéndoles después en contacto con el Seminario o con el Secretariado de Pastoral Vocacional. Apelo también a la generosidad de los padres y madres de familia, que deben considerar como una gracia que Dios se fije en alguno de sus hijos para ser sacerdote. Mi llamada se dirige también a los catequistas, profesores de religión y educadores de juventud, que pueden ser buenos mediadores entre el Señor que llama y los niños, adolescentes y jóvenes, presentándoles la belleza de la vocación sacerdotal”⁷.

⁶ Plan de Formación para los Seminarios Menores, 6.

⁷ Vicente Jiménez Zamora, *Carta pastoral*, 4 junio 2012.

IMPORTANCIA DEL SEMINARIO MAYOR **16 de marzo de 2013**

La formación de pastores.

“Toda la educación de los seminaristas debe tender a la formación de verdaderos pastores de almas a ejemplo de Nuestro Señor Jesucristo, Maestro, Sacerdote y Pastor”⁸.

El carácter singular del ministerio sacerdotal y la importancia del mismo para la vida de la Iglesia exigen en los seminaristas una formación específica que los capacite para vivir con todas sus exigencias ese ministerio de gracia y para ejercer con responsabilidad este ministerio de salvación.

Naturaleza del Seminario Mayor.

El Seminario Mayor es “sobre todo, una comunidad educativa en camino: la comunidad promovida por el Obispo para ofrecer a quien es llamado por el Señor para el servicio apostólico, la posibilidad de revivir la experiencia formativa que el Señor dedicó a los Doce”. Su identidad más profunda radica, por tanto, en “ser a su manera una continuación en la Iglesia de la íntima comunidad apostólica formada en torno a Jesús”⁹.

El Papa Benedicto XVI, en la Santa Misa con los seminaristas en la Jornada Mundial de la Juventud en Madrid, señalaba cómo debía ser la formación en el Seminario Mayor. En señal de gratitud a la venerada persona de Benedicto XVI, transcribo algunas de sus palabras: “Queridos amigos, os preparáis para ser apóstoles con Cristo y como Cristo, para ser compañeros de viaje y servidores de los hombres. ¿Cómo vivir estos años de preparación? Ante todo, deben ser años de silencio interior, de permanente oración, de constante estudio y de inserción paulatina en las acciones y estructuras pastorales de la Iglesia. Iglesia que es comunidad e institución, familia y misión, creación de Cristo por su Santo Espíritu y a la vez resultado de quienes la conformamos con nuestra santidad y con nuestros pecados... Meditad bien este misterio de la Iglesia, viviendo los años de vuestra formación con profunda alegría, en actitud de docilidad, de lucidez y de radical fidelidad evangélica, así como en amorosa relación con el tiempo y

⁸ Vaticano II, *Optatam totius*, 4.

⁹ PDV, 60.

las personas en medio de las que vivís. Nadie elige el contexto ni a los destinatarios de su misión. Cada época tiene sus problemas, pero Dios da en cada tiempo la gracia oportuna para asumirlos y superarlos con amor y realismo”¹⁰.

Volviendo a nuestro Seminario Mayor de Monte Corbán, conviene saber que en este curso pastoral 2012-2013 se están preparando para el sacerdocio cuatro seminaristas. Además hay otros tres, que siguen su preparación vinculados al Seminario en otros Centros de la Iglesia. De estos seminaristas mayores, como decía al principio de esta carta pastoral, tres serán ordenados este año de Diáconos y más tarde recibirán la ordenación sacerdotal. Hacen falta otros jóvenes, que tomen la antorcha del relevo vocacional.

Conclusión.

Termino esta *carta pastoral* del Día del Seminario con una actitud de *acción de gracias* a Dios por el don de nuestros seminaristas, que acogemos con gozo.

Felicito a nuestros seminaristas y quiero que sientan el apoyo y la cercanía del Obispo, de los sacerdotes, de los miembros de vida consagrada y de los fieles laicos de nuestra Diócesis.

Agradezco de corazón el trabajo generoso y paciente del Equipo de superiores, del Claustro de profesores y de todo el personal de servicio de nuestro Seminario de Monte Corbán. Mi gratitud se extiende también al Secretariado de Pastoral Vocacional, a la Delegación de Pastoral Juvenil y al Secretariado de Pastoral Universitaria.

Doy las gracias a tantos fieles que rezan y se preocupan por el Seminario, especialmente a los monjes y monjas de vida contemplativa, que en el silencio de los claustros ofrecen su asidua oración y generosa penitencia a Dios por las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada.

Exhorto encarecidamente a que se haga la *colecta especial* en las parroquias e iglesias para ayudar al sostenimiento ordinario del Seminario y a las obras que se realizan en el edificio. Es una señal de interés y de gratitud hacia el Seminario de Monte Corbán, a quien tanto debe la Diócesis y la sociedad de Cantabria.

¹⁰ Benedicto XVI, Santa Misa con los seminaristas. Jornada Mundial de la Juventud, Madrid, 20 agosto 2011.

Finalmente, encomiendo el cuidado de nuestros seminaristas y la obra de las vocaciones al Patriarca San José, que cuidó en Nazaret de Jesús, que “iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres” (*Lc 2, 52*).

A la Virgen María, Madre de Cristo Sumo y Eterno Sacerdote, le pedimos que nos alcance de su Divino Hijo, muchas y santas vocaciones sacerdotales.

EL PAPA BENEDICTO XVI UNA VIDA PARA DIOS Y PARA LA IGLESIA

La noticia de la renuncia del Papa Benedicto XVI al ministerio de Obispo de Roma y Sucesor de Pedro ha sido recibida con gran conmoción, profundo respeto y sincera gratitud en toda la Iglesia y en el mundo.

La histórica decisión de gran importancia para la vida de la Iglesia ha sido tomada por el Santo Padre después de haber orado largamente y examinado su conciencia ante Dios. Ha renunciado en plena libertad y por amor a la Iglesia. Es un gesto que ennoblece al Papa por su gran coherencia entre su doctrina y su vida; es un gesto a la vez de humildad y de grandeza. De ser maestro de la fe ha pasado a ser testigo de la esperanza en Dios, que rige los destinos de la historia y cuida con providencia amorosa de su Iglesia.

Nuestra Iglesia Diocesana de Santander agradece de corazón al Santo Padre sus años de fecundo pontificado por su magisterio y su servicio a la unidad y caridad de la Iglesia.

La renuncia de Benedicto XVI acontece en el *Año de la fe* y en el 50º aniversario del inicio del Concilio Vaticano II. No es una coincidencia casual, sino uno de los signos de los tiempos, que el Papa ha sabido leer en profundidad para el bien de la Iglesia. El Concilio no pretendió cambiar la fe de la Iglesia, sino exponerla en un lenguaje actualizado y comprensible para el hombre de hoy. Benedicto XVI lo ha hecho con claridad de maestro y sencillez de sabio, con gran coherencia recurriendo incluso a los modernos medios de comunicación social para anunciar el Evangelio de Jesucristo a todos -recuérdese el atrio de los gentiles-, y en particular a las nuevas generaciones en las Jornadas Mundiales de la Juventud.

La herencia que deja Benedicto XVI es ahora muy grande y con el correr del tiempo se verá todavía más preciosa. No puedo hacer un balance de su Pontificado en este breve escrito, pero quiero destacar algunos aspectos de una vida dedicada al cumplimiento de la voluntad de Dios y al servicio de la Iglesia.

La vida de Benedicto XVI es sorprendentemente consecuente desde su bautismo. Coherente con lo que recibió en su hogar y en la Iglesia. Coherencia que se ha manifestado desde la escuela, el seminario, como sacerdote, profesor, obispo, cardenal y, sobre todo, como Papa.

Fue una sorpresa el nombre que eligió de Benedicto, inspirándose en el padre del monaquismo occidental, San Benito, cuya Regla de vida se centra en el principio de que nada se anteponga a Cristo. A la luz de este principio se definió en las primeras palabras en la plaza de San Pedro después de su elección como “un humilde trabajador en la viña de Señor”. Él mismo decía entonces: “Mi verdadero programa de gobierno es no hacer mi voluntad, no seguir mis propias ideas, sino ponerme, junto con toda la Iglesia, a la escucha de la palabra y de la voluntad del Señor y dejarme conducir por Él, de tal modo que sea Él mismo quien conduzca a la Iglesia en esta hora de nuestra historia”.

Nos deja un magisterio muy amplio y luminoso, en constituciones apostólicas, encíclicas, exhortaciones apostólicas, discursos, catequesis y homilías. Especial significación tiene sus encíclicas, *Deus caritas est*, *Spe salvi* y *Cáritas in veritate*. Es preciosa la carta apostólica *Porta fidei*, por la que ha convocado el *Año de la fe*. Con esta convocatoria, el Papa Benedicto XVI propone a toda la Iglesia lo más importante del programa de su pontificado: “la exigencia de redescubrir el camino de la fe para iluminar de manera cada vez más clara la alegría y el entusiasmo renovado del encuentro con Cristo” (*Porta fidei*, n.2).

Benedicto XVI, en la senda de su predecesor el Beato Papa Juan Pablo II, ha realizado importantes viajes apostólicos por todo el mundo, entre ellos, tres a España: a Valencia, con motivo del V Encuentro de las Familias, el año 2006; a Santiago de Compostela y a Barcelona, el año 2010; y a Madrid, con motivo de la Jornada Mundial de la Juventud, el año 2011.

El Papa Benedicto XVI ha tenido que afrontar temas espinosos en su pontificado, que los ha afrontado con firmeza desde la fe y poniendo su confianza en Dios, buscando la purificación de la Iglesia.

El Santo Padre ha abierto la Iglesia al futuro con esperanza poniéndola en las manos de Dios. Ha hecho una gran llamada a valorar el tesoro de la fe, recibida a través de la Iglesia de manos de Cristo y de sus apóstoles.

En la hora final del pontificado del Papa Benedicto XVI es bueno recordar unas hermosas palabras del Papa Pío XII: “Los sucesores de Pedro, mortales también, como todos los hombres, pasan más o menos rápidamente. Pero el Primado de Pedro subsistirá siempre, con la asistencia especial que le fue prometida, cuando Jesús le encargó confirmar a sus hermanos en la fe. Sean lo que sean, nombre, origen y rostro humano de cada Papa, es siempre Pedro quien vive en él; es Pedro quien dirige y gobierna; es Pedro, sobre todo, quien enseña y difunde por el mundo la luz de la verdad salvadora”. Sabemos que Cristo, Fundador de la Iglesia, Supremo Pastor, su Señor y Esposo, no la abandonará nunca a través de un nuevo Pastor, que el Espíritu Santo suscitará para su Iglesia dentro de breves días. Un nuevo Papa según el corazón de Dios, como lo ha sido el Papa Benedicto XVI.

MENSAJE PARA LA SEMANA SANTA

Bajo el signo de la cruz

22 de marzo de 2013

En el *Año de la fe* nos disponemos a celebrar la Semana Santa en nuestra Diócesis de Santander. Días sagrados, en los que la Iglesia celebra los misterios de nuestra salvación realizados por Cristo en los últimos días de su vida, comenzando por la entrada mesiánica de Jesús en Jerusalén el Domingo de Ramos y culminando con su Resurrección gloriosa el Domingo de Pascua. En la Semana Santa celebramos “el Triduo de Cristo crucificado, sepultado y resucitado” (San Agustín, *Carta 55*, 14). El Jueves Santo comienza el triduo pascual. En la misa vespertina recordamos la institución de la Eucaristía, el sacerdocio ministerial y el mandato del amor fraterno. El Viernes Santo la Iglesia medita sobre la Pasión del Señor y expone la Cruz a la adoración de los fieles. El Sábado Santo permanecemos junto al sepulcro del Señor, esperando, con María en oración, su Resurrección en la Solemne Vigilia Pascual de la Noche más Santa del Año Litúrgico, que ilumina a todo el mundo con la luz de Cristo Resucitado.

Son días de la contemplación de los misterios que nos dieron nueva vida mediante el sufrimiento del Redentor, entregado libremente a la cruz. Días de meditación y recogimiento, pero también de clamor en las calles, llenas de gentes, que se congregan para ver pasar ante sus ojos asombrados los pasos de la Semana Mayor de la fe.

Nuestras ciudades, villas y ciudades, cargadas de historia, fe y religiosidad, frecen en los días de la Semana Santa admirables catequesis plásticas, al servicio de la evangelización, en bellas imágenes y “pasos”, que salen en procesión por nuestras calles y plazas.

Ver al Señor y a su Santísima Madre pasar por nuestras calles nos tiene que conducir ‘de lo visible a lo invisible’. Cristo es ‘imagen de Dios invisible’ y es el primero de una nueva humanidad. Viéndole, contemplándole con amor en los ‘pasos’ procesionales, celebrándole, sobre todo, en la liturgia, hemos de identificarnos con Él.

Queridos diocesanos: os exhorto a participar plena, consciente y activamente en las celebraciones litúrgicas en nuestras iglesias y a vivir con fervor y piedad las manifestaciones de religiosidad popular en las procesiones.

¡Feliz Semana Santa y Pascua de Resurrección!

MENSAJE PASCUAL
“Resucitó Cristo, mi esperanza”
31 de marzo de 2013

Queridos diocesanos: ¡Feliz Pascua de Resurrección! Llegue a todos vosotros la voz exultante de la Iglesia, con las palabras de la antigua secuencia de Pascua: “*Resucitó Cristo, mi esperanza*”. Es el mensaje de María Magdalena, la primera mujer en encontrar a Jesús resucitado en el alba de la mañana de Resurrección. Ella corrió hacia los otros discípulos y, con el corazón sobrecogido, les anunció: “*He visto al Señor*” (Jn 20, 18).

Nosotros que hemos atravesado el desierto de la Cuaresma y los días dolorosos de la Pasión en la Semana Santa, hoy abrimos la puerta de nuestro corazón al grito de victoria: “*¡Ha resucitado! ¡Ha resucitado ver-daderamente!*”.

Al alba del primer día de la semana, María Magdalena se encontró el sepulcro vacío. Después Jesús se manifestó a la Magdalena, a las otras mujeres y a los discípulos. La fe renace más viva y más fuerte que nunca, ya invencible, porque está fundada en una experiencia decisiva: “Lucharon vida y muerte /en singular batalla, / y, muerto el que es la Vida, / triunfante se levanta”.

Las señales de la Resurrección testimonian la victoria de la vida sobre la muerte, del amor sobre el odio, de la misericordia sobre la venganza: “¿Qué has visto de camino, / María, en la mañana?” / “A mi Señor glorioso, / la tumba abandonada, / los ángeles testigos, / sudarios y mortaja. /¡Resucitó de veras / mi amor y mi esperanza!”.

La Resurrección de Cristo es la fiesta de lo nuevo, que cambia la condición del hombre y del mundo. Entonces, Jesús resucitado es alguien de quien podemos fiarnos de modo absoluto, y no solamente confiar en su mensaje, sino precisamente confiar *en Él*, porque Jesús resucitado no pertenece al *pasado*, sino que *está presente hoy*, vivo en medio de nosotros. Cristo es esperanza y consuelo de modo particular para nuestras comunidades cristianas y para cada uno de nosotros como fuerza de esperanza a través de su Iglesia.

En la Pascua todos renacemos como hombres nuevos. Imploremos al Señor que en este tiempo pascual, abandonemos al “hombre viejo” que anida en nuestro interior para dejar crecer al “hombre nuevo”, imagen de Jesucristo. Los dos discípulos de Emaús, que contemplaban la realidad con tintes negros y estaban totalmente desalentados, empezaron a cambiar su modo de ver y actuar cuando acogieron al caminante misterioso, que era Jesús resucitado. Ello supieron reconocerlo en la fracción del pan (la Eucaristía), después de arder su corazón mientras les explicaba por el camino las Escrituras. Y dieron testimonio del Resucitado a los Once, a la Iglesia naciente, a la comunidad de la que se habían alejado y a la que regresaron alentados por una fe llena de luz y esperanza.

El tiempo pascual se extiende durante cincuenta días hasta la solemnidad de Pentecostés. Aprovechemos este tiempo, que la Iglesia nos ofrece para que germine en nosotros esa vida nueva, que Dios nos regala en su Hijo, vencedor del pecado y de la muerte y vive para siempre.

¡Feliz Pascua de Resurrección para todos!

**VISITA PASTORAL AL ARCIPRESTAZGO
DE VIRGEN DE LA BARQUERA**
Tiempo de gracia y momento de renovación cristiana
5 de abril de 2013

Queridos hermanos en Cristo:

Con esta carta os saludo cordialmente como Obispo y Pastor a todos vosotros, sacerdotes y diácono, religiosos y religiosas, monjes y fieles laicos, y os anuncio con gozo mi próxima Visita Pastoral al Arciprestazgo de Virgen de la Barquera, que realizaré en el tiempo de pascua, en la primavera de este año 2013, a partir del domingo 7 de abril.

Voy a visitaros en el nombre del Señor y como Sucesor de los Apóstoles, para conoceros de cerca y gozar de la belleza de vuestros pueblos y paisaje.

El Obispo, cuando cumple con su deber de visitar las parroquias o comunidades locales, no debe ser considerado como quien realiza una mera función administrativa y burocrática, sino que debe ser claramente reconocido por los fieles como maestro de la fe, sacerdote de los sagrados misterios y pastor de su grey.

La Visita Pastoral al arciprestazgo de Virgen de la Barquera es el momento en el que el Obispo ejerce más cerca de su pueblo su ministerio episcopal de enseñar, santificar y regir, en contacto estrecho con las alegrías y las expectativas, con las angustias y las preocupaciones de la gente, con la posibilidad de exhortar a todos a la esperanza. En esta ocasión, tiene sobre todo un contacto más cercano con los pobres, los ancianos y los enfermos. Realizada así, la Visita Pastoral muestra lo que es: un signo de la presencia de Cristo, “Supremo Pastor”(1 Pedro 5, 4), que visita a su pueblo con la paz.

Pido a Dios que bendiga esta Visita Pastoral y los encuentros que vamos a celebrar juntos, para crecer en la fe, vivir la caridad y dar razón de la esperanza a todo el que nos la pida (cfr. 1 Pedro 3, 15).

Pongamos la Visita Pastoral bajo la protección de la Santa María Virgen de la Barquera, tan querida y venerada en nuestra tierra, que da título al Arciprestazgo, para que vivamos estos días como un tiempo de gracia y momento de renovación cristiana personal y comunitaria.

LA PRIMERA COMUNIÓN DE LOS NIÑOS
Fiesta eclesial y familiar
12 de abril de 2013

Durante el tiempo gozoso de Pascua en muchas parroquias de nuestra Diócesis de Santander se celebra la fiesta de la primera Comunión de los niños. Con esta *Carta pastoral* me dirijo un año más a la comunidad cristiana, especialmente a los padres y a los niños, para que caigamos en la cuenta del significado de la primera Comunión y vivamos cristianamente este acontecimiento eclesial y familiar.

A los padres. A vosotros, queridos padres, os doy la enhorabuena y os felicito, porque vuestros hijos van a participar por primera vez de manera plena en la Eucaristía. Preparad bien y celebrad con verdadero sentido de fe cristiana la fiesta de la primera Comunión de vuestros hijos, según las orientaciones de la Iglesia. No convirtáis la primera Comunión en una fiesta de sociedad, evitad caer en la tentación del despilfarro y del exceso de regalos, sobre todo en estos tiempos de grave crisis económica; sería un antitestimonio. Evitad los elementos que distraen a los niños de lo fundamental: el encuentro personal con su amigo Jesús en la comunidad eclesial.

La primera Comunión no debe ser la última. No es un punto y final, sino un punto y seguido para completar la llamada *Iniciación Cristiana*, que concluirá en el sacramento de la Confirmación. La Catequesis con vuestros hijos continúa. Vosotros debéis ser los primeros catequistas de vuestros hijos con la Catequesis familiar en unión con la parroquia. Me alegra que vaya creciendo el número de parroquias que van poniendo en marcha la Catequesis familiar, según las orientaciones de la Delegación Diocesana de Catequesis.

A los niños. A vosotros, queridos niños, os saludo y os felicito por la celebración de uno de los acontecimientos más felices de vuestra vida. Jesús os invita a participar por primera vez en el banquete de la Eucaristía. Él mismo se os entrega como alimento y como bebida para que tengáis la vida verdadera; quiere ser vuestro amigo para siempre y nunca os va a fallar. Es una fiesta que os llena de alegría a vosotros y también a vuestros padres, sacerdotes, catequistas, profesores de Religión y amigos.

Después de celebrar la primera Comunión, os animo a que sigáis en la Catequesis, que os ofrece la Parroquia, en grupos con otros chicos, para crecer en el conocimiento, amor y seguimiento de Jesús, que está vivo en su

Iglesia. Es un tiempo apasionante de vuestra vida. ¡Ánimo, Jesús os invita y os espera!

¡Feliz fiesta de la primera Comunión!

JORNADA MUNDIAL DE ORACIÓN POR LAS VOCACIONES

Las vocaciones, signo de la esperanza fundada en la fe

21 de abril de 2013

En el IV domingo de Pascua, desde hace 50 años, por iniciativa del Papa Pablo VI, se celebra en toda la Iglesia la *Jornada Mundial de oración por las vocaciones*. Con este motivo el querido y recordado Papa Benedicto XVI nos dejó un mensaje con el tema: “*Las vocaciones, signo de la esperanza fundada en la fe*”, que se inscribe perfectamente en el *Año de la fe*.

En esta Jornada imploramos a Dios el don de santas vocaciones a la vida consagrada según los distintos carismas y al sacerdocio, y proponemos a la reflexión común la urgencia de la respuesta a la llamada divina. Esta significativa cita anual ha favorecido un fuerte empeño por situar cada vez más en el centro de la espiritualidad, de la acción pastoral y de la oración de los fieles, la importancia de las vocaciones.

“El problema del número suficiente de sacerdotes - subrayaba entonces el Papa Pablo VI - afecta de cerca de todos los fieles, no sólo porque de él depende el futuro religioso de la sociedad cristiana, sino también porque este problema es el índice justo e inexorable de la vitalidad de la fe y amor de cada comunidad parroquial y diocesana, y testimonio de la salud moral de las familias cristianas. Donde son numerosas las vocaciones al estado eclesiástico y religioso, se vive generosamente de acuerdo con el Evangelio” (Pablo VI, *Radiomensaje*, 11 de abril 1964).

Las vocaciones religiosas y sacerdotales nacen de la experiencia del encuentro personal con Cristo, del diálogo sincero y confiado con el Señor, para cumplir su voluntad. Es necesario, pues, crecer en la experiencia de fe, entendida como relación profunda e íntima con Jesús, para escuchar interiormente su voz, que resuena dentro de nosotros.

La oración constante y profunda hace crecer la fe de la comunidad cristiana, en la certeza siempre renovada de que Dios nunca abandona a su pueblo y lo sostiene suscitando vocaciones especiales, a la vida consagrada y al sacerdocio, para que sean signos de esperanza para el mundo.

Pidamos al Señor para que nuestros jóvenes, en medio de tantas propuestas superficiales y efímeras, sepan cultivar la atracción hacia los valores verdaderos, las metas altas, las opciones radicales, para un servicio a Cristo y a su Iglesia. Animemos a los jóvenes para que no tengan miedo de seguir a Cristo, que no les quita nada y que les da todo.

Que la Virgen María, Mujer consagrada a Dios y Madre de Cristo Sacerdote, nos alcance de su querido Hijo muchas y santas vocaciones.

UNA ASIGNATURA APASIONANTE

Apúntate a clase de Religión

23 de abril de 2013

Queridos diocesanos:

En el tercer trimestre del curso escolar se realiza la matrícula de los alumnos en los Centros de Enseñanza. Con este motivo, un año más con esta breve *carta pastoral* hago una llamada insistente a los padres, a los sacerdotes, a los religiosos, a los alumnos y a los profesores de Religión, para que muchos niños, adolescentes y jóvenes se apunten a la clase de Religión.

Además de la Catequesis, que tiene su propio ámbito principalmente en las parroquias, la clase de Religión es necesaria para el logro de una educación completa del alumno, puesto que la formación religiosa tiene la peculiar condición de ayudar a los alumnos a alcanzar una formación cristiana en relación y diálogo con los conocimientos y la cultura que la escuela transmite.

De la comunidad cristiana depende en gran parte que haya mayor número de alumnos que se apunten a la clase de Religión y no descienda la matrícula en ESO y en Bachillerato. Tenemos que seguir con atención e interés todo cuanto se refiere a la formación cristiana de los niños y jóvenes en los Centros de Enseñanza. También debemos exigir a los poderes públicos y a los Responsables de los Centros Educativos que garanticen el ejercicio efectivo del derecho fundamental que asiste a los padres para que sus hijos reciban la formación religiosa y moral que esté de acuerdo con sus propias convicciones (cfr. *Constitución Española*, Art. 27.3).

Este año la Conferencia Episcopal Española ha lanzado un vídeo titulado “Una asignatura apasionante”, que se difunde por Internet y por las

principales redes sociales. El vídeo se puede ver en www.unasignaturaapasionante.com, en la web de la CEE www.conferecnaiepiscopal.es, y en Facebook y Twitter. Es muy interesante y ruego que se difunda lo más posible.

Espero y deseo que todos, padres, sacerdotes, religiosos, profesores de Religión, alumnos, nos impliquemos más en la promoción de la Campaña para que los niños, adolescentes y jóvenes se apunten este curso a la clase de Religión.

Con mi afecto de siempre y bendición,

ANTE LA FIESTA DEL 1º DE MAYO

Por el empleo digno

26 de abril de 2013

Un año más celebramos la fiesta del día 1º de mayo en medio de la crisis económica. La Iglesia ha colocado la fiesta del trabajo bajo la custodia fiel de San José, el artesano de Nazaret.

La celebración del 1º de mayo reclama de todos nosotros compromiso y solidaridad. Como Iglesia Diocesana y como cristianos debemos hacer nuestros los gozos y las angustias de los trabajadores. No podemos permanecer ajenos a la dramática situación de familias, niños y jóvenes, que está siendo duramente golpeados por la persistente crisis económica en sus necesidades vitales: trabajo, comida, vivienda, educación.

Debemos evitar la tentación de acostumbrarnos a convivir con el paro y caer en la resignación. La cruda realidad es que el paro aumenta cada día. Según los datos de la última EPA (Encuesta de Población Activa) difundida por el Instituto Nacional de Estadística, en el primer trimestre de 2013, en España hay 6, 2 millones de parados. En Cantabria los parados son 56.900 y la tasa se sitúa en el 20, 76 %. Detrás de las frías cifras se esconden situaciones de mucho dolor y sufrimiento.

Ante esta situación lamentable, debemos seguir trabajando cada uno, según la medida de nuestras posibilidades, desde la justicia social, la solidaridad humana y la caridad cristiana. Es verdad que la Iglesia no tiene soluciones técnicas para el problema del desempleo, pero sí puede desencadenar una nueva conciencia y compromiso, a la luz de la Doctrina Social de la Iglesia, que sitúa la primacía de las personas sobre los intereses sin alma de

la economía y los mercados. “La Iglesia considera deber suyo recordar siempre la dignidad y los derechos de los hombres del trabajo, denunciar las situaciones en las que se violan dichos derechos, y contribuir a orientar estos cambios para que se realice un auténtico progreso del hombre y de la sociedad” (Juan Pablo II, *Laborem exercens*, n. 1).

Agradecemos sinceramente la labor de Cáritas Diocesana y el esfuerzo de las parroquias, las comunidades de religiosos y otras instituciones eclesiales para atender las demandas crecientes de las personas y familias que más directamente sufren las consecuencias de la crisis, que tiene profundas raíces éticas.

En nuestra Diócesis de Santander, además de continuar promoviendo las iniciativas ya consolidadas en el campo de la acción social y caritativa, desde el 1º de mayo del año 2010, hemos establecido “*la campaña de solidaridad en favor de los parados mediante el gesto mensual de la entrega del salario de un día*”, que gestiona Cáritas Diocesana. Apoyemos esta iniciativa testimonial, educativa y significativa de solidaridad con las personas que no tienen empleo.

Interpelados por la realidad y urgidos por el Evangelio de Jesucristo y por la Doctrina Social de la Iglesia nos comprometemos a trabajar por un nuevo modelo de sociedad más justo, más humano y más cristiano.

CAMPAÑA DE LA DECLARACIÓN DE LA RENTA
La Iglesia con TODOS, por una sociedad mejor
Marque la X en la casilla de la Iglesia Católica
26 de abril de 2013

Todos los años por estas fechas realizamos la Declaración del Impuesto de la renta de las Personas Físicas (IRPF) Los creyentes y las personas de buena voluntad, que creen en la gran labor que realiza la Iglesia Católica, tienen la oportunidad de decidir libremente que un porcentaje mínimo de sus impuestos (0,7 %) se destine a la Iglesia Católica. Esto no supone pagar más impuestos ni una disminución en la devolución, si la declaración resulta negativa.

Es verdad que la misión de la Iglesia es de orden espiritual, pero para desarrollar su misión con los compromisos de solidaridad asistencial y social, necesita disponer de recursos económicos. Más en las circunstancias

actuales de nuestra sociedad caracterizada por la grave crisis económica que afecta a muchas familias y numerosas personas. La Iglesia no es ajena a estas dificultades y realiza una labor social y caritativa inmensa y sin meter ruido, sino de forma “callada”, que permite ayudar a paliar la difícil situación por la que atraviesan muchos de nuestros conciudadanos. En medio de la crisis económica que nos asola, la Iglesia Católica se está volcando en lo poco y en lo mucho.

Las diferentes acciones de comunicación que viene realizando la Iglesia (campañas informativas, Iglesia Diocesana, Xtantos, etc), van consiguiendo su objetivo de ir acercando la labor que realiza la Iglesia a la mayoría de la gente e informar de que el sostenimiento de la Iglesia depende de los católicos y de aquellas personas que valoran la labor de la Iglesia en beneficio de toda la sociedad.

Ya hemos comentado en más de una ocasión que de todos los recursos económicos que requiere la Iglesia anualmente, un 25 % proviene de la “X” en la Declaración de la Renta, y el restante 75 % proviene de aportaciones voluntarias, donaciones, colectas, gestión del patrimonio, etc.

Desde esta *carta pastoral* recuerdo a todos los diocesanos (fieles, sacerdotes, consagrados, agentes de pastoral...) que hay que hacer un cambio de mentalidad, que se traduzca en una *cultura de la corresponsabilidad*, a la que no estamos todavía muy habituados. Es importante aumentar el sentido de pertenencia efectiva y afectiva a la Iglesia y el compromiso de colaborar al sostenimiento económico de la misma. Para ello tenemos que continuar potenciando la labor de información, concienciación y sensibilización de todos los católicos.

Ante una nueva Campaña de la renta, espero y deseo que vaya en aumento el número de contribuyentes que marquen la “X” en la casilla de la Iglesia Católica. Muchas gracias

Homilias

PEREGRINACIÓN A LA S. I. CATEDRAL **Vicaría de San Pedro, 9 de marzo de 2013**

“*La puerta de la fe*” (cfr. Hch 14, 27), que introduce en la vida de comunión con Dios y permite la entrada en su Iglesia, está siempre abierta para nosotros” (Benedicto XVI, *Porta fidei*, n. 1).

Nuestra Diócesis de Santander, en su Programación Pastoral Diocesana 2012-2013, propone en una de sus acciones, la peregrinación de cada una de las cuatro Vicarías Territoriales a la S. I. Catedral para celebrar y confesar la fe de la Iglesia en torno al Obispo, sucesor de los Apóstoles, en comunión con el Sucesor de Pedro, que preside el Colegio Episcopal.

Esta tarde os invito a dar gracias a Dios por el don de la persona y ministerio del Papa Benedicto XVI al servicio de Dios y de la Iglesia. Es la hora de la gratitud después de un intenso y fecundo Pontificado, al que ha renunciado con plena libertad y por amor a la Iglesia, a la que quiere servir desde el retiro de la plegaria. Es también el momento de la oración, para que el Espíritu Santo suscite un nuevo Sucesor de Pedro elegido en el Cónclave de los Cardenales, que está convocado para el martes, día 12 de este mes de marzo. Pidamos a Dios para que conceda a su Iglesia un Pastor que le agrade por su santidad y sirva a su pueblo con vigilante dedicación pastoral.

Hoy, 9 de marzo, en plena Cuaresma, peregrináis a nuestra Catedral, madre y cabeza de todas las iglesias de la Diócesis, los fieles de la Vicaría Territorial de San Pedro, integrada por los Arciprestazgos de Los Santos Mártires, San José, Ntra. Sra. del Carmen y Virgen del Mar. La zona más poblada de nuestra Diócesis, que comprende la ciudad de Santander y su círculo territorial, en expansión. Os doy las gracias de corazón a todos los aquí presentes, que habéis dejado vuestras casas y parroquias, para peregrinar a esta S. I. Catedral.

¿Cuál es el sentido de la peregrinación? La historia de la Iglesia es una constante peregrinación. La peregrinación evoca el itinerario personal y comunitario tras las huellas de Jesucristo Redentor del hombre; es ejercicio de laboriosa ascesis, de esfuerzo y sacrificio, de arrepentimiento por los pecados humanos, de conversión y cambio de corazón.

La peregrinación de este día tiene lugar en el tiempo de la Santa Cuaresma, retiro espiritual de toda la Iglesia y largo camino de cuarenta días hasta la montaña santa de la Pascua de Resurrección.

Con esta peregrinación podemos ganar la *indulgencia plenaria*, concedida por la Santa Sede, cumpliendo las condiciones acostumbradas en la Iglesia: confesión sacramental, comunión eucarística, recitación del Credo y oración por las intenciones del Papa.

Domingo IV de Cuaresma (Ciclo C)

La liturgia de la Palabra, que acabamos de proclamar, pertenece al domingo IV de Cuaresma (Ciclo C). Dios da a su pueblo una patria; los hebreos celebran la Pascua en la tierra prometida (*1ª lectura del libro de Josué*). El Padre de la misericordia concede al hijo pródigo una casa, después de volver arrepentido a los brazos del Padre (Evangélio según San Lucas).

La fe y el testimonio de la caridad

En el camino del seguimiento de Cristo, en este Año de la fe y en esta hora de Nueva Evangelización, la conversión del hijo pródigo nos invita a realizar una verdadera conversión, que pase por la celebración del sacramento de la Penitencia, según la mente y las normas de la Iglesia, haciendo una buena confesión de nuestros pecados ante el sacerdote, y por una conversión que se note en obras de amor y caridad. En resumen, tenemos que unir la fe en Dios y la caridad con el prójimo, porque una fe sin obras es como un árbol sin frutos.

La *segunda lectura* de la carta a los *Romanos* (10, 8-15), que hemos proclamado, es una llamada a profesar nuestra fe y a comprometernos a llevarla a la vida. Esta es la finalidad del Año de la fe.

El Año de la fe tiene que ser una buena oportunidad para intensificar el testimonio de la caridad. Nos dice el apóstol Santiago: “¿De qué le sirve a uno, hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Podrá acaso salvarlo esa fe? Si un hermano o una hermana andan desnudos y faltos de alimento diario y uno de vosotros le dice: “Id en paz, abrigaos y saciaos”, pero no les da lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve? Así también es la fe: si no tiene obras, está muerta por dentro” (*Sant 2, 14-17*).

La fe se manifiesta en la caridad. Fe y caridad en el cristiano se reclaman mutuamente, de modo que la una sostiene a la otra. La caridad es el lenguaje que en la Nueva Evangelización, más que con palabras, se expresa

en las obras de la fraternidad, de cercanía y de ayuda a las personas en sus necesidades materiales y espirituales. Evidentemente, la fe vivida como amor al prójimo hace creíble el mensaje del Evangelio y contribuye a abrir la mente y el corazón de muchos al deseo de Dios y de la vida verdadera.

Por eso, a la vez que os felicito por el testimonio que estáis dando ante la crisis social y económica que padecemos, que tiene graves consecuencias en las familias, en los jóvenes y en los más desprotegidos y vulnerables (En Cantabria hay casi 60.000 parados), os animo a seguir por ese camino incrementando, si cabe, el compromiso personal y comunitario con las iniciativas ya consolidadas en Cáritas diocesana, en los arciprestazgos, en las Parroquias y en las Unidades Pastorales, especialmente ahora en la campaña de la Cuaresma, con el gesto solidario de “*ayuna, comparte y ora*”. Por eso la colecta de esta Eucaristía irá destinada a financiar los proyectos propuestos para este año en el gesto solidario de Cuaresma, que aparece en las *Huchas*.

Os animo encarecidamente a la participación en la campaña de solidaridad con los parados, mediante el gesto mensual de la entrega del salario de un día. Además de todo esto, es necesario conocer la Doctrina Social de la Iglesia y aplicarla; es necesario promover la presencia de los cristianos en los campos social y político; es necesario cuidar la formación de los voluntarios y agentes de pastoral. Por eso, considero muy importante participar en los grupos de reflexión, oración y debate de nuestra Asamblea Diocesana de Laicos. Poned todo el interés y sed responsables.

Durante el Año de la fe debemos tener muy presente a la Santísima Virgen María, proclamada “bienaventurada” por haber creído (cfr. *Lc 1, 45*) y propuesta por el Concilio Vaticano II como “*tipo de la Iglesia en el orden de la fe, de la caridad y de la perfecta unión con Cristo*” (*LG 63; SC 103*).

En esta Eucaristía el Padre de la misericordia prepara para nosotros, “hijos pródigos”, que volvemos a su casa, la mesa de la Eucaristía, donde está caliente el pan y envejecido el vino”. Os reitero mi gratitud por vuestra participación en esta peregrinación y os aliento a que sigáis avanzando en el camino de la Cuaresma, participando en las distintas actividades programadas en cada uno de los Arciprestazgos y Unidades Pastorales. Que el Señor fortalezca nuestra fe, aliente nuestra esperanza y avive nuestra caridad. Amén.

PEREGRINACIÓN A LA S. I. CATEDRAL
Vicaría de San Andrés, 16 de marzo de 2013

Queridos hermanos: Sr. Deán-Presidente del Cabildo de esta S. I. Catedral; Sr. Vicario Episcopal Territorial de San Andrés; Srs. Arciprestes, sacerdotes, seminaristas, miembros de vida consagrada y fieles laicos de los arciprestazgos de Santa María, Ntra. Sra. de la Asunción, Virgen Bien Aparecida, Ntra. Sra. de Miera. Medios de Comunicación Social.

“*La puerta de la fe*” (cfr. Hch 14, 27), que introduce en la vida de comunión con Dios y permite la entrada en su Iglesia, está siempre abierta para nosotros” (Benedicto XVI, *Porta fidei*, n. 1).

El Año de la fe es “una invitación a una auténtica y renovada conversión al Señor, único Salvador del mundo” (*Ibidem*, n. 6). En este Año de la fe se da a los fieles “la oportunidad de confesar la fe en el Señor Resucitado en nuestras catedrales e iglesias de todo el mundo; en nuestras casas y con nuestras familias, para que cada uno sienta con fuerza la exigencia de conocer y transmitir mejor a las generaciones futuras la fe de siempre. En este Año, las comunidades religiosas, así como las parroquiales, y todas las realidades eclesiales antiguas y nuevas, encontrarán la manera de profesar públicamente el Credo” (*Ibidem*, n. 8).

Nuestra Diócesis de Santander, en su Programación Pastoral Diocesana 2012-2013, propone en una de sus acciones, la peregrinación de cada una de las cuatro Vicarías Territoriales a la S. I. Catedral para celebrar y confesar la fe de la Iglesia en torno al Obispo, sucesor de los Apóstoles, en comunión con el Sucesor de Pedro, que preside el Colegio Episcopal.

Alegría de la Iglesia por la elección del Papa

La Iglesia está viviendo acontecimientos memorables en estos días: la elección del nuevo Papa Francisco. Con inmenso gozo hemos acogido la noticia anunciada en la Plaza de San Pedro en Roma: *Habemus Papam!* Como os decía en mi *mensaje* a toda la Diócesis es la hora de la *acción de gracias, de la acogida y de la oración*. Acción de gracias al Señor, que ha edificado a su Iglesia sobre la roca de Pedro y ha elegido para sucederle a su siervo Francisco. Disponemos nuestro corazón, en un clima de fe, para la acogida de su persona por lo que es y por lo que representa como Obispo de Roma, Vicario de Cristo, Pastor Supremo de la Iglesia Universal, “principio y fundamento perpetuo y visible de la unidad tanto de los obispos como de

la muchedumbre de los fieles” (Vaticano II, LG 23). En esta hora providencial de gracia y salvación nuestra Diócesis de Santander, obispo, sacerdotes, religiosos, consagrados y fieles laicos, ora insistentemente por Él, para que confirme en la fe a todos los hermanos y la Iglesia se mantenga en comunión con Él por el vínculo de la unidad y de la caridad.

Sentido de la peregrinación

Hoy, 16 de marzo, en la recta final Cuaresma, cercana ya la Semana Santa, peregrináis a nuestra Catedral, madre y cabeza de todas las iglesias de la Diócesis, los fieles de la Vicaría Territorial de San Andrés, integrada por los Arciprestazgos de Santa María, Ntra. Sra. de la Asunción, Virgen Bien Aparecida y Ntra. Sra. de Miera. La zona oriental, con costas y valles, de nuestra Región y Diócesis. Os doy las gracias de corazón a todos los aquí presentes, que habéis dejado vuestras casas y parroquias, para peregrinar a esta S. I. Catedral.

¿Cuál es el sentido de la peregrinación? La historia de la Iglesia es una constante peregrinación. La peregrinación evoca el itinerario personal y comunitario tras las huellas de Jesucristo Redentor del hombre; es ejercicio de laboriosa ascesis, de esfuerzo y sacrificio. Peregrina es rezar con los pies; es traer al pie del altar nuestros gozos y esperanzas, nuestras angustias y tristezas; es confesar nuestros pecados, pedir perdón y alcanzar la misericordia divina en el sacramento de la Penitencia y el don de la indulgencia plenaria.

La peregrinación de este día tiene lugar en el tiempo de la Santa Cuaresma, retiro espiritual de toda la Iglesia y largo camino de cuarenta días hasta la montaña santa de la Pascua de Resurrección.

Con esta peregrinación podemos ganar la *indulgencia plenaria*, concedida por la Santa Sede, cumpliendo las condiciones acostumbradas en la Iglesia: confesión sacramental, comunión eucarística, recitación del Credo y oración por las intenciones del Papa.

Domingo V de Cuaresma (Ciclo C)

La liturgia de la Palabra, que acabamos de proclamar, pertenece al domingo V de Cuaresma (Ciclo C). El profeta Isaías anuncia al Pueblo de Dios el retorno a su tierra, la liberación de la esclavitud de Egipto. En el Evangelio Jesús perdona a la mujer adúltera y la libera del pecado, marcándole un camino de futuro.

El Año de la fe y el perdón de los pecados

El Año de la fe es una buena ocasión para descubrir el perdón de los pecados. El Papa Benedicto XVI escribió en la carta *Porta fidei*: “A lo largo de este Año, será decisivo volver a recorrer la historia de nuestra fe, que contempla el misterio insondable del entrecruzarse de la *santidad y del pecado*. Mientras lo primero (la santidad) pone de relieve la gran contribución que los hombres y mujeres han ofrecido para el crecimiento y desarrollo de las comunidades a través del testimonio de su vida, lo segundo (el pecado) debe suscitar en cada uno un sincero y constante acto de conversión, con el fin de experimentar la misericordia del Padre, que sale al encuentro de todos.

Por eso, en este contexto del Año de la fe y a la luz del evangelio del perdón a la mujer adúltera, haré unas breves reflexiones sobre algunos aspectos del perdón de los pecados, que es uno de los artículos del credo de nuestra fe, que luego profesaremos: *Creo en el perdón de los pecados*.

En el itinerario de la Cuaresma ocupa un lugar importante la proclamación del Evangelio de la reconciliación, la llamada a la conversión y la celebración fructuosa del Sacramento de la Penitencia, según la mente y las normas de nuestra Santa Madre la Iglesia.

Soy consciente de que la penitencia y la reconciliación están en el corazón de la predicación de Jesús, de la misión de la Iglesia y de que una buena práctica del sacramento de la Penitencia es signo de renovación y de vitalidad de nuestra vida y de nuestras comunidades cristianas. Sin confesión personal de los propios pecados no puede haber verdadera conversión y renovación.

El sacramento de la Penitencia es un encuentro personal con el Dios de la misericordia, que se nos da en Cristo Jesús y que se nos transmite mediante el ministerio de la Iglesia. En este sacramento, signo eficaz de la gracia, se nos ofrece el rostro de un Dios, que conoce nuestra condición humana sujeta a la fragilidad y al pecado, y se hace cercano con su tierno amor.

Así aparece en numerosos encuentros salvadores de la vida de Jesús: desde el encuentro con la samaritana (cfr. *Jn* 4, 1-42), a la curación del paralítico (cfr. *Jn* 5, 1-18); desde perdón a la mujer adúltera, evangelio de hoy (cfr. *Jn* 8, 1-11), a las lágrimas ante la muerte del amigo Lázaro (cfr. *Jn* 11, 1-44). Pero, sobre todo, se muestra la misericordia de Dios en las conocidas parábolas de la misericordia, que recoge el capítulo 15 de Evangelio de San

Lucas: la oveja perdida, la moneda perdida y el hijo pródigo (cfr. *Lc* 15, 1-31)., que escuchábamos el domingo anterior.

Todos necesitamos de la conversión y del sacramento de la Penitencia, pues todos somos pecadores: “Quien esté libre de pecado que tire la primera piedra”. Por eso “en nombre de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios” (2 Cor 5, 20).

Fe, conversión y caridad

La *segunda lectura* de la carta a los *Romanos* (10, 8-15), que hemos proclamado, es una llamada a profesar nuestra fe y a comprometernos a llevarla a la vida. Esta es la finalidad del Año de la fe.

El Año de la fe tiene que ser una buena oportunidad para intensificar el testimonio de la caridad. La fe se manifiesta en la caridad. Fe y caridad en el cristiano se reclaman mutuamente, de modo que la una sostiene a la otra. La caridad es el lenguaje que en la Nueva Evangelización, más que con palabras, se expresa en las obras de la fraternidad, de cercanía y de ayuda a las personas en sus necesidades materiales y espirituales. Evidentemente, la fe vivida como amor al prójimo hace creíble el mensaje del Evangelio y contribuye a abrir la mente y el corazón de muchos al deseo de Dios y de la vida verdadera.

Por eso, a la vez que os felicito por el testimonio que estáis dando ante la crisis social y económica que padecemos, que tiene graves consecuencias en las familias, en los jóvenes y en los más desprotegidos y vulnerables, os animo a seguir por ese camino incrementando, si cabe, el compromiso personal y comunitario con las iniciativas ya consolidadas en Cáritas diocesana, en los arciprestazgos, en las Parroquias y en las Unidades Pastorales, en las Casas de los religiosos y religiosas, especialmente ahora en la campaña de la Cuaresma, con el gesto solidario de “*ayuna, comparte y ora*”. Por eso la colecta de esta Eucaristía irá destinada a financiar los proyectos propuestos para este año en el gesto diocesano de Cuaresma.

Durante el Año de la fe debemos tener muy presente a la Santísima Virgen María, proclamada “bienaventurada” por haber creído (cfr. *Lc* 1, 45) y propuesta por el Concilio Vaticano II como “*tipo de la Iglesia en el orden de la fe, de la caridad y de la perfecta unión con Cristo*” (LG 63; SC 103).

En esta Eucaristía el Señor que nos llama a la penitencia, prepara ahora para nosotros, que confesamos nuestros pecados, la mesa de la Eucaristía, donde está caliente el pan y envejecido el vino”.

Os reitero mi gratitud por vuestra participación en esta peregrinación y os deseo una feliz Semana Santa. Amén.

ORDENACIÓN DE DIÁCONOS
Alejandro Benavente, Ricardo Díaz, Adrián Sáinz
S. I. Catedral, 17 de marzo de 2013

Queridos Alejandro, Ricardo y Adrián, candidatos al Orden del Diaconado; Sr. Vicario General y Vicarios Territoriales; Sr. Deán Presidente y Cabildo; Sr. Rector, Superiores y Profesores del Seminario; Sacerdotes; diáconos; padres y familiares de nuestros ordenandos; lectores y acólitos; seminaristas; miembros de vida consagrada; fieles laicos, especialmente los que venís de las parroquias donde nuestros ordenandos han nacido y de aquellas en las que ejercen su etapa pastoral; Medios de Comunicación Social.

¡Alégrate Iglesia de Santander, porque tres de tus hijos, formados en nuestro Seminario de Monte Corbán, son elegidos para el ministerio de diáconos! ¡Alegraos y dad gracias al Señor, Adrián, Ricardo y Alejandro y vuestros padres, hermanos y familia!

Hago mías, en este momento, las palabras del gran Obispo San Ignacio de Antioquia (+ 107) en una de sus cartas: “Que todos reverencien a los *diáconos* como a Jesucristo, como también al *obispo*, que es imagen del Padre, y a los *presbíteros* como al senado de Dios y como a la asamblea de los apóstoles: sin ellos no se puede hablar de Iglesia” (San Ignacio, *Carta a los Tralianos*, 3, 1).

Domingo V de Cuaresma (Ciclo C)
y ante el Día del Seminario

Celebramos la ordenación de Diáconos en el V domingo de Cuaresma, cercana ya la Semana Santa. La liturgia de este día nos habla de *caminos de libertad*: el profeta Isaías anuncia a su pueblo el retorno a su tierra; la mujer adúltera comienza una nueva vida; el Apóstol Pablo se reafirma en el nuevo camino emprendido y pone los ojos en la meta final hacia la que corre decidido.

Celebramos este acontecimiento en torno a la fiesta de San José, Día del Seminario, con el lema *Sé de quién me he fiado* (2 Tim 1, 12). Un moti-

vo añadido para profundizar en la necesidad de las vocaciones sacerdotales y en la importancia del Seminario Diocesano de Monte Corbán, donde se forman los futuros pastores, como he escrito en mi última carta pastoral. Recibid mi gratitud sincera los Superiores y Profesores del Seminario, todos los que trabajáis desde el Secretariado de Pastoral Vocacional en esta obra de la Iglesia y los que miráis con afecto cordial al Seminario, corazón de la Diócesis. Mi felicitación, agradecimiento y cercanía para los seminaristas mayores y menores.

Díaconos para servir

Con la ordenación diaconal, la Iglesia, por medio del Obispo, os llama y os capacita para la misión específica del *servicio*, que los Apóstoles confiaron a los siete varones escogidos, como auxiliares en el *servicio de las mesas*, es decir, el ministerio de la caridad (cfr. *Hch* 6, 1-6).

Además, desde hoy vais a ejercer diversas funciones:

- Predicaréis la Palabra de Dios: escuchadla previamente y vividla.
- Os esforzaréis por atender a los pobres y necesitados: hacedlo con amor.
- Recitaréis diariamente en nombre de la Iglesia la Liturgia de las Horas, haciéndoos portavoces ante Dios de las necesidades de todos los hombres.
- La promesa del celibato pondrá hoy un gozoso sello a vuestra entrega, “como signo y estímulo al mismo tiempo de la caridad pastoral y fuente particular de fecundidad espiritual en el mundo” (*PO* 16).

Centro y raíz en la Eucaristía

El ministerio del Diaconado que recibís tiene su centro y su raíz en la Eucaristía. Seréis ministros de la comunión eucarística y os disponéis para ser un día sacerdotes, para renovar en *nombre de Cristo y de la Iglesia* el Sacrificio de Jesucristo.

Vais a ser, queridos Ricardo, Alejandro y Adrián, “sal de la tierra” y “luz del mundo” (*Mt* 5, 13), con obras y en verdad, en esta hora de la Iglesia, que el Señor edificó sobre la roca firme de Pedro, a quien Cristo confió como Cabeza del Colegio Apostólico, el encargo de confirmar a todos en la fe (cfr. *Lc* 22, 32) y de mantenernos unidos en el amor (cfr. *Jn* 21, 15).

Hoy damos gracias a Dios, porque la Iglesia de Cristo, después del Pontificado de Benedicto XVI, que ha renunciado en plena libertad y por el bien de la Iglesia, cuyo magisterio ha prendido en nuestros corazones como una llama que no podemos apagar, tiene como nuevo Sucesor de Pedro al Papa Francisco, “principio y fundamento perpetuo y visible de la unidad tanto de los obispos como de la muchedumbre de los fieles” (cfr. Vaticano II, 23). Ante este acontecimiento de gracia, como decía en mi mensaje a toda la Diócesis después de la noticia de *“Habemus Papam”*, es la hora de la *acción de gracias*, de la *acogida* y de la *oración*. Al nuevo Vicario de Cristo en la tierra le ofrecemos el homenaje de nuestra adhesión filial y nuestra ferviente devoción, pidiendo a Dios para que le agrade por la santidad de su vida y para que sirva al pueblo de Dios con vigilante atención pastoral. En nombre de toda la Diócesis he enviado al Santo Padre Francisco un Mensaje de felicitación, con la promesa de nuestra oración.

En la Eucaristía, que estamos celebrando, Cristo actualiza su sacrificio de servicio fiel a la voluntad del Padre y de entrega generosa a los hombres.

Que la Virgen Nuestra Señora Bien Aparecida cuide de los nuevos Diáconos y que San José, que cuidó con amor de padre a Jesús en Nazaret, primer Seminario, nos alcance del Señor muchas y santas vocaciones al sacerdocio. Amén.

MISA CRISMAL

S. I. Catedral de Santander, 27 de marzo de 2013

Queridos hermanos sacerdotes, diáconos, consagrados, seminaristas y fieles laicos:

“Ved qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos” (Ps 132, 1).

Con estas palabras del salmo 132, expreso mi gozo por vuestra presencia numerosa en nuestra S. I. Catedral de Santander. Tenemos presentes en espíritu también a los sacerdotes enfermos e impedidos y, desde la comunión de los santos, a los sacerdotes ya fallecidos, especialmente los difuntos de este último año.

Nuestra asamblea eucarística es una expresión visible de comunión eclesial. Cristo es el que nos convoca y congrega a todos, sacerdotes, religiosos, seminaristas y fieles laicos, en la celebración de esta santa Misa Crismal. Es el Señor quien “nos ha convertido en un reino y hecho sacerdotes de Dios, su Padre (*Ap* 1, 6). Somos un pueblo sacerdotal. Nos sentimos hermanos dentro de una gran familia, la Iglesia. “Esta Iglesia -decimos en una de las plegarias eucarísticas -, vivificada por tu Espíritu, resplandece como signo de la unidad de todos los hombres, da testimonio de tu amor en el mundo y abre a todos las puertas de la esperanza” (*Plegaria eucarística V/d*).

La Misa Crismal, que el Obispo celebra con su presbiterio, y dentro de la cual consagra el santo crisma y bendice los demás óleos, es una manifestación de comunión de los presbíteros con el propio Obispo (cfr. *OGMR* 157).

Hoy, queridos hermanos sacerdotes, renovamos un año más las promesas que hicimos el día de nuestra ordenación sacerdotal. El pueblo fiel es testigo de que asumís con gozo el don y el compromiso de seguir al Señor, de ser fieles a su llamada, porque recordáis el día en que vuestras manos olían a crisma y sentíais el amor de Cristo, que os llamó, os consagró y os envió.

En el *salmo responsorial* de esta Misa Crismal acabamos de cantar: “*Cantaré eternamente las misericordias del Señor*” (*Ps* 88, 2). Estas palabras brotan del corazón de cada uno de nosotros, que reconocemos que somos infinitamente pequeños ante la enorme misión que Dios nos confía. ¿Cómo es que el Señor se ha fijado en mí, que soy tan poca cosa, para llevar a cabo el encargo de predicar la Palabra, celebrar los sacramentos y guiar a su grey, haciéndolo en su propio nombre, *in persona Christi*? Todos los sacerdotes hemos experimentado, no pocas veces, nuestras limitaciones y pecados y nos hemos sentido indignos de recibir vocación tan hermosa. Pero el Señor nos asegura: “Lo he ungido con óleo sagrado, para que mi mano esté siempre con él y mi brazo lo haga valeroso. Mi fidelidad y misericordia lo acompañarán” (*Ps* 88, 21-22.25). Esa mano de Dios, protectora, paternal, alentadora, se hizo cercana y palpable en las manos del Obispo en el día de nuestra ordenación sacerdotal, que recordamos con emoción y gratitud.

Sacerdotes configurados con Cristo

Queridos hermanos sacerdotes: nuestra vocación y misión nos exigen una perfecta configuración con Cristo Sacerdote y Pastor, de esta manera nuestras vidas podrán suscitar en los jóvenes el deseo de entregar su vida al Señor y a los hermanos por el camino del sacerdocio. Os ofrezco siete rasgos de nuestra configuración con Cristo.

1. Sacerdotes enamorados de Jesucristo, que viven su *identificación* con Él como centro que unifica toda su existencia y ministerio. Hombres de Dios, de oración, que viven la centralidad de la Eucaristía. Sacerdotes como el Buen Pastor, que conocen a las ovejas y dan la vida por el rebaño. El Papa Francisco les decía a los seminaristas y sacerdotes de su Diócesis de Buenos Aires: “quiero pastores con olor a oveja”, para indicar la cercanía y el roce con la gente (cfr. Jn 10, 14).
2. Sacerdotes *fieles a su misión*. Pastores que vivan una verdadera *conversión pastoral*, que pasa por: la superación del *inmovilismo* de las inercias y rutinas; por evitar el *relativismo* de acomodación a lo políticamente correcto; por no caer en el *funcionalismo*, que olvida el misterio; por no pecar del *activismo*, que busca el éxito y la valoración de sí mismo; y por superar el *individualismo*, que tiende a que funcionemos solos y por nuestra cuenta, al margen de la unidad de la acción pastoral diocesana.
3. Sacerdotes que hacen de su existencia una *ofrenda* agradable al Padre, un *don total* de sí mismos a Dios y a los hombres, siguiendo el ejemplo de Jesús, que “no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por la multitud” (Mc 10, 45). Hombres que ofrecen su vida en totalidad, gastándose y desgastándose por los hermanos, especialmente por los más pobres y pequeños.
4. Sacerdotes que sean verdaderos *hombres de comunión*, desde la *diversidad* de dones que supone un enriquecimiento y una complementariedad dentro de la *unidad* en la que todos los dones del Espíritu son importantes para la vitalidad de la Iglesia; pero asimismo desde el convencimiento de que la unidad es la condición indispensable para ser creíbles en el anuncio del Evangelio. Por eso procuran curar las heridas, tienden puentes de diálogo, pro-

- mueven el perdón en las relaciones humanas y practican la corrección fraterna en la verdad, en la caridad y en la humildad.
5. Sacerdotes llenos de *celo por la evangelización* del mundo. Hombres que no se dejan vencer por el cansancio, la rutina, la mediocridad y las dificultades. Ninguno de nosotros elegimos los tiempos y los destinatarios de nuestra evangelización. No podemos refugiarnos en la nostalgia del pasado ni en las ilusiones del futuro. Cada época tiene sus problemas, pero debemos asumirlos para superarlos con la gracia de Dios, con realismo y amor.
 6. Sacerdotes que contemplan con temor y temblor y a la vez experimenten la *grandeza* y la *belleza del ministerio sacerdotal*, aunque sean conscientes de que llevan este tesoro en vasijas de barro.
 7. Sacerdotes que sean *hombres de alegría y esperanza*. Así lo vivió San Juan de Ávila, nuestro Patrón, ahora Doctor de la Iglesia Universal y tantos sacerdotes buenos que hemos conocido y conocemos, que han sido humildes trabajadores en la viña del Señor y han cambiado las parroquias y los corazones de los hombres no tanto por sus dotes humanas, ni por unas estrategias, sino por el testimonio de sus vidas, por el contagio de su amistad con Cristo.

Queridos hermanos sacerdotes: nos hallamos en un tiempo apasionante para vivir el sacerdocio y para ilusionar a los seminaristas en el seguimiento radical de Jesucristo. No tengamos miedo. Es la hora de la fe. Es la hora de la confianza en el Señor que guía la barca de su Iglesia, ahora por medio del Sucesor de Pedro el Papa Francisco, y nos envía a remar mar adentro y a seguir echando las redes. Cristo es también el sembrador, que siembra la buena semilla de su Palabra en los corazones de los hombres y mujeres de hoy. Él nos dará la redada de peces y la cosecha de espigas.

En este día tan sacerdotal, en el contexto del Triduo Pascual, la Diócesis os regala un libro del Papa Francisco, *En Él solo la esperanza*. Recoge los Ejercicios Espirituales, que dirigió a los obispos españoles, el año 2006. Constituye un verdadero tesoro espiritual y una auténtica propuesta de vida cristiana.

Que en esta Misa Crismal nos comprometamos a vivir lo que nos dijo el Obispo el día de nuestra ordenación, al entregarnos la patena y el cáliz:

“Realiza la ofrenda del pueblo santo de Dios. Considera lo que realizas e imita lo que conmemoras y conforma tu vida con el misterio de la cruz del Señor”.

Pongo en las manos de nuestra Madre la Bien Aparecida todo lo que acabo de decir en esta homilía y, sobre todo, confío a sus cuidados maternales vuestras vidas sacerdotales. ¡Que San Emeterio y San Celedonio, nuestros Patronos, intercedan por nosotros y nos hagan testigos de la fe en este Año de la fe y en esta hora de nueva evangelización! Amén.

Cartas y Mensajes

Santander, 11 de febrero de 2013.

GRATITUD Y ADHESIÓN AL SANTO PADRE EL PAPA BENEDICTO XVI

Beatísimo Padre:

Como Obispo de la Diócesis de Santander (España), en nombre propio y en el de la Comunidad Diocesana: sacerdotes, diáconos, seminaristas, consagrados y fieles laicos, ante la noticia de la renuncia de Su Santidad al ministerio petrino, doy gracias a Dios por el don precioso de su persona y de su pontificado intenso y luminoso.

A la vez le expresamos, Santo Padre, la serena pena por el gran vacío y la orfandad, que sentimos, pero aceptamos con espíritu de fe sobrenatural la decisión de gran importancia para la Iglesia, que ha madurado ante Dios y ante su conciencia.

Todos los diocesanos de Santander elevamos oraciones al Supremo Pastor Jesucristo, para que cuide a Su Santidad en la nueva etapa de su vida, en la que quiere seguir sirviendo y amando a la Iglesia desde la plegaria.

Durante la Sede Vacante, mientras se desarrolla el proceso de la elección del Sucesor de Pedro, pediremos a Dios un nuevo Papa como don de su bondad y de su providencia.

Ponemos nuestra esperanza en el Señor, que cuida de su Iglesia hasta el final de los tiempos.

Besa su anillo de Sucesor de Pedro,

+ Vicente Jiménez Zamora
Obispo de Santander

**MENSAJE DEL SR. OBISPO
ANTE LA ELECCIÓN DEL PAPA FRANCISCO
13 de marzo de 2013**

Acción de gracias, acogida y oración

Queridos Diocesanos:

Durante estos días del mes de marzo estamos viviendo acontecimientos memorables en la historia de la Iglesia: la renuncia del Papa Benedicto XVI y la elección del cardenal Jorge Mario BERGOGLIO, S.J. como nuevo Papa con el nombre de Francisco.

En comunión con toda la Iglesia hemos vivido con respeto y admiración la renuncia con plena libertad y por el bien de la Iglesia de Benedicto XVI, a quien le agradecemos de corazón su Pontificado intenso y luminoso. Le seguimos encomendando al Señor en esta nueva etapa de su vida dedicada al servicio de la Iglesia mediante la oración en la última peregrinación de su vida en esta tierra.

Dios, Pastor eterno, que gobierna a su Iglesia con providencia constante, nos concede ahora un nuevo Pastor según su corazón, el Papa Francisco. Con inmenso gozo hemos acogido la noticia anunciada a los cuatro vientos en la plaza de San Pedro en Roma: *Habemus Papam!*

1. Nuestra primera actitud, nacida del amor, debe ser de *acción de gracias* al Señor, que ha edificado su Iglesia sobre la roca de Pedro y ha ele-

gido para suceder al apóstol San Pedro a su siervo Francisco. Bajo la guía del Espíritu Santo que lo ha escogido por la mediación del Colegio de Cardenales, tenemos la serena confianza de que Francisco conducirá a la Iglesia según el paso de Dios por los caminos de la historia en esta hora de Nueva Evangelización y en el Año de la fe.

2. Junto a la acción de gracias, disponemos nuestro corazón para la *acogida* cordial, en un clima de fe, de su persona por lo que el Papa es y representa. El Señor lo ha enriquecido y preparado con grandes dones para este servicio.

En la cadena de la sucesión apostólica en la Sede de Pedro, el Papa Francisco es el Obispo de Roma, Vicario de Cristo, Pastor Supremo de la Iglesia Universal, “principio y fundamento perpetuo y visible de la unidad, tanto de los obispos como de la muchedumbre de los fieles” (Vaticano II, LG 23). En virtud de su ministerio, que proviene de Cristo, confirma a los fieles en la fe y apacienta a las ovejas de la grey de Cristo.

3. En esta hora providencial de gracia y salvación, nuestra Diócesis de Santander, sacerdotes, miembros de vida consagrada y fieles laicos unidos a su Obispo, ofrece el homenaje de profunda adhesión y fidelidad renovada al Santo Padre Francisco *ora* insistentemente por Él, por intercesión de la Virgen María. Rezar por el Papa es una de las cosas más bellas que podemos hacer. Rezamos con una de las oraciones de la Misa por el Papa: “*Oh Dios, que para suceder al apóstol san Pedro elegiste a tu siervo Francisco como pastor de tu grey, escucha la plegaria de tu pueblo y haz que nuestro Papa, Vicario de Cristo en la tierra, confirme en la fe a todos los hermanos, y que toda la Iglesia se mantenga en comunión con Él por el vínculo de la unidad, del amor y de la paz, para que todos encuentren en ti, Pastor de los hombres, la verdad y la vida eterna*”.

Con mi afecto de siempre, gratitud y oración,

+ Vicente Jiménez Zamora
Obispo de Santander

CARTA AL NUNCIO APOSTÓLICO EN ESPAÑA

Excmo. y Rvdmo.
Mons. Renzo Fratini
Nuncio Apostólico en España
Avda. Pío XII, nº 46
28016 MADRID

Excelencia Reverendísima:

Con inmenso gozo hemos recibido la Buena Nueva de que ha sido elevado al Sumo Pontificado el Eminentísimo Señor Cardenal Jorge Mario BERGOGLIO, quien ha asumido el nombre de FRANCISCO.

Ante tan grata noticia, le expreso a Vuestra Excelencia Reverendísima, como Nuncio Apostólico de su Santidad en España, mis sentimientos de sincera felicitación en nombre propio y en el de los sacerdotes, miembros de vida consagrada y fieles laicos de la Diócesis de SANTANDER.

Le ruego, Excelencia Reverendísima, que haga llegar al Santo Padre Francisco el adjunto Mensaje de felicitación (ANEXO).

Con mis expresiones de afectuosa estima, le saludo cordialmente.

Suyo affmo. en Cristo.

+ Vicente Jiménez Zamora
Obispo de Santander

Santander, 13 de marzo de 2013.

CARTA AL PAPA FRANCISCO**BEATÍSIMO PADRE
FRANCISCO**

Como Obispo de la Diócesis de SANTANDER, en España, en nombre propio y en nombre de los sacerdotes, miembros de vida consagrada y fieles laicos, manifiesto a Su Santidad el gozo inmenso por Su elección para ser Obispo de Roma, Vicario de Jesucristo, Sucesor de Pedro y Pastor de la Iglesia Universal.

En espíritu de profunda comunión, reciba, Santo Padre, la cordial felicitación y el testimonio ferviente de nuestra filial adhesión a Vuestra Santidad como Sucesor de Pedro, a la vez que renovamos nuestra adhesión a la Iglesia Católica “*cum Petro et sub Petro*”.

Damos gracias a Dios por el precioso don de su persona y pedimos al Señor, por intercesión de la Virgen María, Madre de la Iglesia, de San Francisco y de todos los Santos, que ayude a Vuestra Santidad con su gracia para que sea un Pastor según el corazón de Dios.

Implorando la Bendición Apostólica, de Vuestra Santidad afectísimo hijo,

+ Vicente Jiménez Zamora
Obispo de Santander

Conferencias

RELACIÓN ENTRE EVANGELIZACIÓN Y CULTURA

Ateneo de Santander, 22 de abril de 2013

+ Vicente Jiménez Zamora
Obispo de Santander

La reflexión en torno a la nueva evangelización, promovida por los últimos Papas, Papa Pablo VI, Juan Pablo II, Benedicto XVI, y ahora con el Papa Francisco después de la creación del Consejo Pontificio para la Nueva Evangelización, y la celebración del último Sínodo de los Obispos sobre *La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana*, ha puesto en el primer plano de la atención la relación entre evangelización y cultura, el diálogo entre fe y razón, entre revelación y ciencia.

Este es el tema que quiero abordar en esta conferencia aquí en el Ateneo de Santander.

1. Una cuestión actual de larga historia

En un país de antigua cultura cristiana como España, en Europa entera, aparecen por todas partes las influencias culturales de la fe cristiana: nombres, monumentos, leyes, arte, costumbres de todas clases, todo refleja la influencia del Evangelio y de la fe cristiana. Europa y España son *culturalmente* cristianas, igual que muchos de los países árabes son *culturalmente* musulmanes. Si alguien pretendiera eliminar las huellas del cristianismo, Europa quedaría arrasada, en España tendríamos que cambiar los nombres de personas y lugares, habría que destruir el 80 por ciento de las obras de arte, tendríamos que cambiar el calendario, suprimir las fiestas de Navidad y de la Semana Santa, las fiestas patronales de todos los pueblos de España. Sin el cristianismo, España sería otra cosa, otro país. Nuestra vida sería diferente. Lo mismo sucede en nuestra querida tierra de Cantabria.

Esta cuestión de las relaciones entre la fe y cultura la han percibido y expresado los pensadores cristianos desde los primeros siglos de la Iglesia.

La Encarnación del Hijo de Dios, por haber sido integral y concreta, fue una encarnación cultural. Su presencia en el mundo provocó un movimiento de revisión y enriquecimiento de las culturas que durará mientras dure la humanidad. Las grandes discusiones en torno a la trinidad de Dios y a la unidad de persona y dualidad de naturalezas en Cristo, que culminan en los concilios de Éfeso, Nicea, Calcedonia y Constantinopla, tienen detrás el esfuerzo por expresar y anunciar la fe de los Apóstoles en los conceptos y con las palabras de una nueva cultura, revisadas y perfeccionadas por exigencias de la fe. San Agustín y Santo Tomás de Aquino tienen también una clara conciencia de esta cuestión en sus exposiciones del contenido de la fe y en sus polémicas con platónicos y averroístas, respectivamente.

Desde el nacimiento de la ciencia moderna, la armonía entre la fe y cultura ha sido y sigue siendo una ardua cuestión abierta, con momentos especialmente tensos y dolorosos. La Ilustración, el racionalismo, el modernismo, el liberalismo anticlerical, la crítica del siglo XIX de la religión, el evolucionismo, el psicoanálisis, la difusión social del ateísmo favorecida por los movimientos revolucionarios, los existencialismos ateos..., son otros tantos dolorosos capítulos de esta difícil convivencia y cohabitación entre la fe cristiana y la cultura moderna de Occidente.

El Concilio Vaticano II intentó sentar las bases para una relación positiva de respeto y diálogo entre la fe cristiana y la cultura contemporánea en la constitución *Gaudium et Spes*.

“La escisión (divorcio) entre Evangelio y cultura es, sin duda, el drama de nuestra época” (Pablo VI, *EN* 20).

Juan Pablo II, por su parte, se ocupó muchas veces de la necesidad de inculturar la fe; baste aducir su testimonio en la Universidad Complutense durante su primer viaje a España: “Al crear recientemente el Pontificio Consejo para la Cultura, insistí en que la síntesis entre cultura y fe no es sólo una exigencia de la cultura, sino también de la fe... Una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente acogida, no totalmente pensada, no fielmente vivida” (6 de junio de 1982). El tema lo trató con amplitud y profundidad en la encíclica *Fides et Ratio*.

El Papa Benedicto XVI se ha mostrado especialmente sensible a esta cuestión de las relaciones entre fe y cultura. Recojo aquí sólo un texto significativo: el 15 de junio de 2007, dirigiéndose al Congreso organizado por el Pontificio Consejo para la Cultura, se expresaba así: “La historia de la

Iglesia es también inseparablemente historia de la cultura y del arte. Obras como la *Summa Theologiae* de Santo Tomás de Aquino, la *Divina Comedia* de Dante, la Catedral de Chartres, la Capilla Sixtina o las *Cantatas* de Juan Sebastián Bach, constituyen síntesis, a su modo insuperables, entre fe cristiana y expresión humana. Pero si bien éstas son, por decirlo así, las cumbres de dichas síntesis entre fe y cultura, su encuentro se realiza diariamente en la vida y en el trabajo de todos los bautizados, en esa obra de arte oculta que es la historia de amor de cada uno con el Dios vivo y con los hermanos, en la alegría y en el empeño de seguir a Jesucristo en la cotidianidad de la existencia”.

En España, en estos últimos años, estamos asistiendo a una rápida transformación de nuestra sociedad y de los criterios culturales en los que se apoya la convivencia. Podemos decir que nuestra cultura tradicional, profundamente influenciada por la fe católica, está siendo abandonada como si fuera impropia de los tiempos modernos, inadaptada a la vida democrática, contraria a la libertad, a la ciencia y al progreso en general. Todo esto nos obliga a reflexionar sobre las mutuas influencias entre la fe de los cristianos y el ambiente cultural en que viven, y a reflexionar sobre los modos y exigencias de una enérgica acción evangelizadora de nuestra Iglesia teniendo en cuenta las nuevas circunstancias culturales que vivimos. Es el tema de la *nueva evangelización* en el escenario de la cultura.

2. Aportaciones mutuas entre la fe y cultura

Debemos acostumbrarnos a reconocer y tener en cuenta lo que en cada momento y en cada lugar la fe de la Iglesia y la Iglesia misma pueden recibir y reciben de la cultura, para expresar, difundir, confirmar y vivir la fe, gracias a los conocimientos filosóficos y técnicos, al perfeccionamiento de la convivencia civil, a la paz y a las comunicaciones entre los pueblos. De la cultura recibimos estímulos para desarrollar aspectos nuevos del dogma o de la tradición cristiana no suficientemente atendidos ni expresados anteriormente, para practicar el amor del prójimo en situaciones nuevas, incluso para vivir las virtudes teologales y los dones del Espíritu Santo en contextos nuevos de contemplación y de actividad práctica. En concreto, *la cultura puede proporcionar a la fe:*

- medios de expresión cada vez más afinados y perfectos;
- crítica de expresiones imperfectas o deficientes;
- medios y posibilidades nuevas para ofrecer y anunciar la fe;
- formas nuevas de expresar artísticamente las realidades de la fe;
- situaciones nuevas donde ejercer la caridad sobrenatural.

Como dice el Concilio Vaticano II, es verdad que la Iglesia aprende y consigue poder difundir más fácilmente la fe gracias a la cultura. Los cristianos reconocemos con gusto que los hombres que con su esfuerzo desarrollan la cultura favorecen directa o indirectamente, lo sepan o no, la realización de los designios salvadores de Dios (cfr. *GS* 44 y 57).

También tenemos que tener en cuenta lo que *la fe proporciona a la cultura*, o a las culturas, en el ámbito mismo de su ser cultural. Se puede decir que a cambio del acogimiento y de la crisis que toda cultura tiene que sufrir cuando entra en relación con la fe, la fe ofrece a la cultura servicios y riquezas incalculables:

- La fe proporciona a la cultura la posibilidad de lograr una visión global y unitaria de la realidad, sin deformaciones ni falsas sacralizaciones; o, lo que es lo mismo, la fe destruye los ídolos y cura la cultura de la tendencia del hombre a la idolatría de sí mismo, de sus deseos y de sus obras;
- La fe libera al hombre para la creatividad cultural universal e ilimitada, sin temores y tabúes. Todo es vuestro, vosotros de Cristo y Cristo de Dios. Probadlo todo y quedaos con lo bueno (cfr. *I Cor* 3, 21; *I Ts* 5, 21). La fe confirma la realeza del hombre sobre el mundo;
- La fe realza la centralidad de la persona como agente y fin inmediato de la cultura; en consecuencia, en virtud del mandato del amor fraterno, humaniza la cultura y la pone al servicio integral “de todos los hombres y de todo el hombre”;
- La fe abre las culturas a un proceso de revisión y perfeccionamiento que les permite permanecer a lo largo de la historia como culturas siempre abiertas, con capacidad de renovación y crecimiento, asimilando coherentemente nuevos conocimientos y nuevas posibilidades de acción y de vida;

- La fe pone a las culturas en “situación escatológica”, es decir, final, conscientes de su limitación, capaces de regenerarse
- continuamente dentro de un movimiento, que se acerca a la unidad última y general del género humano.

En resumen: dentro del dinamismo propio de una cultura evangelizada, la razón purifica constantemente las expresiones de la fe, le exige nuevos pronunciamientos, nuevas actuaciones. Por su parte, la fe sitúa a la razón en su propio ámbito, la hace consciente de sus limitaciones, la eleva a gustar y expresar la verdad y el bien más allá de lo que ella sola podría alcanzar.

3. ¿Qué tenemos que hacer en la actual situación de España?

Cuanto llevamos dicho hasta ahora, clarifica bastante, espero, lo que estamos viviendo los cristianos en España y nos ayuda a ver lo que tenemos que hacer, cada vez con más claridad, con más valentía y entusiasmo. La vida en libertad después de la transición a la democracia, la intensa comunicación con los países de Europa, la reacción contra lo vivido en los últimos años del antiguo régimen, los entusiasmos laicistas de algunos de los políticos y de muchos de nuestros escritores y artistas, especialmente de cine, han hecho que hoy estemos viviendo en España un ambiente cultural profundamente laico, que asfixia la fe de muchos españoles y hace muy difícil el anuncio y la aceptación del Evangelio de la salvación como marco de vida y norma universal de conducta.

Nuestros jóvenes, nuestro pueblo en general, han asimilado una serie de convicciones que son incompatibles con la fe cristiana y que les hacen difícil vivir de acuerdo con su fe, sintonizar espiritualmente con las enseñanzas doctrinales y morales de la Iglesia, sentirse seguros de su fe y orgullosos de ser cristianos y pertenecer a la Iglesia.

No me voy a entretener en análisis minuciosos de la cultura actual, que excedería el espacio de esta exposición, pero sí vale la pena enumerar escuetamente los rasgos predominantes que la hacen incompatible con la fe y con una vida cristiana vigorosa y fuerte.

La cultura actual, que fácilmente asimilamos si no estamos prevenidos, tiene un eje central que es la *exaltación del hombre* como ser supremo. El hombre, exaltado como centro del mundo, es a la vez un ser del todo in -

determinado. Considera que no debe su existencia a nadie ni tiene que dar cuenta de su vida ante nadie. Si somos el resultado inesperado de un proceso evolutivo ciego, no programado por nadie, está claro que podemos disponer de nosotros mismos, sin tener que someternos a nada ni a nadie. Todo nuestro ser está a nuestra disposición. Y también el ser de los demás. La libertad humana es una libertad del todo indeterminada e ilimitada, dicen algunos. Cada uno puede y debe configurar su existencia como le parezca mejor en favor de su propio bienestar. *Nuestros deseos son verdaderos derechos*. Tenemos el derecho básico de ampliar nuestra existencia y de ser felices como nos parezca mejor. En esta mentalidad la libertad es la verdadera creadora de la verdad, cada uno crea su verdad, sin atender a ninguna verdad objetiva. Entramos así en un mundo *relativista*, cayendo en la *cultura del relativismo*, de la que habló Benedicto XVI y ahora el Papa Francisco, en el discurso al Cuerpo Diplomático, después de su elección como Sucesor de Pedro.

El cardenal Ratzinger resumía esta mentalidad con estas palabras: “Por libertad se entiende hoy generalmente la posibilidad de hacer todo lo que se quiera y solamente lo que uno quiera. Una libertad así entendida coincide con el capricho del placer. Podría decirse que la imagen y la meta con las que se miden las ideologías de la liberación coinciden con el anarquismo. Está claro que en una concepción como ésta, familia, moral, Dios, aparecerán necesariamente como otros tantos impedimentos de la libertad” (Cardenal Ratzinger, *Iglesia, ecumenismo y política*, BAC, Madrid 2005, pp. 283-284).

De la exaltación del hombre se pasa muy fácilmente a la exaltación del *egoísmo* como norma fundamental de la vida. Cada uno busca su bien como bien supremo. No hay leyes ni exigencias morales que nos ligen a nada ni a nadie por encima del propio bienestar. Esta es la filosofía que inspira a quienes dicen que hay que ampliar libertades y derechos, sin reconocimiento de ninguna norma moral objetiva que resulte vinculante para la persona. La cultura que comienza con aspiraciones solidarias y de modernización, termina siendo contradictoriamente una cultura del egoísmo y de los más fuertes frente a los débiles. La cultura de *la libertad sin verdad* es la cultura del aborto y de la eutanasia, también la cultura de la soledad y de la muerte.

En este contexto brevemente descrito tenemos que realizar la nueva evangelización de manera que conectemos con las aspiraciones profundas del corazón humano hecho por Dios para la vida y la felicidad, mostrando

los errores de esta forma de interpretar la vida y ofreciendo al mismo tiempo la manera acertada de comprender y ejercitar la libertad y caminar por los caminos de la felicidad verdadera y consistente. Así por ejemplo, hoy es indispensable saber presentar de forma acertada nuestra condición de criaturas, de seres limitados, mostrando la armonía entre el reconocimiento de la soberanía de Dios y la grandeza del hombre, entre la obediencia de la fe y el ejercicio de la libertad; entre la valoración de la vida terrestre y la esperanza de la vida eterna. La nueva evangelización a la que nos llama la Iglesia tiene que abordar esta situación a partir de la presentación directa de la verdad de Dios como fuente de vida para el hombre.

Una cuestión que permanece abierta entre nosotros es la valoración de nuestra historia, sin caer en confesionalismos pero tampoco en rupturismos ni apostasías silenciosas de la historia. Uno de los males mayores de la sociedad española actual es sin duda el rechazo y la desconfianza con que muchos españoles miran nuestra propia historia y cultura. Rechazar el cristianismo como religión y como fuente de cultura es como hacerse extraño en la propia patria. Ahora bien, si renegamos de nuestra historia, ¿qué somos?, ¿con qué bases contamos para convivir y construir un proyecto de vida común?, ¿qué rasgos nos quedan para significarnos en Europa y en el mundo? Nos quedamos flotando en el vacío, sin señas de identidad ni razones para seguir viviendo en común.

De la memoria nace la esperanza. El patrimonio de la historia aceptado, amado, permanentemente revisado y actualizado nos permitirá vivir en una sociedad real y sólida, abierta, libre, no confesional pero no laicista, sino en una sana laicidad.

Hoy los españoles necesitamos fortalecer los elementos comunes que fundamentan y justifican nuestra convivencia y definen los contenidos del bien común de nuestra sociedad. Sin negar las verdaderas y justas diferencias de las regiones y autonomías de España, es evidente que tenemos una historia común que nos hace participar de una misma cultura y que el futuro de todos depende de cómo sepamos administrar este envidiable patrimonio común... No hay duda de que en el caudal de este patrimonio histórico de los españoles la *fe católica* y cuanto de ella ha nacido, como nuestro arte religioso y nuestras expresiones espirituales, tiene un lugar importante. Es indudable que no todo lo ocurrido es justificable, es evidente que hay que revisar muchas cosas para armonizarlas con la situación real de los españoles y de la nueva cultura, en favor de la convivencia y de la justicia.

Para terminar este punto quiero decir que el camino más eficaz no me parece el de la polémica permanente entre los responsables de la Iglesia con los responsables de la cultura laicista, sino otro camino quizás más largo y más humilde, pero también más realista y seguramente más eficaz. El camino cristiano consiste en renovar primero nuestra casa, viviendo y anunciando el Evangelio de Jesús con una renovada autenticidad e intensidad, preparar cristianos verdaderamente convertidos al Evangelio de Jesucristo, que conozcan suficientemente la cultura dominante y que sean capaces de ir influyendo en la cultura, corrigiendo sus defectos y estableciendo la armonía entre la fe católica y la nueva cultura, primero en ellos mismos, en su vida personal y familiar, y luego en el conjunto de la sociedad, en las instituciones, en los saberes, en las leyes, y en las actuaciones de la vida social y pública, con una actitud libre y creativa, en buena armonía de respeto, tolerancia y colaboración con todos los demás.

El acercamiento evangelizador no tiene que producirse sólo en relación con los españoles que se fueron de la Iglesia, o con los que ya no han entrado y están en lo que el Papa Benedicto XVI ha llamado el “*atrio de los gentiles*”, y el Papa Francisco llama las “*periferias geográficas y existenciales*”, sino también hay que evangelizar a muchos hombres y mujeres no cristianos inmigrantes de diferentes países y con distintas religiones o situaciones espirituales.

4. Implicaciones históricas y culturales de la llamada a la nueva evangelización

Es cierto que en nuestra sociedad, gracias a Dios, hay muchos valores cristianos y muchas personas que viven fervorosamente su fe. Todo esto lo tenemos muy en cuenta. Y damos gracias a Dios por ello. Pero a la vez hemos de reconocer dos cosas que me parecen indiscutibles:

1^a. Más allá de nuestros fieles habituales hay muchos hermanos nuestros, jóvenes y adultos, más o menos cultos, para los que la fe en Jesucristo y en el Dios verdadero cada vez significa menos.

2^a. La convocatoria de los Papas a nuevos tiempos de evangelización quiere decirnos que la cultura occidental, que había recibido la fecundación de la vida cristiana, que actuaba de vehículo transmisor y protector

de la fe, que facilitaba la expresión y la práctica de la vida cristiana a quienes vivíamos en ella, está siendo sustituida por otra diferente y en algunas ocasiones incompatible. La gente piensa, siente y vive de otra manera. Las expresiones religiosas de hace unos cuantos años no le valen, no encajan en su vida, no le parecen convincentes ni le resultan operativas. La religión no aparece como algo importante para la vida real. La fe se debilita, y en consecuencia deja de ser informante y determinante de las convicciones y formas de vida realmente vigentes y operantes. Este desajuste entre fe y cultura, entre modos reales de vida y fórmulas o costumbres religiosas de otros tiempos, está en el origen de muchos conflictos, de muchas incomodidades y de muchos abandonos. Es imprescindible acometer la empresa apasionante de ayudar a creer a las nuevas generaciones proponiéndoles el Evangelio de siempre, el único y definitivo Evangelio de la salvación de Dios, de manera que brille su hermosura y se perciba fácilmente su grandeza desde las nuevas sensibilidades y en el contexto de las nuevas formas de vida que se han ido desarrollando en nuestra sociedad. Este era el gran propósito del Concilio Vaticano II.

Recuperar el vigor religioso, espiritual y misionero de la Iglesia es bastante más que promover un restauracionismo formal, volviendo a viejas costumbres ya superadas. El verdadero camino y la verdadera respuesta a los problemas actuales están más bien en un esfuerzo por reavivar la fe de los corazones, en una renovación espiritual profunda de la comunidad cristiana y en una lenta y firme influencia de los cristianos en la vida cultural y pública, sostenida por una vida teologal y eclesial vigorosa y consistente. Esta tarea requiere un trabajo de evangelización en profundidad, humilde, abnegado, perseverante, apoyado en la comunión eclesial y en el poder de Cristo Resucitado.

Este es uno de los objetivos del *Año de la Fe*, proclamado por el Papa Benedicto XVI con la carta apostólica *Porta fidei*.

Tenemos que practicar más la *pastoral de la fe*. Una fe que sea conversión a Dios, seguimiento de Jesucristo; una fe que actúa por la caridad y cambia la vida entera del creyente, en la familia, en el trabajo, en el ocio, en la distribución del tiempo y en el uso de los bienes de este mundo.

No podemos conformarnos con una pastoral de signo defensivo y restauracionista. No podemos resignarnos a seguir perdiendo terreno en

la fe y en la vida cristiana de las personas, de las familias, de la sociedad, en los pueblos, en los barrios. Tenemos la responsabilidad de la fe de nuestros hermanos. Es verdad que no es posible detener de repente la marcha de los acontecimientos y de los movimientos culturales. Tampoco podemos intentar retener a la gente dentro de la Iglesia por la fuerza. No estamos en eso. Pero sí tenemos que reaccionar de alguna manera. No podemos cerrarnos sobre nosotros mismos. Hemos de sentirnos responsables de la vida de la sociedad, de la fe y de las costumbres de nuestros hermanos.

Es necesaria una reacción generalizada que tenga estos dos tiempos:

1º) *Conversión y renovación espiritual.*

2º) *Evangelización y misión.*

No se puede dar el uno sin el otro.

El primer convencimiento es que debemos empezar por un esfuerzo de *renovación espiritual y de santificación*. Debemos comenzar por revisarnos a nosotros mismos y tratar de vivir más evangélicamente. El Obispo, los sacerdotes, los religiosos, los laicos cristianos tenemos que ir por delante en un esfuerzo sincero y verdadero de vivir más santamente. ¡No basta ser bueno, es necesario ser mejor! (cfr. San Bernardo: “Quien deja de ser mejor deja de ser bueno”). “El *Año de la Fe* es una invitación a una auténtica y renovada conversión al Señor, único Salvador del mundo” (*PF* 6).

La renovación interior y el encuentro con Cristo nos conduce al segundo tiempo: *la evangelización y la misión*. Escribe el Papa Benedicto XVI en la carta apostólica *Porta Fidei*: “*“Caritas Christi urget nos”* (2 Cor 5, 14): es el amor de Cristo el que llena nuestros corazones y nos impulsa a evangelizar. [...] Con su amor, Jesucristo atrae hacia sí a los hombres de cada generación: en todo tiempo, convoca a la Iglesia y le confía el anuncio del Evangelio, con un mandato que es siempre nuevo. Por eso, también hoy es necesario un compromiso eclesial más convenido en favor de una nueva evangelización para redescubrir la alegría de creer y volver a encontrar el entusiasmo de comunicar la fe. El compromiso misionero de los creyentes saca fuerza y vigor del descubrimiento cotidiano de su amor, que nunca puede faltar. La fe, en efecto, crece cuando se vive como experiencia de un amor que se recibe y se comunica como experiencia de gracia y gozo. Nos hace fecundos, porque en -

sancha el corazón, en la esperanza y permite dar un testimonio fecundo: en efecto, abre el corazón y la mente de los que escuchan para acoger la invitación del Señor a aceptar su Palabra para ser sus discípulos. Como afirma San Agustín, los creyentes “se fortalecen creyendo”. El santo Obispo de Hipona tenía buenos motivos para expresarse de esta manera. Como sabemos, su vida fue una búsqueda continua de la belleza de la fe hasta que su corazón encontró descanso en Dios. Sus numerosos escritos, en los que explica la importancia de creer y la verdad de la fe, permanecen aún hoy como un patrimonio de riqueza sin igual, consintiendo todavía a tantas personas que buscan a Dios encontrar el sendero justo para acceder a la “puerta de la fe”.

Así, la fe sólo crece y se fortalece creyendo; no hay otra posibilidad para poseer la certeza sobre la propia vida que abandonarse, en un *in crescendo* continuo, en las manos de un amor que se experimenta siempre como algo más grande porque tiene su origen en Dios” (cfr. *PF* 7).

Conclusión: fuertes en la debilidad

Nuestra Iglesia tiene que prepararse para vivir tiempos de inclemencia y adversidad. No importa que llegue a ser más débil en poder de este mundo. Dios ha escogido lo débil de este mundo para confundir a los que se creen fuertes y para iluminar y salvar a los que buscan la verdad con humildad y sinceridad (cfr. *1 Cor* 1, 27). Tenemos un tesoro que ofrecer: Jesucristo, tenemos su verdad que ilumina los corazones y ha vencido con la fuerza de su amor los poderes de este mundo, tenemos el secreto de la verdadera humanidad. No tengamos miedo a ser pocos. Pongamos nuestra confianza en la autenticidad más que en el número. Vivamos de verdad como “ciudadanos del cielo”, seamos de verdad testigos del amor de Dios y de sus problemas, confiemos en la fuerza permanente del Sermón de la Montaña. Lo demás vendrá por añadidura.

También los hombres y mujeres del siglo XXI están creados por Dios para ser felices con él en la participación de su gloria eterna. Tarde o temprano sentirán el vacío de sus corazones y se volverán con añoranza hacia la casa del Padre. La Iglesia tiene que estar preparada para cuando llegue la hora de Dios. Una Iglesia renovada y purificada, portadora de la Palabra de Dios y del Espíritu de Cristo, tiene que ser capaz de iluminar, de hacer brillar la luz de la fe y encender el fuego del amor

de Dios en los corazones de nuestros conciudadanos. La Iglesia de mañana, aunque sea menos numerosa, no podrá ser una Iglesia miedosa, cerrada sobre sí misma, en retirada y a la defensiva, con ribetes de sectarismo, sino que tendrá que ser una Iglesia abierta, segura del valor de su mensaje, con vocación de universalidad, sostenida y fortalecida por la confianza en el poder del Señor resucitado y la acción universal del Espíritu Santo, capaz de acoger y de mostrar las grandezas de la bondad de Dios a cuantos se acerquen a ella.

Una Iglesia espiritualmente renovada, que quiera ser fiel a Jesús, será necesariamente una Iglesia misionera, una Iglesia testimoniante y convincente, que se gana la credibilidad de los hombres y mujeres de buena voluntad que ven brillar en su vida la luz del Evangelio de la bondad y de la salvación de Dios. No nos resignamos a vivir en retirada, no renunciamos a ganar el convencimiento y la adhesión libre y agradecida de muchos hermanos nuestros.

La fe en Jesús, el seguimiento del Señor es fuente de libertad, de justicia, de paz, de tolerancia y convivencia, estímulo y ayuda para el progreso en la cultura y en el bienestar de las personas, de las familias y de los pueblos.

Soy consciente del momento difícil en que vivimos. En nuestra situación histórica es necesario crecer en la virtud de la esperanza teológica, propia de los caminantes, que procede de Dios y que no defrauda (cfr. *Rom* 5,5).

Las palabras del apóstol Pedro proyectan un rayo de luz en las pruebas de la fe: “Por ello os alegráis, aunque ahora sea preciso padecer un poco en pruebas diversas; así la autenticidad de vuestra fe, más preciosa que el oro, que, aunque es perecedero, se aquilata al fuego, merecerá premio, gloria y honor en la revelación de Jesucristo; sin haberlo visto lo amáis y, sin contemplarlo todavía, creéis en él y así os alegráis con un gozo inefable y radiante, alcanzando así la meta de vuestra fe: la salvación de vuestras almas” (*1 Pe* 1,6-9).

La vida de los cristianos conoce la experiencia de la alegría y el sufrimiento. Cuántos santos han experimentado la soledad. Cuántos creyentes son probados también en nuestros días por el silencio de Dios, mientras quisieran escuchar su voz consoladora. Las pruebas de la vida, a la vez que permiten comprender el misterio de la Cruz y participar en los sufrimientos de Cristo (cfr. *Col* 1, 24), son preludio de la alegría y la

esperanza a la que conduce la fe: “Cuando soy débil, entonces soy fuerte” (2 *Cor* 12, 10). Nosotros creemos con firme certeza que el Señor Jesús ha vencido el mal y la muerte. Con esta segura confianza nos encomendamos a él. Presente entre nosotros, vence el poder del maligno (cfr. *Lc* 11, 20), y la Iglesia, comunidad visible de su misericordia, permanece en Él como signo de reconciliación definitiva con el Padre (cfr. *PF* 15).

Necesitamos cuidar la fe y la esperanza; abrir los ojos a todas las realidades positivas y a los pequeños crecimientos de la semilla del Reino de Dios, para que los problemas o las dificultades no nos agobien ni las nubes nos lleven a negar las estrellas. Una apertura de la mente y el corazón a las perspectivas más amplias de la historia impedirá que nos quedemos en la nostalgia del pasado y nos orientará con serenidad hacia el futuro con esperanza.

SERVICIOS PASTORALES

Cancillería

NOMBRAMIENTOS

14 de abril de 2013

Junta Directiva de Scouts Católicos de Cantabria, MSC:

Presidente: Don José María Fernández Llata

Secretaria: Doña Anna Salas Alastrue

Tesorera: Doña Verónica Belmonte San Emeterio

25 de abril de 2013

Rvdo. P. Miguel Angel García Luis SDB, como Capellán de Sanitas Residencial Santander

ORDENACIONES

El día 17 de marzo de 2013 D. Vicente Jiménez Zamora ordenó Diáconos en el S.I. Catedral de Santander a los seminaristas diocesanos:



Alejandro Benavente Talaverón.,
quien nació en Santander el 1 de julio de 1972.



Ricardo Díaz Ruiz,
quien nació en Argomilla de Cayón el 21 de febrero de 1986.



Adrián Sáinz Iturbide,
quien nació en Argoños el 13 de noviembre de 1988.

VIDA DIOCESANA

ACTIVIDAD PASTORAL DE NUESTRO OBISPO

MARZO 2013

Día 1: Grabación de una entrevista para Popular Tv.

Día 2: Reunión del Consejo Pastoral Diocesano. Jornadas de Jóvenes en al Seminario Diocesano.

Día 3: Segundas vísperas del domingo en la Catedral.

Día 4: Reunión del Consejo Presbiteral.

Día 5: Reunión del Consejo Episcopal. Audiencia.

Día 7: Audiencias. Entrevista de unos alumnos del colegio San Agustín de Santander.

Día 8: Fiesta de San Juan de Dios, en el hospital Santa Clotilde de Santander. Confirmaciones en la iglesia San Esteban de la parroquia de Arenas de Iguña.

Día 9: Peregrinación a la Catedral, con motivo del Año de la Fe, de feligreses de las parroquias de la Vicaría San Pedro.

Día 10: Segundas vísperas del domingo en la Catedral.

Día 12: Audiencias.

Día 13: Encuentro, en el Obispado, con un primer grupo de alumnos de 6º de primaria, del colegio público Pedro Velarde de Muriedas. Conferencia de Mons. Mario Iceta Gavicagogeascoa, obispo de Bilbao, en la Universidad de Cantabria, organizada por el Secretariado de Pastoral Universitaria.

Día 14: Encuentro, en el Obispado, con un segundo grupo de alumnos de 6º de primaria, del colegio público Pedro Velarde de Muriedas. Audiencias. Grabación de entrevistas, para diversos medios de comunicación regionales, con motivo de la elección del Papa Francisco. Acto de entrega del doctorado “Honoris Casua” a D. Joaquín González Echegaray, por la Universidad de Cantabria.

Día 15: Audiencia al P. Provincial de la Legionarios de Cristo. Bendición de la exposición de pasos de Semana Santa, en el centro cultural Ramón Pelayo de Solares y charla cuaresmal en la parroquia Santa María de Cudeyo.

Día 16: Peregrinación a la Catedral, con motivo del Año de la Fe, de feligreses de las parroquias de la Vicaría San Andrés. Conmemoración (trasladada) de Santa Luisa de Marillac en la parroquia Nuestra Señora de Consolación de Santander.

Día 17: Ordenación de diáconos, de los seminaristas diocesanos D. Alejandro Benavente Talaverón, D. Ricardo Díaz Ruiz y D. Adrián Sainz Itúrbide, en la Catedral.

Día 18: Reunión del Consejo Episcopal.

Día 19: Solemnidad de San José en la Fundación Asilo San José de Torrelavega.

Día 20: Audiencias. Visita a un sacerdote enfermo. Reunión del patronato de CESCAN (Proyecto Hombre).

Día 21: Reunión en la Conferencia Episcopal Española. Celebración en la Catedral del Camino Neocatecumenal.

Día 22: Audiencias. Grabación de una entrevista para una cadena de televisión regional. Pregón de Semana Santa en la Catedral.

Día 23: Responso, en el tanatorio El Alisal, y exequias, en la Catedral, por el eterno descanso del sacerdote D. Joaquín González Echegaray. Vía Crucis organizado por la Junta de Cofradías Penitenciales de Santander.

Día 24: Visita a sacerdotes enfermos.

Día 25: Audiencia. Responso, en el tanatorio El Alisal, por eterno descanso del sacerdote D. José Luis Salam Lozano.

Día 26: Audiencia. Exequias por el eterno descanso del sacerdote D. José Luis Salam Lozano en la parroquia San Miguel Arcángel de Camargo.

Día 30: Visita a sacerdotes enfermos.

Días 24-31: Celebraciones litúrgicas de la Semana Santa en la Catedral.

ABRIL 2013

Días 1-3: Peregrinación Diocesana de la Hospitalidad de Lourdes al santuario de la Virgen en Francia.

Día 5: XLI Semana Nacional para Institutos de Vida Consagrada, organizada por el Instituto de Vida Religiosa, en Madrid.

Día 6: Encuentro de Pascua de los feligreses de las parroquias del arciprestazgo Nuestra Señora de Montesclaros en el santuario de los PP. Dominicos. Celebración del Camino Neocatecumenal en la Catedral.

Día 7: Apertura de la Visita Pastoral al arciprestazgo Virgen de la Barquera, en la parroquia Nuestra Señora de los Ángeles de San Vicente de la Barquera.

Día 8: Formación Permanente, impartida por el padre agustino D. Marceliano Arranz Rodrigo, en el seminario Monte Corbán. Consejo Episcopal. Visita a sacerdotes enfermos. Celebración de la jornada Pro-Vida, en la solemnidad de La Anunciación del Señor (trasladada), en la Catedral.

Día 9: Audiencias.

Día 10: Responso por el eterno descanso de D^a. Ramona Crespo Ruiz, madre del sacerdote D. José Luis Sánchez Crespo, en el tanatorio municipal de San Vicente de la Barquera.

Día 11: Audiencia. Responso por el eterno descanso del sacerdote D. Esteban Castrillo Bravo en el tanatorio Nereo Hnos.

Día 12: Visita Pastoral a las parroquias de Casar de Periedo y Cabezón de la Sal.

Día 13: Visita Pastoral a la parroquia de Cabezón de la Sal.

Día 14: Confirmaciones en la parroquia Santa María de Villasana de Mena. Fiesta de la Folía en San Vicente de la Barquera.

Días 15-19: CI Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española.

Día 20: Proyecto Samuel y Gente CE en Corbán. Confirmaciones de adultos y jóvenes, del arciprestazgo Nuestra Señora del Soto, en la parroquia de Iruz (santuario Nuestra Señora del Soto).

Día 21: Visita Pastoral a la parroquia de San Vicente de la Barquera. Visita a un sacerdote enfermo.

Día 22: Audiencia. Reunión del Consejo Episcopal. Imparte la conferencia “Relación entre evangelización y cultura” en el Ateneo de Santander.

56 (172)

Día 23: Visita Pastoral a la parroquia de Herrera-Ibio.

Día 24: Visita Pastoral a las parroquias de Cabezón de la Sal y Santibáñez-Carrejo.

Día 25: Audiencias.

Día 26: Bendición de la tienda “Koopera”, en la calle Cádiz de Santander, en la que se vende ropa y complementos reciclados, en la que colabora Cáritas Diocesana. Confirmaciones en la parroquia Nuestra Señora de La Paz de Torrelavega.

Día 27: Celebración, en la colegiata San Isidoro de León, del 950 aniversario de la traslación del cuerpo de San Isidoro de la ciudad de Sevilla a la de León. Confirmaciones en la parroquia San Pablo de Torrelavega.

Día 28: Confirmaciones en la parroquia San Miguel de Matamorosa. Celebración, en el monasterio Nuestra Señora de la Merced, del vigésimo quinto aniversario de la llegada de las MM. Mercedarias a Noja. Encuentro con sacerdotes ordenados durante los últimos años en la casa de espiritualidad Nuestra Señora del Soto.

Día 29: Visita Pastoral a la parroquia de Villanueva de la Peña.

Día 30: Visita Pastoral a las parroquias de Mazcuerras y Cos.

EN LA PAZ DEL SEÑOR

Rvdo. D. Joaquín González Echegaray



Nació en Santander el 2 de noviembre de 1930. Estudios Eclesiástico en el Seminario de Monte Corbán; Teología en la Pontificia Universidad Gregoriana; Arqueología en la Escuela Bíblica de Jerusalén; Filosofía y Letras en la Universidad de Deusto. Ordenado presbítero el 7 de abril de 1954.

Las actividades pastorales realizadas han sido: Coadjutor de San Francisco-Santander (1954). Adscrito a la parroquia de Santa Lucía (1956). Subdirector del Museo de Prehistoria (1956). Director Adjunto del Museo provincial de Prehistoria. Profesor del Seminario (1966). Director del Museo Nacional de Altamira (1979-1985). Profesor invitado en las Universidades de Chicago, Pont. Salamanca y Deusto. Profesor en el Instituto Español Bíblico y Arqueológico de Jerusalén. Director de la Asociación Bíblica Española (A.B.E.) (1995-1998). Director del Inst. para Investigaciones Prehistóricas (Santander-Chicago). Canónigo de la S.I. Catedral de Santander (1992). Miembro Comisión de Fe y Cultura (1994). Delegado Episcopal para el Patrimonio Cultural de la Diócesis (1997). Deán Cabildo de la S.I. Catedral de Santander 1997-03-10. Miembro de Consejo Pastoral Diocesano (1998). Miembro de Consejo Presbiteral (1999). Consejo Presbiteral, miembro nato como Presidente Cabildo (2003). Consejo Pastoral Diocesano, miembro nato como Presidente Cabildo (2003)-. Miembro del Consejo Pastoral Diocesano de Consejo Pastoral Diocesano (2008). Miembro del Consejo Presbiteral de Consejo Presbiteral (2008-2011).

Falleció el 22 de marzo de 2013. Misa funeral en la S.I. Catedral el 23 de marzo de 2013. Inhumado en Ciriego en el Panteón de Hombre Ilustres de Cantabria.

Rvdo. D. José Luis Salam Lozano



Nació en Torres-Torrelavega el 8 de agosto de 1935. Estudios Eclesiásticos en el Seminario de Monte Corbán. Ordenado presbítero el 14 de marzo de 1959.

Las actividades pastorales realizadas han sido: Ecónomo de Santiago de Tudela, Santa María de Llano y Santa Olaja (1959). Ecónomo de Roiz (1967). Ecónomo de Camargo (1979). Arcipreste del Sector Industrial Agrícola de Santander (1983). Profesor de Religión de Instituto. Jubilado (2000)

Falleció en Camargo el 24 de marzo de 2013. Funeral en la parroquia de San Miguel de Camargo el 26 de marzo de 2013. Inhumado en el cementerio de Camargo.

Rvdo. D. Esteban Castrillo Bravo



Nació en Guardo (Palencia) el 6 de agosto de 1927. Estudios de Teología en la Universidad de Comillas. Ordenado presbítero el 12 de abril de 1952.

Las actividades pastorales realizadas han sido: Beneficiado de la S.I. Catedral (1951)-09-26. Capellán Frente de Juventudes (1951). Profesor Religión del Instituto Masculino (1951). Canónigo de la S.I. Catedral (1991). Jubilado en

1992.

Falleció el 11 de abril de 2013 en Santander. Funeral en la S. I. Catedral de Santander el 12 de abril de 2013. Inhumado en el cementerio de Guardo Palencia.

Iglesia en España

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Nota de prensa final de la CI Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española

Los obispos españoles han celebrado, del 15 al 19 de abril, la CI Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española (CEE), en la que se ha aprobado, entre otras cosas, un nuevo Catecismo y un Mensaje con motivo de la Beatificación del Año de la fe, que tendrá lugar en Tarragona el domingo 13 de octubre de este mismo año.

Han participado 74 de los 77 obispos en activo: 2 cardenales, 13 arzobispos más el Ordinario castrense, 52 diocesanos y 9 auxiliares. La diócesis de Tortosa, vacante tras el traslado de Mons. D. **Javier Salinas Viñals** a Mallorca, ha estado representada por su Administrador diocesano, D. **José Luis Arín Roig**. También han estado presentes cardenales, arzobispos y obispos eméritos.

Discurso inaugural del Cardenal Rouco

El lunes, en el discurso inaugural, el Presidente de la CEE, el Cardenal **Antonio M^a Rouco Varela**, Arzobispo de Madrid, comenzó recordando el especial tiempo de gracia que la Iglesia ha vivido “desde la nunca vista despedida pública de un papa ejerciendo su ministerio de pastor de la Iglesia universal, hasta la celebración el cónclave, en un clima de extraordinaria expectación mundial, crecida, si cabe todavía más, con la elección del papa **Francisco**”. En circunstancias tan nuevas, las transformaciones experimentadas por el mundo en los últimos años y los enormes desafíos que se le presentan a la misión de la Iglesia, la renuncia del papa **Benedicto XVI** “no sólo se comprende, sino que se admira como un gesto de excepcional virtud personal. No era fácil dar ese paso, era también un modo de permanecer junto a la cruz del ministerio (...) Al retirarse al silencio de la oración, expresando públicamente su obediencia al próximo papa, **Benedicto XVI** nos ha dejado a todos, en particular a los pastores, un ejemplo excepcional de virtud”.

Posteriormente, el Arzobispo de Madrid recordó que en enero de 2006, los miembros de la CEE tuvieron la oportunidad de conocer y tratar al papa **Francisco** “cuando, como cardenal arzobispo de Buenos Aires, tuvo la generosidad de venir a darnos los Ejercicios Espirituales” y repasó algunas de sus palabras y gestos de sus primeras semanas de pontificado, en las que “lo hemos visto y oído invitando a toda la Iglesia a lo esencial” y en particular a los obispos a “ser pastores con olor a oveja” e ir “allí donde lo que somos por gracia se muestre claramente como pura gracia, en ese mar del mundo actual, donde solo vale la unción –y no la función- y resultan fecundas las redes echadas únicamente en el nombre de Aquel de quien nos hemos fiado: Jesús”. “¡Qué hermosa manera –expresaba el Cardenal **Rouco-** de concretar espiritual y prácticamente el programa de la nueva evangelización en el que estamos empeñados!”.

El Presidente de la CEE dedicó la segunda parte de su discurso a la Nueva Evangelización, en el contexto del Año de la fe y abordó, en la parte final, los graves problemas sociales que estamos viviendo. Se refirió a los duros efectos de la crisis económica, como por ejemplo el paro, la falta de medios para hacer frente a los compromisos contraídos en la adquisición de viviendas o a la debida atención a los ancianos e inmigrantes. Asimismo recordó que persiste en nuestra sociedad una desprotección legal del derecho a la vida de los que van a nacer; que se mantiene una legislación sobre el matrimonio gravemente injusta y que es necesaria también una legislación más justa en lo que se refiere a la libertad de enseñanza y, en concreto, al ejercicio efectivo del derecho fundamental que asiste a los padres en la elección de la formación ética y religiosa que desean para sus hijos.

El Cardenal **Rouco**, señaló que “ante la difícil situación económica por la que atravesamos, las tensiones sociales no parecen disminuir”, sin embargo, “nadie debería aprovechar las dificultades reales por las que atraviesan las personas y los grupos sociales para perseguir ningún fin particular, por legítimo que fuere” que perdiera de vista bienes superiores como “la reconciliación, la unidad y la primacía del derecho”.

El Presidente de la CEE finalizó su discurso recordando que “una de las formas de responder a la vocación cristiana y a la llamada universal a la santidad, particularmente en el caso de los fieles laicos, es la de la participación en la acción social y política” y agradeció “una vez más el trabajo de los vo-

luntarios que dedican su tiempo a las obras por las que diversas instituciones de la Iglesia asisten a los necesitados y a los más afectados por la crisis”.

Saludo del Nuncio

El Nuncio Apostólico en España, Mons. **Renzo Frantini**, retomó también los acontecimientos de la renuncia de **Benedicto XVI** y el inicio del pontificado de **Francisco**. Afirmó que el nuevo Papa “con su estilo personal, cercano y espontáneo, ha insistido en continuidad con su antecesor, en la centralidad de Cristo crucificado, en el protagonismo del Espíritu Santo y ha invitado a toda la iglesia a <reencontrar la confortadora alegría de evangelizar> para ofrecer en Cristo, la luz de los pueblos, al mundo de hoy”. “Pienso que, por parte de todo episcopado –continuó el Sr. Nuncio- merece una particular atención la consideración que hace el Papa **Francisco** al peligro de la *autoreferencialidad* de nuestras instituciones eclesiales, cayendo en un *narcisismo*. El Papa nos recuerda que tenemos que salir, caminar, evangelizar y construir la Iglesia llevando la cruz, anunciando en las periferias a Jesucristo”.

Catecismo “Testigos del Señor”

Los obispos han aprobado el segundo Catecismo para la Iniciación Cristiana *Testigos del Señor*. Está destinado a niños y adolescentes de entre 10 y 14 años y es continuación de “Jesús es el Señor”, primer catecismo de infancia, dirigido a niños de entre 6 y 10 años, que fue aprobado en la Asamblea Plenaria en marzo de 2008.

El texto se enviará a Roma para su *recognitio* y posteriormente se editará el Catecismo y se presentará a la opinión pública.

Con el “fin de promover la fe desde el aprecio a la Palabra de Dios”, la redacción y divulgación de este nuevo Catecismo es una acción contemplada en el vigente Plan Pastoral de la CEE, (2011-2015), que lleva por título “La nueva evangelización desde la Palabra de Dios. Por tu Palabra, echaré las redes (Lc 5,5)”.

Iglesia Particular y Vida Consagrada

La Asamblea ha aprobado el Documento *Iglesia Particular y Vida Consagrada. Cauces Operativos para facilitar las relaciones mutuas entre los Obispos y la Vida Consagrada en España*. Se hará público próximamente, una vez editado, ya con las sugerencias que los obispos han aportado en esta Asamblea.

Mensaje con motivo de la Beatificación del Año de la Fe

La Plenaria ha aprobado un Mensaje con motivo de la Beatificación del Año de la Fe. La ceremonia tendrá lugar en Tarragona el próximo 13 de octubre. Los obispos invitan a todos los católicos a participar con su presencia en Tarragona y, en todo caso, a unirse espiritualmente a este acontecimiento de gracia.

El Mensaje está dividido en cinco partes: los mártires, modelos en la confesión de la fe y principales intercesores; mártires del siglo XX en España beatificados en el Año de la fe; firmes y valientes testigos de la fe (lema de la Beatificación); una hora de gracia; y la Beatificación en Tarragona, donde se explica cómo en la ciudad tarraconense se conserva la tradición de los primeros mártires cristianos.

La beatificación de mártires del siglo XX en España es también una de las acciones que recoge el vigente Plan Pastoral de la CEE.

Otros temas del orden del día

En la Plenaria se ha informado sobre diversos asuntos de seguimiento, sobre las actividades de las distintas Comisiones Episcopales y sobre las actividades del IEME (Instituto Español de Misiones Extranjeras).

Se ha aprobado la traducción española de los Textos Litúrgicos para la celebración de la Fiesta de Nuestro Señor Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote; fiesta que después del Año Sacerdotal todas las conferencias episcopales pueden incluir en sus calendarios litúrgicos. En el Calendario Litúrgico español ya estaba incluida, pero ahora se celebrará con los nuevos textos que la Santa Sede ofrece a toda la Iglesia. El Leccionario I (Dominical y Festivo A) será previsiblemente estudiado de nuevo por la Plenaria del mes de noviembre.

Igualmente, está previsto que vuelvan a la próxima Plenaria las *Normas Básicas para la Formación de los Diáconos Permanentes en las diócesis españolas*, presentadas para su estudio por la Comisión Episcopal del Clero.

Por otra parte, se han aprobado las intenciones de la CEE para el Apostolado de la Oración (2014), que se unen a la intención pontificia y misional.

Aprobación de Asociaciones Nacionales

La Asamblea Plenaria ha aprobado la modificación de los Estatutos del *Movimiento Scout Católico*.

Los mártires del siglo XX en España, firmes y valientes testigos de la fe

**Mensaje con motivo de la Beatificación del Año de la fe,
en Tarragona, el 13 de Octubre de 2013**

"Por la fe, los mártires entregaron su vida como testimonio de la verdad del Evangelio, que los había transformado y hecho capaces de llegar hasta el mayor don del amor, con el perdón de sus perseguidores."

Benedicto XVI, Carta Apostólica *Porta fidei*, 13

Queridos hermanos:

1. Os anunciamos con gran alegría que, Dios mediante, el domingo día 13 de octubre de 2013, se celebrará en Tarragona la beatificación de unos quinientos hermanos nuestros en la fe que dieron su vida por amor a Jesucristo, en diversos lugares de España, durante la persecución religiosa de los años treinta del siglo XX. Fueron muchos miles los que por entonces ofrecieron ese testimonio supremo de fidelidad. La Iglesia reconoce ahora solemnemente a este nuevo grupo como mártires de Cristo. Según el lema de esta fiesta, ellos fueron "firmes y valientes testigos de la fe" que nos estimulan con su ejemplo y nos ayudan con su intercesión. Invitamos a los católicos y a las comunidades eclesiales a participar en este gran acontecimiento de gracia con su presencia en Tarragona, si les es posible, y, en todo caso, uniéndose espiritualmente a su preparación y celebración.

I. Los mártires, modelos en la confesión de la fe y principales intercesores

2. En la Carta apostólica *Porta fidei*, por la que convoca el Año de la fe, que estamos celebrando, el Papa Benedicto XVI dice que en este Año "es decisivo volver a recorrer la historia de la fe, que contempla el misterio insondable del entrecruzarse de la santidad y el pecado". Según recuerda Benedicto XVI, los mártires, después de María y los Apóstoles -en su mayoría, también mártires- son ejemplos señeros de santidad, es decir, de la unión con Cristo por la fe y el amor a la que todos estamos llamados.[1]

3. El Concilio Ecuménico Vaticano II habla repetidamente de los mártires. Entre otros motivos, celebramos el Año de la fe para conmemorar los cincuenta años de la apertura del Concilio y recibir más y mejor sus enseñanzas. Por eso, es bueno recordar ahora el precioso pasaje en el que el Concilio, al exhortar a todos a la santidad, nos presenta el modelo de los mártires:

4. "Jesús, el Hijo de Dios, mostró su amor entregando su vida por nosotros. Por eso, nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus hermanos (cf. 1 Jn 3, 16 y Jn 15, 13). Pues bien: algunos cristianos, ya desde los primeros tiempos, fueron llamados y serán llamados siempre, a dar este supremo testimonio de amor delante de todos, especialmente, de los perseguidores. En el martirio el discípulo se asemeja al Maestro, que aceptó libremente la muerte para la salvación del mundo, y se configura con Él derramando también su sangre. Por eso, la Iglesia estima siempre el martirio como un don eximio y como la suprema prueba de amor. Es un don concedido a pocos, pero todos deben estar dispuestos a confesar a Cristo delante de los hombres y a seguirlo en el camino de la Cruz en medio de las persecuciones, que nunca le faltan a la Iglesia."[2]

5. Además de modélicos confesores de la fe, según la enseñanza del Concilio, los mártires son también intercesores principales en el Cuerpo místico de Cristo: "La Iglesia siempre ha creído que los Apóstoles y los mártires, que han dado con su sangre el supremo testimonio de fe y de amor, están más íntimamente unidos a nosotros en Cristo [que otros hermanos que viven ya en la Gloria]. Por eso, los venera con especial afecto, junto con la bienaventurada Virgen María y los santos ángeles, e implora piadosamente la ayuda de su intercesión."[3]

II. Mártires del siglo XX en España beatificados el Año de la fe

6. Al dirigir una mirada de fe al siglo XX, los obispos españoles dábamos gracias a Dios, con el beato Juan Pablo II, porque "al terminar el segundo milenio, la Iglesia ha vuelto a ser de nuevo Iglesia de mártires" y porque "el testimonio de miles de mártires y santos ha sido más fuerte que las insidias y violencias de los falsos profetas de la irreligiosidad y del ateísmo." [4] El Concilio dice también que la mejor respuesta al fenómeno del secularismo y del ateísmo contemporáneos, además de la propuesta adecuada del Evangelio, es "el testimonio de una fe viva y madura (...) Numerosos mártires dieron y dan un testimonio preclaro de esta fe." [5] El siglo XX ha sido llamado, con razón, "el siglo de los mártires".

7. La Iglesia que peregrina en España ha sido agraciada con un gran número de estos testigos privilegiados del Señor y de su Evangelio. Desde 1987, cuando tuvo lugar la beatificación de los primeros de ellos -las carmelitas descalzas de Guadalajara- han sido beatificados 1001 mártires, de los cuales 11 han sido también canonizados.

8. Ahora, con motivo del Año de la fe - por segunda vez después de la beatificación de 498 mártires celebrada en Roma en 2007 - se ha reunido un grupo numeroso de mártires que serán beatificados en Tarragona en el otoño próximo. El Santo Padre ya ha firmado los decretos de beatificación de tres obispos: los siervos de Dios, Salvio Huix, de Lérida; Manuel Basulto, de Jaén y Manuel Borrás, de Tarragona. Serán beatificados también un buen grupo de sacerdotes diocesanos, sobre todo de Tarragona. Y muchos religiosos y religiosas: benedictinos, hermanos hospitalarios de San Juan de Dios, hermanos de las escuelas cristianas, siervas de María, hijas de la caridad, redentoristas, misioneros de los Sagrados Corazones, claretianos, operarios diocesanos, hijos de la Divina Providencia, carmelitas, franciscanos, dominicos, hijos de la Sagrada Familia, calasancias, maristas, paúles, mercedarios, capuchinos, franciscanas misioneras de la Madre del Divino Pastor, trinitarios, carmelitas descalzos, mínimas, jerónimos; también seminaristas y laicos; la mayoría de ellos eran jóvenes; también hay ancianos; hombres y mujeres. Antes de la beatificación, aparecerá, si Dios quiere, el tercer libro de la colección *Quiénes son y de dónde vienen*, en el que se recogerá la biografía y la fotografía de cada uno de los mártires de esta Beatificación del Año de la fe [6].

III. Firmes y valientes testigos de la fe

9. La vida y el martirio de estos hermanos, modelos e intercesores nuestros, presenta rasgos comunes, que haremos bien en meditar en sus biografías. Son verdaderos creyentes que, ya antes de afrontar el martirio, eran personas de fe y oración, particularmente centrados en la Eucaristía y en la devoción a la Virgen. Hicieron todo lo posible, a veces con verdaderos alardes de imaginación, para participar en la Misa, comulgar o rezar el rosario, incluso cuando suponía un gravísimo peligro para ellos o les estaba prohibido, en el cautiverio. Mostraron en todo ello, de un modo muy notable, aquella firmeza en la fe que San Pablo se alegraba tanto de ver en los cristianos de Colosas (cf. Col 2, 5). Los mártires no se dejaron engañar "con teorías y con vanas seducciones de tradición humana, fundadas en los elementos del mundo y no en Cristo" (Col 2, 8). Por el contrario, fueron cristianos de fe madura, sólida, firme. Rechazaron, en muchos casos, los halagos o las propuestas que se les hacían para arrancarles un signo de apostasía o simplemente de minusvaloración de su identidad cristiana.

10. Como Pedro, mártir de Cristo, o Esteban, el protomártir, nuestros mártires fueron también valientes. Aquellos primeros testigos, según nos cuentan los Hechos de los Apóstoles, "predicaban con valentía la Palabra de Dios" (Hch 4, 31) y "no tuvieron miedo de contradecir al poder público cuando éste se oponía a la santa voluntad de Dios: 'Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres' (Hch 5, 29). Es el camino que siguieron innumerables mártires y fieles en todo tiempo y lugar." [7] Así, estos hermanos nuestros tampoco se dejaron intimidar por coacción ninguna, ni moral ni física. Fueron fuertes cuando eran vejados, maltratados o torturados. Eran personas sencillas y, en muchos casos, débiles humanamente. Pero en ellos se cumplió la promesa del Señor a quienes le confiesen delante de los hombres: "no tengáis miedo... A quien se declare por mí ante los hombres, yo también me declararé por él ante mi Padre que está en los cielos" (Mt 10, 31-32); y abrazaron el escudo de la fe, donde se apagan la flechas incendiarias del maligno (cf. Ef 6, 16).

IV. Una hora de gracia

11. La Beatificación del Año de la fe es una ocasión de gracia, de bendición y de paz para la Iglesia y para toda la sociedad. Vemos a los mártires como modelos de fe y, por tanto, de amor y de perdón. Son nuestros intercesores, para que pastores, consagrados y fieles laicos recibamos la luz y la fortaleza

necesarias para vivir y anunciar con valentía y humildad el misterio del Evangelio (cf. Ef 6, 19), en el que se revela el designio divino de misericordia y de salvación, así como la verdad de la fraternidad entre los hombres. Ellos han de ayudarnos a profesar con integridad y valor la fe de Cristo.

12. Los mártires murieron perdonando. Por eso, son mártires de Cristo, que en la Cruz perdonó a sus perseguidores. Celebrando su memoria y acogién-dose a su intercesión, la Iglesia desea ser sembradora de humanidad y reconciliación en una sociedad azotada por la crisis religiosa, moral, social y económica, en la que crecen las tensiones y los enfrentamientos. Los mártires invitan a la conversión, es decir, "a apartarse de los ídolos de la ambi-ción egoísta y de la codicia que corrompen la vida de las personas y de los pueblos, y a acercarse a la libertad espiritual que permite querer el bien común y la justicia, aun a costa de su aparente inutilidad material inmediata." [8] No hay mayor libertad espiritual que la de quien perdona a los que le quitan la vida. Es una libertad que brota de la esperanza de la Gloria. "Quien espera la vida eterna, porque ya goza de ella por adelantado en la fe y los sacramentos, nunca se cansa de volver a empezar en los caminos de la propia historia". [9]

V. La Beatificación en Tarragona

13. En Tarragona se conserva la tradición de los primeros mártires hispanos. Allí, en el anfiteatro romano el año 259, dieron su vida por Cristo el obispo San Fructuoso y sus diáconos San Eulogio y San Augurio. San Agustín se refiere con admiración a su martirio. El obispo Manuel Borrás, auxiliar de la sede tarraconense, junto con varias decenas de sacerdotes de aquella dióce-sis, vuelven a hacer de ésta en el siglo XX una iglesia preclara por la sangre de sus mártires. Por estos motivos, la Conferencia Episcopal ha acogido la petición del Arzobispo de Tarragona de que la beatificación del numeroso grupo de mártires de toda España, prevista casi como conclusión del Año de la fe, se celebre en aquella ciudad.

14. Exhortamos a cada uno y a las comunidades eclesiales a participar ya desde ahora espiritualmente en la Beatificación del Año de la fe. Invitamos a quienes puedan a acudir a Tarragona, para celebrar, con hermanos de toda España, este acontecimiento de gracia. Oremos por los frutos de la beatifi-cación, que, con la ayuda divina y la intercesión de la Santísima Virgen, au-guramos abundantes para todos:

Oh Dios, que enviaste a tu Hijo, para que muriendo y resucitando nos diese su Espíritu de amor: nuestros hermanos, mártires del siglo XX en España, mantuvieron su adhesión a Jesucristo de manera tan radical y plena que les permitiste derramar su sangre por él y con él. Danos la gracia y la alegría de la conversión para asumir las exigencias de la fe; ayúdanos, por su intercesión, y por la de la Reina de los mártires, a ser siempre artífices de reconciliación en la sociedad y a promover una viva comunión entre los miembros de tu Iglesia en España; enséñanos a comprometernos, con nuestros pastores, en la nueva evangelización, haciendo de nuestras vidas testimonios eficaces del amor a Ti y a los hermanos. Te lo pedimos por Jesucristo, el Testigo fiel y veraz, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

Madrid, 19 de abril de 2013

Iglesia Universal

BENEDICTO XVI

Última audiencia general de Benedicto XVI

Venerados hermanos en el episcopado y en el presbiterado, distinguidas autoridades, queridos hermanos y hermanas:

Os doy las gracias por haber acudido en tan gran número a esta mi última Audiencia general.

¡Gracias de corazón! ¡Estoy realmente emocionado! ¡Y veo a la iglesia viva! Y pienso que tenemos también que dar gracias al Creador por el buen tiempo que nos da ahora, pese a ser aún invierno.

Al igual que el apóstol Pablo en el texto bíblico que hemos escuchado, yo también siento en mi corazón el deber, por encima de todo, de dar gracias a Dios, que guía y hace crecer a su Iglesia, que siembra su Palabra y de esta forma alimenta la fe entre su pueblo. En este instante, mi ánimo se dilata y abraza a toda la Iglesia diseminada por el mundo; y doy gracias a Dios por las «noticias» que durante estos años de ministerio petrino he podido recibir acerca de la fe en el Señor Jesucristo, de la caridad que circula realmente por el cuerpo de la Iglesia y la hace vivir en el amor, y de la esperanza que nos abre y nos orienta hacia la vida en plenitud, hacia la patria celestial.

Siento que llevo a todos en mi oración, en un presente que es el de Dios, y en el que recojo cada encuentro, cada viaje, cada visita pastoral. Todo y a todos recojo en la oración para encomendarlos al Señor, para que consigamos un conocimiento perfecto de su voluntad con toda sabiduría e inteligencia espiritual y para que nuestra conducta sea digna del Señor y de su amor y fructifique en toda obra buena (cf. Col 1, 9-10).

En este momento hay en mí una gran confianza, porque sé y sabemos todos que la palabra de verdad del Evangelio es la fuerza de la Iglesia, es su vida. El Evangelio purifica y renueva, fructifica en todo lugar en el que la comunidad de los creyentes lo escucha y acoge la gracia de Dios en la verdad y en la caridad. Esta es mi confianza, esta es mi alegría.

Cuando, el 19 de abril de hace casi ocho años, acepté asumir el ministerio petrino, tuve la firme certeza que siempre me ha acompañado: la certeza de la vida de la Iglesia que procede de la Palabra de Dios. Como ya he contado en más de una ocasión, las palabras que en aquel instante resonaron en mi corazón fueron: «Señor, ¿por qué me pides esto, y qué es lo que me pides? Es un gran peso el que colocas sobre mis hombros, pero si tú me lo pides, por tu palabra, echaré las redes, seguro de que tú me guiarás, a pesar de todas mis debilidades». Y ocho años después puedo decir que el Señor me ha guiado, que ha estado a mi lado y que he podido percibir diariamente su presencia. Ha sido un tramo del camino de la Iglesia que ha tenido momentos de alegría y de luz, pero también momentos no fáciles; me he sentido como San Pedro con los Apóstoles en la barca en el lago de Galilea: el Señor nos ha dado muchos días de sol y de brisa ligera, días en los que la pesca ha sido abundante; pero también ha habido momentos en los que las aguas estaban agitadas, el viento era contrario —como a lo largo de toda la historia de la Iglesia— y el Señor parecía dormir. Pero siempre he sabido que en esa barca está el Señor, y siempre he sabido que la barca de la Iglesia no es mía, no es nuestra, sino suya. Y el Señor no permite que se hunda: es él quien la conduce, ciertamente también por medio de los hombres que ha escogido, porque así lo ha querido. Esta ha sido y es una certeza que nada puede empañar. Y por eso hoy mi corazón rebosa de gratitud a Dios porque nunca ha dejado que falten ni a toda la Iglesia ni a mí su consuelo, su luz y su amor.

Nos encontramos en el Año de la Fe, que he querido celebrar para reforzar precisamente nuestra fe en Dios en un contexto que parece relegarlo cada vez más a un segundo plano. Quisiera invitar a todos a renovar nuestra confianza firme en el Señor, a encomendarnos como niños a los brazos de Dios, seguros de que esos brazos nos sostienen siempre y son los que nos permiten caminar cada día, a pesar del cansancio. Quisiera que cada uno se sintiera amado por ese Dios que entregó a su Hijo por nosotros y que nos mostró su amor ilimitado. Quisiera que cada uno sintiera la alegría de ser cristiano. En una bonita oración que se reza cada mañana se dice: «Te adoro, Dios mío, y te amo de todo corazón. Te doy gracias de haberme creado, hecho cristiano...». Sí: estamos contentos por el don de la fe; ¡es el don más precioso, que nadie puede arrebatarlos! Demos gracias por ello al Señor cada día, con la oración y con una vida cristiana coherente. ¡Dios nos ama, pero espera que también nosotros lo amemos!

Pero no es solo a Dios a quien quiero dar las gracias en este momento. Un papa no está solo al timón de la barca de Pedro, aunque es su primer responsable. Nunca me he sentido solo al llevar la alegría y el peso del ministerio petrino: el Señor ha puesto a mi lado a muchas personas que, con generosidad y amor a Dios y a la Iglesia, me han ayudado y han estado cerca de mí. Ante todo, vosotros, queridos hermanos cardenales: vuestra sabiduría, vuestros consejos, vuestra amistad, han sido preciosos para mí; mis colaboradores, empezando por mi Secretario de Estado, que me ha acompañado con fidelidad durante estos años; la Secretaría de Estado y toda la Curia Romana, así como cuantos, en sus diferentes sectores, prestan su servicio a la Santa Sede. Se trata de muchos rostros que no salen a la luz, que permanecen en la sombra, pero que precisamente en el silencio, con su dedicación diaria, con su espíritu de fe y humildad, han sido para mí un apoyo seguro y fiable. ¡Un saludo especial a la Iglesia de Roma, a mi diócesis! No puedo olvidar a mis hermanos en el episcopado y en el presbiterado, a las personas consagradas y a todo el Pueblo de Dios: en las visitas pastorales, en los encuentros, en las audiencias, en los viajes, siempre he percibido gran atención y profundo afecto; pero yo también he querido a todos y a cada uno, sin distinciones, con esa caridad pastoral que es el corazón de todo pastor, sobre todo del Obispo de Roma, del Sucesor del apóstol Pedro. Cada día he llevado a cada uno de vosotros en mi oración, con corazón de padre.

Después, quisiera que mi saludo y mi agradecimiento alcanzaran a todos: el corazón de un papa abarca el mundo entero. Y quisiera expresar mi gratitud al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede, que representa a la gran familia de las naciones. Pienso también en cuantos trabajan con vistas a una buena comunicación, y les doy las gracias por su importante servicio.

Quisiera ahora dar las gracias de todo corazón también a todas las numerosas personas del mundo entero que durante estas últimas semanas me han enviado señales conmovedoras de atención, de amistad y de oración. Sí: el

Papa nunca está solo; ahora lo experimento de nuevo, de una manera tan poderosa, que me llega al corazón. El Papa pertenece a todos, y muchísimas personas se sienten muy cercanas a él. Es verdad que recibo cartas de los grandes del mundo: de jefes de Estado, de líderes religiosos, de representantes del mundo de la cultura, etcétera; pero recibo también muchísimas cartas de personas sencillas que me escriben simplemente, de corazón, y me transmiten su afecto, que nace de su unión con Cristo Jesús, en la Iglesia.

Estas personas no me escriben como se escribe, por ejemplo, a un príncipe o a un grande al que no se conoce; me escriben como hermanos y hermanas o como hijos e hijas, con el sentido propio de un vínculo familiar muy afectuoso. Aquí se puede palpar lo que es la Iglesia: no una organización, una asociación con fines religiosos o humanitarios, sino un cuerpo vivo, una comunión de hermanos y hermanas en el Cuerpo de Jesucristo, que a todos nos une. Experimentar la Iglesia de esta manera y poder casi palpar la fuerza de su verdad y de su amor es motivo de alegría en un tiempo en el que tantos hablan de su declive. ¡Bien se ve, en cambio, hasta qué punto la Iglesia está viva hoy!

Durante estos últimos meses he notado que mis fuerzas habían disminuido, y le he pedido a Dios con insistencia, en la oración, que me iluminara con su luz para que pudiera tomar la decisión más correcta no por mi bien, sino por el bien de la Iglesia. He dado este paso plenamente consciente de su gravedad y también de su novedad, pero con profunda serenidad de ánimo. Amar a la Iglesia significa también tomar decisiones difíciles, trabajosas, teniendo siempre presente el bien de la Iglesia, y no a uno mismo.

Permitidme aquí que vuelva una vez más al 19 de abril de 2005. La gravedad de mi decisión ha consistido también en el hecho que desde aquel momento me encontraba comprometido siempre y para siempre por el Señor. Siempre: quien asume el ministerio petrino no tiene ya ninguna privacidad; pertenece siempre y totalmente a todos, a toda la Iglesia. A su vida se le quita totalmente, por así decirlo, su dimensión privada. He podido experimentar —y lo experimento precisamente ahora— que uno recibe la vida justo cuando la da. Antes he dicho que muchas personas que aman al Señor aman también al Sucesor de San Pedro y le están muy afeccionadas; que el Papa tiene realmente hermanos y hermanas, hijos e hijas en todo el mundo, y que se siente seguro en el abrazo de vuestra comunión, porque no se pertenece ya a sí mismo, sino que pertenece a todos, y todos pertenecen a él.

El «siempre» es también un «para siempre»: no hay ya vuelta a lo privado. Mi decisión de renunciar al ejercicio activo del ministerio no revoca eso. No vuelvo a la vida privada, a una vida de viajes, encuentros, recepciones, conferencias, etcétera. No abandono la cruz, sino que permanezco de manera nueva cerca del Señor crucificado. No ejerzo ya la potestad del cargo para el gobierno de la Iglesia, pero en el servicio de la oración permanezco —valga la expresión— dentro del recinto de San Pedro. San Benito, cuyo nombre

llevo como papa, me servirá de gran ejemplo en esto. Él nos mostró el camino de una vida que, ya sea activa o pasiva, pertenece totalmente a la obra de Dios.

Doy las gracias a todos y a cada uno también por el respeto y la comprensión con que habéis acogido tan importante decisión. Yo seguiré acompañando el camino de la Iglesia con la oración y la reflexión, con la misma dedicación al Señor y a su Esposa que he intentado vivir hasta ahora cada día y que quisiera vivir siempre. Os ruego que me recordéis ante el Señor y, sobre todo, que recéis por los cardenales, llamados a un cometido de tanta importancia, y por el nuevo Sucesor del apóstol Pedro: que el Señor lo acompañe con la luz y la fuerza de su Espíritu.

Invoquemos la intercesión maternal de la Virgen María, Madre de Dios y de la Iglesia, para que acompañe a cada uno de nosotros y a toda la comunidad eclesial; a ella nos encomendamos con profunda confianza.

Queridos amigos: Dios guía a su Iglesia y la sostiene siempre, también y sobre todo en los momentos difíciles. No perdamos nunca esta visión de fe, que es la única visión auténtica del camino de la Iglesia y del mundo. Que en nuestro corazón, en el corazón de cada uno de vosotros, haya siempre la gozosa certeza de que el Señor está a nuestro lado, no nos abandona, está cercano y nos envuelve con su amor.

¡Gracias!

FRANCISCO

FRANCISCUS

13 de marzo de 2013

*Annuntio vobis gaudium magnum;
habemus Papam:*

*Eminentissimum ac Reverendissimum Dominum,
Dominum Georgium Marium
Sanctae Romanae Ecclesiae Cardinalem Bergoglio
qui sibi nomen imposuit Franciscum*



Bendición Urbi et Orbi:

Hermanos y hermanas, buenas tardes. Sabéis que el deber del cónclave era dar un Obispo a Roma. Parece que mis hermanos Cardenales han ido a buscarlo casi al fin del mundo..., pero aquí estamos. Os agradezco la acogida. La comunidad diocesana de Roma tiene a su Obispo. Gracias. Y ante todo, quisiera rezar por nuestro Obispo emérito, Benedicto XVI. Oremos todos juntos por él, para que el Señor lo bendiga y la Virgen lo proteja.

(Padre nuestro. Ave María. Gloria al Padre).

Y ahora, comenzamos este camino: Obispo y pueblo. Este camino de la Iglesia de Roma, que es la que preside en la caridad a todas las Iglesias. Un camino de fraternidad, de amor, de confianza entre nosotros. Recemos siempre por nosotros: el uno por el otro. Recemos por todo el mundo, para que haya una gran fraternidad. Deseo que este camino de Iglesia, que hoy comenzamos y en el cual me ayudará mi Cardenal Vicario, aquí presente, sea fructífero para la evangelización de esta ciudad tan hermosa. Y ahora quisiera dar la Bendición, pero antes, antes, os pido un favor: antes que el Obispo bendiga al pueblo, os pido que vosotros recéis para el que Señor me bendiga: la oración del pueblo, pidiendo la Bendición para su Obispo. Hagamos en silencio esta oración de vosotros por mí....

Ahora daré la Bendición a vosotros y a todo el mundo, a todos los hombres y mujeres de buena voluntad.

(Bendición).

Hermanos y hermanas, os dejo. Muchas gracias por vuestra acogida. Rezad por mí y hasta pronto. Nos veremos pronto. Mañana quisiera ir a rezar a la Virgen, para que proteja a toda Roma. Buenas noches y que descanséis.

Su Santidad el Papa Francisco

El Cardenal **Jorge Mario Bergoglio** nació el 17 de diciembre de 1936 en Buenos Aires, Argentina. Realizó los estudios de química y después entró en el Seminario Villa de Voto el 11 de marzo de 1958 e ingresó en el noviciado de la compañía de Jesús. Completó los estudios en humanidades en Chile en 1963. De vuelta a Buenos Aires obtuvo la Licenciatura en el Colegio Mayor San José.

Entre 1964 y 1965 fue profesor de literatura y filosofía en el Colegio de la Inmaculada de Santa Fe y en 1966 enseñó las mismas materias en el Colegio del Salvador de Buenos Aires.

De 1967 a 1970 estudió teología en el mismo Colegio Mayor donde también se licenció. El 13 de diciembre de 1969 fue ordenado sacerdote.

Entre 1970 y 1971 realizó la Tercera Probación en Alcalá de Henares y el 22 de abril de 1973 hizo su profesión perpetua.

Fue maestro de novicios en Villa Barilari, San Miguel, entre 1972 y 1973. También fue profesor en la Facultad de Teología, Consultor de la Provincia y rector del colegio mayor.

El 31 de julio de 1973 fue nombrado Provincial de Argentina, encargo que ejerció durante 6 años.

Entre 1980 y 1986 fue rector del Colegio Máximo y de la Facultad de Filosofía y Teología de la misma Casa de San Miguel, y párroco de la Parroquia del patriarca san José en la diócesis del mismo nombre.

En marzo de 1986 estuvo en Alemania donde concluyó su Tesis Doctoral; entonces sus superiores lo destinaron al Colegio del Salvador, desde donde pasó a la Iglesia de la Compañía en la Ciudad de Córdoba como director espiritual y confesor.

El 20 de mayo de 1992, el beato Juan Pablo II le nombró Obispo Titular de Auca y Auxiliar de Buenos Aires. El 27 de junio del mismo año, recibió en la Catedral de Buenos Aires la ordenación episcopal. Su lema episcopal es *MISERANDO ATQUE ELIGENDO*.

El 3 de junio de 1997, fue nombrado Arzobispo coadjutor de Buenos Aires y el 28 de febrero de 1998 Arzobispo titular de la diócesis.

Es autor de varios libros entre ellos *Meditaciones para religiosos*, 1982, *Refflexiones sobre la Vida Apostólica*, 1986 y *Reflexiones de Esperanza*, 1992.

Es el Ordinario para los fieles de rito oriental residentes en Argentina.

Gran Canciller de la Universidad Católica de Argentina.

De noviembre de 2005 a noviembre de 2011 fue Presidente de la Conferencia Episcopal de Argentina.

El beato Juan Pablo II le creó Cardenal en el Consistorio del 21 de febrero de 2001.

Ha sido Miembro de las Congregaciones para el Culto Divino y la Disciplina de sacramentos, para el Clero, para los Institutos de Vida Consagrada y la Sociedad de Vida Apostólica. Es también miembro del Pontificio Consejo para la familia.

Es miembro de la Pontificia Comisión para América latina.

Por otro lado, en enero de 2006 impartió en Madrid los ejercicios espirituales a los obispos miembros de la Conferencia Episcopal Española.

Homilías

HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO INICIO DEL MINISTERIO PETRINO DEL OBISPO DE ROMA

*Plaza de San Pedro
Martes 19 de marzo de 2013
Solemnidad de San José*

Queridos hermanos y hermanas

Doy gracias al Señor por poder celebrar esta Santa Misa de comienzo del ministerio petrino en la solemnidad de san José, esposo de la Virgen María y patrono de la Iglesia universal: es una coincidencia muy rica de significado, y es también el onomástico de mi venerado Predecesor: le estamos cercanos con la oración, llena de afecto y gratitud.

Saludo con afecto a los hermanos Cardenales y Obispos, a los presbíteros, diáconos, religiosos y religiosas y a todos los fieles laicos. Agradezco por su presencia a los representantes de las otras Iglesias y Comunidades eclesiales, así como a los representantes de la comunidad judía y otras comunidades religiosas. Dirijo un cordial saludo a los Jefes de Estado y de Gobierno, a las delegaciones oficiales de tantos países del mundo y al Cuerpo Diplomático.

Hemos escuchado en el Evangelio que «José hizo lo que el ángel del Señor le había mandado, y recibió a su mujer» (*Mt 1,24*). En estas palabras se encierra ya la misión que Dios confía a José, la de ser *custos*, custodio. Custodio ¿de quién? De María y Jesús; pero es una custodia que se alarga luego a la Iglesia, como ha señalado el beato Juan Pablo II: «Al igual que cuidó amorosamente a María y se dedicó con gozoso empeño a la educación de Jesucristo, también custodia y protege su cuerpo místico, la Iglesia, de la que la Virgen Santa es figura y modelo» (*Exhort. ap. Redemptoris Custos*, 1).

¿Cómo ejerce José esta custodia? Con discreción, con humildad, en silencio, pero con una presencia constante y una fidelidad total, aun cuando no comprende. Desde su matrimonio con María hasta el episodio de Jesús en el Templo de Jerusalén a los doce años, acompaña en todo momento con esmero y amor. Está junto a María, su esposa, tanto en los momentos serenos de la vida como en los difíciles, en el viaje a Belén para el censo y en las horas temblorosas y gozosas del parto; en el momento dramático de la huida a Egipto y en la afanosa búsqueda de su hijo en el Templo; y después en la vida cotidiana en la casa de Nazaret, en el taller donde enseñó el oficio a Jesús.

¿Cómo vive José su vocación como custodio de María, de Jesús, de la Iglesia? Con la atención constante a Dios, abierto a sus signos, disponible a su proyecto, y no tanto al propio; y eso es lo que Dios le pidió a David, como hemos escuchado en la primera Lectura: Dios no quiere una casa construida por el hombre, sino la fidelidad a su palabra, a su designio; y es Dios mismo quien construye la casa, pero de piedras vivas marcadas por su Espíritu. Y José es «custodio» porque sabe escuchar a Dios, se deja guiar por su voluntad, y precisamente por eso es más sensible aún a las personas que se le han confiado, sabe cómo leer con realismo los acontecimientos, está atento a lo que le rodea, y sabe tomar las decisiones más sensatas. En él, queridos amigos, vemos cómo se responde a la llamada de Dios, con disponibilidad, con prontitud; pero vemos también cuál es el centro de la vocación cristiana: Cristo. Guardemos a Cristo en nuestra vida, para guardar a los demás, para salvaguardar la creación.

Pero la vocación de custodiar no sólo nos atañe a nosotros, los cristianos, sino que tiene una dimensión que antecede y que es simplemente humana, corresponde a todos. Es custodiar toda la creación, la belleza de la creación, como se nos dice en el libro del Génesis y como nos muestra san Francisco de Asís: es tener respeto por todas las criaturas de Dios y por el entorno en el que vivimos. Es custodiar a la gente, el preocuparse por todos, por cada uno, con amor, especialmente por los niños, los ancianos, quienes son más frágiles y que a menudo se quedan en la periferia de nuestro corazón. Es preocuparse uno del otro en la familia: los cónyuges se guardan recíprocamente y luego, como padres, cuidan de los hijos, y con el tiempo, también los hijos se convertirán en cuidadores de sus padres. Es vivir con sinceridad las amistades, que son un recíproco protegerse en la confianza, en el respeto

y en el bien. En el fondo, todo está confiado a la custodia del hombre, y es una responsabilidad que nos afecta a todos. Sed custodios de los dones de Dios.

Y cuando el hombre falla en esta responsabilidad, cuando no nos preocupamos por la creación y por los hermanos, entonces gana terreno la destrucción y el corazón se queda árido. Por desgracia, en todas las épocas de la historia existen «Herodes» que traman planes de muerte, destruyen y desfiguran el rostro del hombre y de la mujer.

Quisiera pedir, por favor, a todos los que ocupan puestos de responsabilidad en el ámbito económico, político o social, a todos los hombres y mujeres de buena voluntad: seamos «custodios» de la creación, del designio de Dios inscrito en la naturaleza, guardianes del otro, del medio ambiente; no dejemos que los signos de destrucción y de muerte acompañen el camino de este mundo nuestro. Pero, para «custodiar», también tenemos que cuidar de nosotros mismos. Recordemos que el odio, la envidia, la soberbia ensucian la vida. Custodiar quiere decir entonces vigilar sobre nuestros sentimientos, nuestro corazón, porque ahí es de donde salen las intenciones buenas y malas: las que construyen y las que destruyen. No debemos tener miedo de la bondad, más aún, ni siquiera de la ternura.

Y aquí añado entonces una ulterior anotación: el preocuparse, el custodiar, requiere bondad, pide ser vivido con ternura. En los Evangelios, san José aparece como un hombre fuerte y valiente, trabajador, pero en su alma se percibe una gran ternura, que no es la virtud de los débiles, sino más bien todo lo contrario: denota fortaleza de ánimo y capacidad de atención, de compasión, de verdadera apertura al otro, de amor. No debemos tener miedo de la bondad, de la ternura.

Hoy, junto a la fiesta de San José, celebramos el inicio del ministerio del nuevo Obispo de Roma, Sucesor de Pedro, que comporta también un poder. Ciertamente, Jesucristo ha dado un poder a Pedro, pero ¿de qué poder se trata? A las tres preguntas de Jesús a Pedro sobre el amor, sigue la triple invitación: Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas. Nunca olvidemos que el verdadero poder es el servicio, y que también el Papa, para ejercer el poder, debe entrar cada vez más en ese servicio que tiene su culmen luminoso en la cruz; debe poner sus ojos en el servicio humilde, concreto, rico de fe, de san José y, como él, abrir los brazos para custodiar a todo el Pueblo de

Dios y acoger con afecto y ternura a toda la humanidad, especialmente a los más pobres, los más débiles, los más pequeños; eso que Mateo describe en el juicio final sobre la caridad: al hambriento, al sediento, al forastero, al desnudo, al enfermo, al encarcelado (cf. *Mt* 25,31-46). Sólo el que sirve con amor sabe custodiar.

En la segunda Lectura, san Pablo habla de Abraham, que «apoyado en la esperanza, creyó, contra toda esperanza» (*Rm* 4,18). Apoyado en la esperanza, contra toda esperanza. También hoy, ante tantos cúmulos de cielo gris, hemos de ver la luz de la esperanza y dar nosotros mismos esperanza. Custodiar la creación, cada hombre y cada mujer, con una mirada de ternura y de amor; es abrir un resquicio de luz en medio de tantas nubes; es llevar el calor de la esperanza. Y, para el creyente, para nosotros los cristianos, como Abraham, como san José, la esperanza que llevamos tiene el horizonte de Dios, que se nos ha abierto en Cristo, está fundada sobre la roca que es Dios.

Custodiar a Jesús con María, custodiar toda la creación, custodiar a todos, especialmente a los más pobres, custodiarnos a nosotros mismos; he aquí un servicio que el Obispo de Roma está llamado a desempeñar, pero al que todos estamos llamados, para hacer brillar la estrella de la esperanza: protejamos con amor lo que Dios nos ha dado.

Imploro la intercesión de la Virgen María, de san José, de los Apóstoles san Pedro y san Pablo, de san Francisco, para que el Espíritu Santo acompañe mi ministerio, y a todos vosotros os digo: Rezad por mí. Amén.

HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

domingo de Ramos

Plaza de San Pedro

XXVIII Jornada Mundial de la Juventud

Domingo 24 de marzo de 2013

1. Jesús entra en Jerusalén. La muchedumbre de los discípulos lo acompaña festivamente, se extienden los mantos ante él, se habla de los prodigios que ha hecho, se eleva un grito de alabanza: «¡Bendito el que viene como rey, en nombre del Señor! Paz en el cielo y gloria en lo alto» (*Lc* 19,38).

Gentío, fiesta, alabanza, bendición, paz. Se respira un clima de alegría. Jesús ha despertado en el corazón tantas esperanzas, sobre todo entre la gente humilde, simple, pobre, olvidada, esa que no cuenta a los ojos del mundo. Él ha sabido comprender las miserias humanas, ha mostrado el rostro de misericordia de Dios y se ha inclinado para curar el cuerpo y el alma.

Este es Jesús. Este es su corazón atento a todos nosotros, que ve nuestras debilidades, nuestros pecados. El amor de Jesús es grande. Y, así, entra en Jerusalén con este amor, y nos mira a todos nosotros. Es una bella escena, llena de luz – la luz del amor de Jesús, de su corazón –, de alegría, de fiesta.

Al comienzo de la Misa, también nosotros la hemos repetido. Hemos agitado nuestras palmas. También nosotros hemos acogido al Señor; también nosotros hemos expresado la alegría de acompañarlo, de saber que nos es cercano, presente en nosotros y en medio de nosotros como un amigo, como un hermano, también como rey, es decir, como faro luminoso de nuestra vida. Jesús es Dios, pero se ha abajado a caminar con nosotros. Es nuestro amigo, nuestro hermano. El que nos ilumina en nuestro camino. Y así lo hemos acogido hoy. Y esta es la primera palabra que quisiera deciros: *alegría*. No seáis nunca hombres y mujeres tristes: un cristiano jamás puede serlo. Nunca os dejéis vencer por el desánimo. Nuestra alegría no es algo que nace de tener tantas cosas, sino de haber encontrado a una persona, Jesús; que está entre nosotros; nace del saber que, con él, nunca estamos solos, incluso en los momentos difíciles, aun cuando el camino de la vida tropieza con problemas y obstáculos que parecen insuperables, y ¡hay tantos! Y en este momento viene el enemigo, viene el diablo, tantas veces disfrazado de ángel, e insidiosamente nos dice su palabra. No le escuchéis. Sigamos a Jesús. Nosotros acompañamos, seguimos a Jesús, pero sobre todo sabemos que él nos acompaña y nos carga sobre sus hombros: en esto reside nuestra alegría, la esperanza que hemos de llevar en este mundo nuestro. Y, por favor, no os dejéis robar la esperanza, no dejéis robar la esperanza. Esa que nos da Jesús.

2. Segunda palabra: ¿Por qué Jesús entra en Jerusalén? O, tal vez mejor, ¿cómo entra Jesús en Jerusalén? La multitud lo aclama como rey. Y él no se opone, no la hace callar (cf. *Lc 19,39-40*). Pero, ¿qué tipo de rey es Jesús? Mirémoslo: montado en un pollino, no tiene una corte que lo sigue, no está rodeado por un ejército, símbolo de fuerza. Quien lo acoge es gente humilde, sencilla, que tiene el sentido de ver en Jesús algo más; tiene ese sentido de la fe, que dice: Éste es el Salvador. Jesús no entra en la Ciudad Santa pa-

ra recibir los honores reservados a los reyes de la tierra, a quien tiene poder, a quien domina; entra para ser azotado, insultado y ultrajado, como anuncia Isaías en la Primera Lectura (cf. *Is* 50,6); entra para recibir una corona de espinas, una caña, un manto de púrpura: su realeza será objeto de burla; entra para subir al Calvario cargando un madero. Y, entonces, he aquí la segunda palabra: *cruz*. Jesús entra en Jerusalén para morir en la cruz. Y es precisamente aquí donde resplandece su ser rey según Dios: su trono regio es el madero de la cruz. Pienso en lo que decía Benedicto XVI a los Cardenales: Vosotros sois príncipes, pero de un rey crucificado. Ese es el trono de Jesús. Jesús toma sobre sí... ¿Por qué la cruz? Porque Jesús toma sobre sí el mal, la suciedad, el pecado del mundo, también el nuestro, el de todos nosotros, y lo lava, lo lava con su sangre, con la misericordia, con el amor de Dios. Miremos a nuestro alrededor: ¡cuántas heridas inflige el mal a la humanidad! Guerras, violencias, conflictos económicos que se abaten sobre los más débiles, la sed de dinero, que nadie puede llevárselo consigo, lo debe dejar. Mi abuela nos decía a los niños: El sudario no tiene bolsillos. Amor al dinero, al poder, la corrupción, las divisiones, los crímenes contra la vida humana y contra la creación. Y también —cada uno lo sabe y lo conoce— nuestros pecados personales: las faltas de amor y de respeto a Dios, al prójimo y a toda la creación. Y Jesús en la cruz siente todo el peso del mal, y con la fuerza del amor de Dios lo vence, lo derrota en su resurrección. Este es el bien que Jesús nos hace a todos en el trono de la cruz. La cruz de Cristo, abrazada con amor, nunca conduce a la tristeza, sino a la alegría, a la alegría de ser salvados y de hacer un poquito eso que ha hecho él aquel día de su muerte.

3. Hoy están en esta plaza tantos jóvenes: desde hace 28 años, el Domingo de Ramos es la Jornada de la Juventud. Y esta es la tercera palabra: *jóvenes*. Queridos jóvenes, os he visto en la procesión cuando entrabais; os imagino haciendo fiesta en torno a Jesús, agitando ramos de olivo; os imagino mientras aclamáis su nombre y expresáis la alegría de estar con él. Vosotros tenéis una parte importante en la celebración de la fe. Nos traéis la alegría de la fe y nos decís que tenemos que vivir la fe con un corazón joven, siempre: un corazón joven incluso a los setenta, ochenta años. Corazón joven. Con Cristo el corazón nunca envejece. Pero todos sabemos, y vosotros lo sabéis bien, que el Rey a quien seguimos y nos acompaña es un Rey muy especial:

es un Rey que ama hasta la cruz y que nos enseña a servir, a amar. Y vosotros no os avergonzáis de su cruz. Más aún, la abrazáis porque habéis comprendido que la verdadera alegría está en el don de sí mismo, en el don de sí, en salir de uno mismo, y en que él ha triunfado sobre el mal con el amor de Dios. Lleváis la cruz peregrina a través de todos los continentes, por las vías del mundo. La lleváis respondiendo a la invitación de Jesús: «Id y haced discípulos de todos los pueblos» (*Mt 28,19*), que es el tema de la Jornada Mundial de la Juventud de este año. La lleváis para decir a todos que, en la cruz, Jesús ha derribado el muro de la enemistad, que separa a los hombres y a los pueblos, y ha traído la reconciliación y la paz. Queridos amigos, también yo me pongo en camino con vosotros, desde hoy, sobre las huellas del beato Juan Pablo II y Benedicto XVI. Ahora estamos ya cerca de la próxima etapa de esta gran peregrinación de la cruz de Cristo. Aguardo con alegría el próximo mes de julio, en Río de Janeiro. Os doy cita en aquella gran ciudad de Brasil. Preparaos bien, sobre todo espiritualmente en vuestras comunidades, para que este encuentro sea un signo de fe para el mundo entero. Los jóvenes deben decir al mundo: Es bueno seguir a Jesús; es bueno ir con Jesús; es bueno el mensaje de Jesús; es bueno salir de uno mismo, a las periferias del mundo y de la existencia, para llevar a Jesús. Tres palabras: alegría, cruz, jóvenes.

Pidamos la intercesión de la Virgen María. Ella nos enseña el gozo del encuentro con Cristo, el amor con el que debemos mirarlo al pie de la cruz, el entusiasmo del corazón joven con el que hemos de seguirlo en esta Semana Santa y durante toda nuestra vida. Que así sea.

SANTA MISA CRISMAL
HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

*Basilica Vaticana
Jueves Santo 28 de marzo de 2013*

Queridos hermanos y hermanas

Celebro con alegría la primera Misa Crismal como Obispo de Roma. Os saludo a todos con afecto, especialmente a vosotros, queridos sacerdotes, que hoy recordáis, como yo, el día de la ordenación.

Las Lecturas, también el Salmo, nos hablan de los «Ungidos»: el siervo de Yahvé de Isaías, David y Jesús, nuestro Señor. Los tres tienen en común que la unción que reciben es para ungir al pueblo fiel de Dios al que sirven; su unción es para los pobres, para los cautivos, para los oprimidos... Una imagen muy bella de este «ser para» del santo crisma es la del Salmo 133: «Es como óleo perfumado sobre la cabeza, que se derrama sobre la barba, la barba de Aarón, hasta la franja de su ornamento» (v. 2). La imagen del óleo que se derrama, que desciende por la barba de Aarón hasta la orla de sus vestidos sagrados, es imagen de la unción sacerdotal que, a través del ungi-do, llega hasta los confines del universo representado mediante las vestiduras.

La vestimenta sagrada del sumo sacerdote es rica en simbolismos; uno de ellos, es el de los nombres de los hijos de Israel grabados sobre las piedras de ónix que adornaban las hombreras del efod, del que proviene nuestra casulla actual, seis sobre la piedra del hombro derecho y seis sobre la del hombro izquierdo (cf. Ex 28,6-14). También en el pectoral estaban grabados los nombres de las doce tribus de Israel (cf. Ex 28,21). Esto significa que el sacerdote celebra cargando sobre sus hombros al pueblo que se le ha confiado y llevando sus nombres grabados en el corazón. Al revestirnos con nuestra humilde casulla, puede hacernos bien sentir sobre los hombros y en el corazón el peso y el rostro de nuestro pueblo fiel, de nuestros santos y de nuestros mártires, que en este tiempo son tantos.

De la belleza de lo litúrgico, que no es puro adorno y gusto por los trapos, sino presencia de la gloria de nuestro Dios resplandeciente en su pueblo vivo y consolado, pasamos ahora a fijarnos en la acción. El óleo precioso que unge la cabeza de Aarón no se queda perfumando su persona sino que se derrama y alcanza «las periferias». El Señor lo dirá claramente: su unción es para los pobres, para los cautivos, para los enfermos, para los que están tristes y solos. La unción, queridos hermanos, no es para perfumarnos a nosotros mismos, ni mucho menos para que la guardemos en un frasco, ya que se pondría rancio el aceite... y amargo el corazón.

Al buen sacerdote se lo reconoce por cómo anda ungido su pueblo; esta es una prueba clara. Cuando la gente nuestra anda ungida con óleo de alegría se le nota: por ejemplo, cuando sale de la misa con cara de haber recibido

una buena noticia. Nuestra gente agradece el evangelio predicado con unción, agradece cuando el evangelio que predicamos llega a su vida cotidiana, cuando baja como el óleo de Aarón hasta los bordes de la realidad, cuando ilumina las situaciones límites, «las periferias» donde el pueblo fiel está más expuesto a la invasión de los que quieren saquear su fe. Nos lo agradece porque siente que hemos rezado con las cosas de su vida cotidiana, con sus penas y alegrías, con sus angustias y sus esperanzas. Y cuando siente que el perfume del Ungido, de Cristo, llega a través nuestro, se anima a confiarnos todo lo que quieren que le llegue al Señor: «Rece por mí, padre, que tengo este problema...». «Bendígame, padre», y «rece por mí» son la señal de que la unción llegó a la orla del manto, porque vuelve convertida en súplica, súplica del Pueblo de Dios. Cuando estamos en esta relación con Dios y con su Pueblo, y la gracia pasa a través de nosotros, somos sacerdotes, mediadores entre Dios y los hombres. Lo que quiero señalar es que siempre tenemos que reavivar la gracia e intuir en toda petición, a veces inoportunas, a veces puramente materiales, incluso banales – pero lo son sólo en apariencia – el deseo de nuestra gente de ser ungidos con el óleo perfumado, porque sabe que lo tenemos. Intuir y sentir como sintió el Señor la angustia esperanzada de la hemorroisa cuando tocó el borde de su manto. Ese momento de Jesús, metido en medio de la gente que lo rodeaba por todos lados, encarna toda la belleza de Aarón revestido sacerdotalmente y con el óleo que desciende sobre sus vestidos. Es una belleza oculta que resplandece sólo para los ojos llenos de fe de la mujer que padecía derrames de sangre. Los mismos discípulos – futuros sacerdotes – todavía no son capaces de ver, no comprenden: en la «periferia existencial» sólo ven la superficialidad de la multitud que aprieta por todos lados hasta sofocarlo (cf. Lc 8,42). El Señor en cambio siente la fuerza de la unción divina en los bordes de su manto.

Así hay que salir a experimentar nuestra unción, su poder y su eficacia redentora: en las «periferias» donde hay sufrimiento, hay sangre derramada, ceguera que desea ver, donde hay cautivos de tantos malos patronos. No es precisamente en autoexperiencias ni en introspecciones reiteradas que vamos a encontrar al Señor: los cursos de autoayuda en la vida pueden ser útiles, pero vivir nuestra vida sacerdotal pasando de un curso a otro, de método en método, lleva a hacernos pelagianos, a minimizar el poder de la gracia

que se activa y crece en la medida en que salimos con fe a darnos y a dar el Evangelio a los demás; a dar la poca unción que tengamos a los que no tienen nada de nada.

El sacerdote que sale poco de sí, que unge poco – no digo «nada» porque, gracias a Dios, la gente nos roba la unción – se pierde lo mejor de nuestro pueblo, eso que es capaz de activar lo más hondo de su corazón presbiteral. El que no sale de sí, en vez de mediador, se va convirtiendo poco a poco en intermediario, en gestor. Todos conocemos la diferencia: el intermediario y el gestor «ya tienen su paga», y puesto que no ponen en juego la propia piel ni el corazón, tampoco reciben un agradecimiento afectuoso que nace del corazón. De aquí proviene precisamente la insatisfacción de algunos, que terminan tristes, sacerdotes tristes, y convertidos en una especie de coleccionistas de antigüedades o bien de novedades, en vez de ser pastores con «olor a oveja» – esto os pido: sed pastores con «olor a oveja», que eso se note –; en vez de ser pastores en medio al propio rebaño, y pescadores de hombres. Es verdad que la así llamada crisis de identidad sacerdotal nos amenaza a todos y se suma a una crisis de civilización; pero si sabemos barrer su ola, podremos meternos mar adentro en nombre del Señor y echar las redes. Es bueno que la realidad misma nos lleve a ir allí donde lo que somos por gracia se muestra claramente como pura gracia, en ese mar del mundo actual donde sólo vale la unción – y no la función – y resultan fecundas las redes echadas únicamente en el nombre de Aquél de quien nos hemos fiado: Jesús.

Queridos fieles, acompañad a vuestros sacerdotes con el afecto y la oración, para que sean siempre Pastores según el corazón de Dios.

Queridos sacerdotes, que Dios Padre renueve en nosotros el Espíritu de Santidad con que hemos sido ungidos, que lo renueve en nuestro corazón de tal manera que la unción llegue a todos, también a las «periferias», allí donde nuestro pueblo fiel más lo espera y valora. Que nuestra gente nos sienta discípulos del Señor, sienta que estamos revestidos con sus nombres, que no busquemos otra identidad; y pueda recibir a través de nuestras palabras y obras ese óleo de alegría que les vino a traer Jesús, el Ungido.

Amén.

SANTA MISA EN LA CENA DEL SEÑOR
HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

Centro Penitenciario para Menores "Casal del Marmo", Roma
Jueves Santo 28 de marzo de 2013

Esto es conmovedor. Jesús que lava a los pies a sus discípulos. Pedro no comprende nada, lo rechaza. Pero Jesús se lo ha explicado. Jesús – Dios – ha hecho esto. Y Él mismo lo explica a los discípulos: «¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis “el Maestro” y “el Señor”, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros: os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis» (Jn 13,12-15). Es el ejemplo del Señor: Él es el más importante y lava los pies porque, entre nosotros, el que está más en alto debe estar al servicio de los otros. Y esto es un símbolo, es un signo, ¿no? Lavar los pies es: «yo estoy a tu servicio». Y también nosotros, entre nosotros, no es que debamos lavarnos los pies todos los días los unos a los otros, pero entonces, ¿qué significa? Que debemos ayudarnos, los unos a los otros. A veces estoy enfadado con uno, o con una... pero... olvídale, olvídale, y si te pide un favor, hazlo. Ayudarse unos a otros: esto es lo que Jesús nos enseña y esto es lo que yo hago, y lo hago de corazón, porque es mi deber. Como sacerdote y como obispo debo estar a vuestro servicio. Pero es un deber que viene del corazón: lo amo. Amo esto y amo hacerlo porque el Señor así me lo ha enseñando. Pero también vosotros, ayudadnos: ayudadnos siempre. Los unos a los otros. Y así, ayudándonos, nos haremos bien. Ahora haremos esta ceremonia de lavarnos los pies y pensemos: que cada uno de nosotros piense: «¿Estoy verdaderamente dispuesta o dispuesto a servir, a ayudar al otro?». Pensemos esto, solamente. Y pensemos que este signo es una caricia de Jesús, que Él hace, porque Jesús ha venido precisamente para esto, para servir, para ayudarnos.

VIGILIA PASCUAL
HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

Basílica Vaticana

Sábado Santo 30 de marzo de 2013

Queridos hermanos y hermanas

1. En el Evangelio de esta noche luminosa de la Vigilia Pascual, encontramos primero a las mujeres que van al sepulcro de Jesús, con aromas para ungir su cuerpo (cf. *Lc 24,1-3*). Van para hacer un gesto de compasión, de afecto, de amor; un gesto tradicional hacia un ser querido difunto, como hacemos también nosotros. Habían seguido a Jesús. Lo habían escuchado, se habían sentido comprendidas en su dignidad, y lo habían acompañado hasta el final, en el Calvario y en el momento en que fue bajado de la cruz. Podemos imaginar sus sentimientos cuando van a la tumba: una cierta tristeza, la pena porque Jesús les había dejado, había muerto, su historia había terminado. Ahora se volvía a la vida de antes. Pero en las mujeres permanecía el amor, y es el amor a Jesús lo que les impulsa a ir al sepulcro. Pero, a este punto, sucede algo totalmente inesperado, una vez más, que perturba sus corazones, trastorna sus programas y alterará su vida: ven corrida la piedra del sepulcro, se acercan, y no encuentran el cuerpo del Señor. Esto las deja perplejas, dudosas, llenas de preguntas: «¿Qué es lo que ocurre?», «¿qué sentido tiene todo esto?» (cf. *Lc 24,4*). ¿Acaso no nos pasa así también a nosotros cuando ocurre algo verdaderamente nuevo respecto a lo de todos los días? Nos quedamos parados, no lo entendemos, no sabemos cómo afrontarlo. A menudo, la *novedad* nos da miedo, también la novedad que Dios nos trae, la novedad que Dios nos pide. Somos como los apóstoles del Evangelio: muchas veces preferimos mantener nuestras seguridades, pararnos ante una tumba, pensando en el difunto, que en definitiva sólo vive en el recuerdo de la historia, como los grandes personajes del pasado. Tenemos miedo de las sorpresas de Dios. Queridos hermanos y hermanas, en nuestra vida, tenemos miedo de las sorpresas de Dios. Él nos sorprende siempre. Dios es así.

Hermanos y hermanas, no nos cerremos a la novedad que Dios quiere traer a nuestras vidas. ¿Estamos acaso con frecuencia cansados, decepcionados, tristes; sentimos el peso de nuestros pecados, pensamos no lo podemos conseguir? No nos encerremos en nosotros mismos, no perdamos la confianza,

nunca nos resignemos: no hay situaciones que Dios no pueda cambiar, no hay pecado que no pueda perdonar si nos abrimos a él.

2. Pero volvamos al Evangelio, a las mujeres, y demos un paso hacia adelante. Encuentran la tumba vacía, el cuerpo de Jesús no está allí, algo nuevo ha sucedido, pero todo esto todavía no queda nada claro: suscita interrogantes, causa perplejidad, pero sin ofrecer una respuesta. Y he aquí dos hombres con vestidos resplandecientes, que dicen: «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? No está aquí, ha resucitado» (*Lc 24,5-6*). Lo que era un simple gesto, algo hecho ciertamente por amor – el ir al sepulcro –, ahora se transforma en acontecimiento, en un evento que cambia verdaderamente la vida. Ya nada es como antes, no sólo en la vida de aquellas mujeres, sino también en nuestra vida y en nuestra historia de la humanidad. Jesús no está muerto, ha resucitado, es *el Viviente*. No es simplemente que haya vuelto a vivir, sino que es la vida misma, porque es el Hijo de Dios, que es el que vive (cf. *Nm 14,21-28; Dt 5,26, Jos 3,10*). Jesús ya no es del pasado, sino que vive en el presente y está proyectado hacia el futuro, Jesús es el «hoy» eterno de Dios. Así, la novedad de Dios se presenta ante los ojos de las mujeres, de los discípulos, de todos nosotros: la victoria sobre el pecado, sobre el mal, sobre la muerte, sobre todo lo que oprime la vida, y le da un rostro menos humano. Y este es un mensaje para mí, para ti, querida hermana y querido hermano. Cuántas veces tenemos necesidad de que el Amor nos diga: ¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? Los problemas, las preocupaciones de la vida cotidiana tienden a que nos encerremos en nosotros mismos, en la tristeza, en la amargura..., y es ahí donde está la muerte. No busquemos ahí a Aquel que vive. Acepta entonces que Jesús Resucitado entre en tu vida, acógelo como amigo, con confianza: ¡Él es la vida! Si hasta ahora has estado lejos de él, da un pequeño paso: te acogerá con los brazos abiertos. Si eres indiferente, acepta arriesgar: no quedarás decepcionado. Si te parece difícil seguirlo, no tengas miedo, confía en él, ten la seguridad de que él está cerca de ti, está contigo, y te dará la paz que buscas y la fuerza para vivir como él quiere.

3. Hay un último y simple elemento que quisiera subrayar en el Evangelio de esta luminosa Vigilia Pascual. Las mujeres se encuentran con la novedad de Dios: Jesús ha resucitado, es el Viviente. Pero ante la tumba vacía y los dos hombres con vestidos resplandecientes, su primera reacción es de temor: estaban «con las caras mirando al suelo» – observa san Lucas –, no tenían ni

siquiera valor para mirar. Pero al escuchar el anuncio de la Resurrección, la reciben con fe. Y los dos hombres con vestidos resplandecientes introducen un verbo fundamental: Recordad. «Recordad cómo os habló estando todavía en Galilea... Y recordaron sus palabras» (Lc 24,6.8). Esto es la invitación a *hacer memoria* del encuentro con Jesús, de sus palabras, sus gestos, su vida; este recordar con amor la experiencia con el Maestro, es lo que hace que las mujeres superen todo temor y que lleven la proclamación de la Resurrección a los Apóstoles y a todos los otros (cf. Lc 24,9). Hacer memoria de lo que Dios ha hecho por mí, por nosotros, hacer memoria del camino recorrido; y esto abre el corazón de par en par a la esperanza para el futuro. Aprendamos a hacer memoria de lo que Dios ha hecho en nuestras vidas.

En esta Noche de luz, invocando la intercesión de la Virgen María, que guardaba todos estas cosas en su corazón (cf. Lc 2,19.51), pidamos al Señor que nos haga partícipes de su resurrección: nos abra a su novedad que transforma, a las sorpresas de Dios, tan bellas; que nos haga hombres y mujeres capaces de hacer memoria de lo que él hace en nuestra historia personal y la del mundo; que nos haga capaces de sentirlo como el Viviente, vivo y actuando en medio de nosotros; que nos enseñe cada día, queridos hermanos y hermanas, a no buscar entre los muertos a Aquel que vive. Amén.

**MENSAJE URBI ET ORBI
DEL SANTO PADRE FRANCISCO
PASCUA 2013**

Domingo 31 de marzo de 2013

Queridos hermanos y hermanas de Roma y de todo el mundo: ¡Feliz Pascua!
¡Feliz Pascua!

Es una gran alegría para mí poderos dar este anuncio: ¡Cristo ha resucitado! Quisiera que llegara a todas las casas, a todas las familias, especialmente allí donde hay más sufrimiento, en los hospitales, en las cárceles...

Quisiera que llegara sobre todo al corazón de cada uno, porque es allí donde Dios quiere sembrar esta Buena Nueva: Jesús ha resucitado, hay la esperanza para ti, ya no estás bajo el dominio del pecado, del mal. Ha vencido el amor, ha triunfado la misericordia. La misericordia de Dios siempre vence.

También nosotros, como las mujeres discípulas de Jesús que fueron al sepulcro y lo encontraron vacío, podemos preguntarnos qué sentido tiene este evento (cf. Lc 24,4). ¿Qué significa que Jesús ha resucitado? Significa que el amor de Dios es más fuerte que el mal y la muerte misma, significa que el amor de Dios puede transformar nuestras vidas y hacer florecer esas zonas de desierto que hay en nuestro corazón. Y esto lo puede hacer el amor de Dios.

Este mismo amor por el que el Hijo de Dios se ha hecho hombre, y ha ido hasta el fondo por la senda de la humildad y de la entrega de sí, hasta descender a los infiernos, al abismo de la separación de Dios, este mismo amor misericordioso ha inundado de luz el cuerpo muerto de Jesús, y lo ha transfigurado, lo ha hecho pasar a la vida eterna. Jesús no ha vuelto a su vida anterior, a la vida terrenal, sino que ha entrado en la vida gloriosa de Dios y ha entrado en ella con nuestra humanidad, nos ha abierto a un futuro de esperanza.

He aquí lo que es la Pascua: el éxodo, el paso del hombre de la esclavitud del pecado, del mal, a la libertad del amor y la bondad. Porque Dios es vida, sólo vida, y su gloria somos nosotros: es el hombre vivo (cf. san Ireneo, Adv. haereses, 4,20,5-7).

Queridos hermanos y hermanas, Cristo murió y resucitó una vez para siempre y por todos, pero el poder de la resurrección, este paso de la esclavitud del mal a la libertad del bien, debe ponerse en práctica en todos los tiempos, en los momentos concretos de nuestra vida, en nuestra vida cotidiana. Cuántos desiertos debe atravesar el ser humano también hoy. Sobre todo el desierto que está dentro de él, cuando falta el amor de Dios y del prójimo, cuando no se es consciente de ser custodio de todo lo que el Creador nos ha dado y nos da. Pero la misericordia de Dios puede hacer florecer hasta la tierra más árida, puede hacer revivir incluso a los huesos secos (cf. Ez 37,1-14).

He aquí, pues, la invitación que hago a todos: Acojamos la gracia de la Resurrección de Cristo. Dejémosnos renovar por la misericordia de Dios, dejémosnos amar por Jesús, dejemos que la fuerza de su amor transforme también nuestras vidas; y hagámonos instrumentos de esta misericordia, cauces a través de los cuales Dios pueda regar la tierra, custodiar toda la creación y hacer florecer la justicia y la paz.

Así, pues, pidamos a Jesús resucitado, que transforma la muerte en vida, que cambie el odio en amor, la venganza en perdón, la guerra en paz. Sí, Cristo es nuestra paz, e imploremos por medio de él la paz para el mundo entero.

Paz para Oriente Medio, en particular entre israelíes y palestinos, que tienen dificultades para encontrar el camino de la concordia, para que reanuden las negociaciones con determinación y disponibilidad, con el fin de poner fin a un conflicto que dura ya demasiado tiempo. Paz para Iraq, y que cese definitivamente toda violencia, y, sobre todo, para la amada Siria, para su población afectada por el conflicto y los tantos refugiados que están esperando ayuda y consuelo. ¡Cuánta sangre derramada! Y ¿cuánto dolor se ha de causar todavía, antes de que se consiga encontrar una solución política a la crisis?

Paz para África, escenario aún de conflictos sangrientos. Para Malí, para que vuelva a encontrar unidad y estabilidad; y para Nigeria, donde lamentablemente no cesan los atentados, que amenazan gravemente la vida de tantos inocentes, y donde muchas personas, incluso niños, están siendo rehenes de grupos terroristas. Paz para el Este la República Democrática del Congo y la República Centroafricana, donde muchos se ven obligados a abandonar sus hogares y viven todavía con miedo.

Paz en Asia, sobre todo en la península coreana, para que se superen las divergencias y madure un renovado espíritu de reconciliación.

Paz a todo el mundo, aún tan dividido por la codicia de quienes buscan fáciles ganancias, herido por el egoísmo que amenaza la vida humana y la familia; egoísmo que continúa en la trata de personas, la esclavitud más extendida en este siglo veintiuno: la trata de personas es precisamente la esclavitud más extendida en este siglo veintiuno. Paz a todo el mundo, desgarrado por la violencia ligada al tráfico de drogas y la explotación inicua de los recursos naturales. Paz a esta Tierra nuestra. Que Jesús Resucitado traiga consuelo a quienes son víctimas de calamidades naturales y nos haga custodios responsables de la creación.

Queridos hermanos y hermanas, a todos los que me escuchan en Roma y en todo el mundo, les dirijo la invitación del Salmo: «Dad gracias al Señor porque es bueno, / porque es eterna su misericordia. / Diga la casa de Israel: / “Eterna es su misericordia”» (Sal 117,1-2).

Queridos hermanos y hermanas venidos de todas las partes del mundo y reunidos en esta plaza, corazón de la cristiandad, y todos los que estáis conectados a través de los medios de comunicación, os renuevo mi felicitación: ¡Buena Pascua!

Llevad a vuestras familias y vuestros Países el mensaje de alegría, de esperanza y de paz que cada año, en este día, se renueva con vigor.

Que el Señor resucitado, vencedor del pecado y de la muerte, reconforte a todos, especialmente a los más débiles y necesitados. Gracias por vuestra presencia y el testimonio de vuestra fe. Un pensamiento y un agradecimiento particular por el don de las hermosas flores, que provienen de los Países Bajos. Repito a todos con afecto: Cristo resucitado gué a todos vosotros y a la humanidad entera por sendas de justicia, de amor y de paz.

TOMA DE POSESIÓN
DE LA CÁTEDRA DEL OBISPO DE ROMA
HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO

Basílica de San Juan de Letrán
II Domingo de Pascua o de la Divina Misericordia, 7 de abril de 2013

Con gran alegría celebro por primera vez la Eucaristía en esta Basílica Lateranense, catedral del Obispo de Roma. Saludo con sumo afecto al querido Cardenal Vicario, a los Obispos auxiliares, al Presbiterio diocesano, a los Diáconos, a las Religiosas y Religiosos y a todos los fieles laicos. Saludo asimismo al señor Alcalde, a su esposa y a todas las Autoridades. Caminemos juntos a la luz del Señor Resucitado.

1. Celebramos hoy el segundo domingo de Pascua, también llamado «de la Divina Misericordia». Qué hermosa es esta realidad de fe para nuestra vida: la *misericordia* de Dios. Un amor tan grande, tan profundo el que Dios nos tiene, un amor que no decae, que siempre aferra nuestra mano y nos sostiene, nos levanta, nos guía.

2. En el Evangelio de hoy, el apóstol Tomás experimenta precisamente esta misericordia de Dios, que tiene un rostro concreto, el de Jesús, el de Jesús resucitado. Tomás no se fía de lo que dicen los otros Apóstoles: «Hemos visto el Señor»; no le basta la promesa de Jesús, que había anunciado: al tercer día resucitaré. Quiere ver, quiere meter su mano en la señal de los clavos y del costado. ¿Cuál es la reacción de Jesús? La *paciencia*: Jesús no abandona al terco Tomás en su incredulidad; le da una semana de tiempo, no le cierra la puerta, espera. Y Tomás reconoce su propia pobreza, la poca fe: «Señor mío y Dios mío»: con esta invocación simple, pero llena de fe, responde a la paciencia de Jesús. Se deja envolver por la misericordia divina, la ve ante sí, en las heridas de las manos y de los pies, en el costado abierto, y recobra la confianza: es un hombre nuevo, ya no es incrédulo sino creyente.

Y recordemos también a Pedro: que tres veces reniega de Jesús precisamente cuando debía estar más cerca de él; y cuando toca el fondo encuentra la mirada de Jesús que, con paciencia, sin palabras, le dice: «Pedro, no tengas miedo de tu debilidad, confía en mí»; y Pedro comprende, siente la mirada de amor de Jesús y llora. Qué hermosa es esta mirada de Jesús – cuánta ternura –. Hermanos y hermanas, no perdamos nunca la confianza en la paciente misericordia de Dios.

Pensemos en los dos discípulos de Emaús: el rostro triste, un caminar errante, sin esperanza. Pero Jesús no les abandona: recorre a su lado el camino, y no sólo. Con paciencia explica las Escrituras que se referían a Él y se detiene a compartir con ellos la comida. Éste es el estilo de Dios: no es impaciente como nosotros, que frecuentemente queremos todo y enseguida, también con las personas. Dios es paciente con nosotros porque nos ama, y quien ama comprende, espera, da confianza, no abandona, no corta los puentes, sabe perdonar. Recordémoslo en nuestra vida de cristianos: Dios nos espera siempre, aun cuando nos hayamos alejado. Él no está nunca lejos, y si volvemos a Él, está preparado para abrazarnos.

A mí me produce siempre una gran impresión releer la parábola del Padre misericordioso, me impresiona porque me infunde siempre una gran esperanza. Pensad en aquel hijo menor que estaba en la casa del Padre, era amado; y aun así quiere su parte de la herencia; y se va, lo gasta todo, llega al nivel más bajo, muy lejos del Padre; y cuando ha tocado fondo, siente la nostalgia del calor de la casa paterna y vuelve. ¿Y el Padre? ¿Había olvidado al Hijo? No, nunca. Está allí, lo ve desde lejos, lo estaba esperando cada

día, cada momento: ha estado siempre en su corazón como hijo, incluso cuando lo había abandonado, incluso cuando había dilapidado todo el patrimonio, es decir su libertad; el Padre con paciencia y amor, con esperanza y misericordia no había dejado ni un momento de pensar en él, y en cuanto lo ve, todavía lejano, corre a su encuentro y lo abraza con ternura, la ternura de Dios, sin una palabra de reproche: Ha vuelto. Y esta es la alegría del padre. En ese abrazo al hijo está toda esta alegría: ¡Ha vuelto!. Dios siempre nos espera, no se cansa. Jesús nos muestra esta paciencia misericordiosa de Dios para que recobremos la confianza, la esperanza, siempre. Un gran teólogo alemán, Romano Guardini, decía que Dios responde a nuestra debilidad con su paciencia y éste es el motivo de nuestra confianza, de nuestra esperanza (cf. *Glaubenserkenntnis*, Würzburg 1949, 28). Es como un diálogo entre nuestra debilidad y la paciencia de Dios, es un diálogo que si lo hacemos, nos da esperanza.

3. Quisiera subrayar otro elemento: la paciencia de Dios debe encontrar en nosotros *la valentía de volver a Él*, sea cual sea el error, sea cual sea el pecado que haya en nuestra vida. Jesús invita a Tomás a meter su mano en las llagas de sus manos y de sus pies y en la herida de su costado. También nosotros podemos entrar en las llagas de Jesús, podemos tocarlo realmente; y esto ocurre cada vez que recibimos los sacramentos. San Bernardo, en una bella homilía, dice: «A través de estas hendiduras, puedo libar miel silvestre y aceite de rocas de pedernal (cf. *Dt* 32,13), es decir, puedo gustar y ver qué bueno es el Señor» (*Sermón* 61, 4. Sobre el libro del Cantar de los cantares). Es precisamente en las heridas de Jesús que nosotros estamos seguros, ahí se manifiesta el amor inmenso de su corazón. Tomás lo había entendido. San Bernardo se pregunta: ¿En qué puedo poner mi confianza? ¿En mis méritos? Pero «mi único mérito es la misericordia de Dios. No seré pobre en méritos, mientras él no lo sea en misericordia. Y, porque la misericordia del Señor es mucha, muchos son también mis méritos» (*ibid*, 5). Esto es importante: la valentía de confiarme a la misericordia de Jesús, de confiar en su paciencia, de refugiarme siempre en las heridas de su amor. San Bernardo llega a afirmar: «Y, aunque tengo conciencia de mis muchos pecados, si creció el pecado, más desbordante fue la gracia (*Rm* 5,20)» (*ibid*). Tal vez alguno de nosotros puede pensar: mi pecado es tan grande, mi lejanía de Dios es como la del hijo menor de la parábola, mi incredulidad es como la de Tomás; no tengo las agallas para volver, para pensar que Dios pueda acogerme y que me esté esperando precisamente a mí. Pero Dios te espera precisamente a ti,

te pide sólo el valor de regresar a Él. Cuántas veces en mi ministerio pastoral me han repetido: «Padre, tengo muchos pecados»; y la invitación que he hecho siempre es: «No temas, ve con Él, te está esperando, Él hará todo». Cuántas propuestas mundanas sentimos a nuestro alrededor. Dejémonos sin embargo aferrar por la propuesta de Dios, la suya es una caricia de amor. Para Dios no somos números, somos importantes, es más somos lo más importante que tiene; aun siendo pecadores, somos lo que más le importa.

Adán después del pecado sintió vergüenza, se ve desnudo, siente el peso de lo que ha hecho; y sin embargo Dios no lo abandona: si en ese momento, con el pecado, inicia nuestro exilio de Dios, hay ya una promesa de vuelta, la posibilidad de volver a Él. Dios pregunta enseguida: «Adán, ¿dónde estás?», lo busca. Jesús quedó desnudo por nosotros, cargó con la vergüenza de Adán, con la desnudez de su pecado para lavar nuestro pecado: sus llagas nos han curado. Acordaos de lo de san Pablo: ¿De qué me puedo enorgullecer sino de mis debilidades, de mi pobreza? Precisamente sintiendo mi pecado, mirando mi pecado, yo puedo ver y encontrar la misericordia de Dios, su amor, e ir hacia Él para recibir su perdón.

En mi vida personal, he visto muchas veces el rostro misericordioso de Dios, su paciencia; he visto también en muchas personas la determinación de entrar en las llagas de Jesús, diciéndole: Señor estoy aquí, acepta mi pobreza, esconde en tus llagas mi pecado, lávalo con tu sangre. Y he visto siempre que Dios lo ha hecho, ha acogido, consolado, lavado, amado.

Queridos hermanos y hermanas, dejémonos envolver por la misericordia de Dios; confiemos en su paciencia que siempre nos concede tiempo; tengamos el valor de volver a su casa, de habitar en las heridas de su amor dejando que Él nos ame, de encontrar su misericordia en los sacramentos. Sentiremos su ternura, tan hermosa, sentiremos su abrazo y seremos también nosotros más capaces de misericordia, de paciencia, de perdón y de amor.

Al final de la misa el Pontífice se asomó al balcón de las bendiciones de la basílica de San Juan de Letrán y saludó a los fieles en la plaza con estas palabras:

Hermanos y hermanas, ¡buenas tardes! Os doy las gracias por vuestra compañía en la misa de hoy. ¡Muchas gracias! Os pido que recéis por mí, lo necesito. No os olvidéis de esto. ¡Gracias a todos vosotros! Y sigamos adelante todos juntos, el pueblo y el Obispo, todos juntos; adelante siempre con la alegría de la Resurrección de Jesús; Él siempre está a nuestro lado. Que el Señor os bendiga.

Después de la bendición, el Papa concluyó:

¡Muchas gracias! ¡Hasta pronto!

HOMILÍA DEL SANTO PADRE FRANCISCO
Basílica de San Pablo Extramuros
III Domingo de Pascua, 14 de abril de 2013

Queridos Hermanos y Hermanas:

Me alegra celebrar la Eucaristía con ustedes en esta Basílica. Saludo al Arceobispo, el Cardenal James Harvey, y le agradezco las palabras que me ha dirigido; junto a él, saludo y doy las gracias a las diversas instituciones que forman parte de esta Basílica, y a todos vosotros. Estamos sobre la tumba de san Pablo, un humilde y gran Apóstol del Señor, que lo ha anunciado con la palabra, ha dado testimonio de él con el martirio y lo ha adorado con todo el corazón. Estos son precisamente los tres verbos sobre los que quisiera reflexionar a la luz de la Palabra de Dios que hemos escuchado: anunciar, dar testimonio, adorar.

1. En la Primera Lectura llama la atención la fuerza de Pedro y los demás Apóstoles. Al mandato de permanecer en silencio, de no seguir enseñando en el nombre de Jesús, de no anunciar más su mensaje, ellos responden claramente: «Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres». Y no los detiene ni siquiera el ser azotados, ultrajados y encarcelados. Pedro y los Apóstoles anuncian con audacia, con parresia, aquello que han recibido, el Evangelio de Jesús. Y nosotros, ¿somos capaces de llevar la Palabra de Dios a nuestros ambientes de vida? ¿Sabemos hablar de Cristo, de lo que representa para nosotros, en familia, con los que forman parte de nuestra vida cotidiana? La fe nace de la escucha, y se refuerza con el anuncio.

2. Pero demos un paso más: el anuncio de Pedro y de los Apóstoles no consiste sólo en palabras, sino que la fidelidad a Cristo entra en su vida, que queda transformada, recibe una nueva dirección, y es precisamente con su vida con la que dan testimonio de la fe y del anuncio de Cristo. En el Evangelio, Jesús pide a Pedro por tres veces que apaciente su grey, y que la apaciente con su amor, y le anuncia: «Cuando seas viejo, extenderás las manos, otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras» (Jn 21,18). Esta es una palabra dirigida a nosotros, los Pastores: no se puede apacentar el rebaño de Dios si no se acepta ser llevados por la voluntad de Dios incluso donde no queremos, si no hay disponibilidad para dar testimonio de Cristo con la entrega de nosotros mismos, sin reservas, sin cálculos, a veces a costa incluso de nuestra vida. Pero esto vale para todos: el Evangelio ha de ser anunciado y testimoniado. Cada uno debería preguntarse: ¿Cómo doy yo testimonio de Cristo con mi fe? ¿Tengo el valor de Pedro y los otros Apóstoles de pensar, decidir y vivir como cristiano, obedeciendo a Dios? Es verdad que el testimonio de la fe tiene muchas formas, como en un gran mural hay variedad de colores y de matices; pero todos son importantes, incluso los que no destacan. En el gran designio de Dios, cada detalle es importante, también el pequeño y humilde testimonio tuyo y mío, también ese escondido de quien vive con sencillez su fe en lo cotidiano de las relaciones de familia, de trabajo, de amistad. Hay santos del cada día, los santos «ocultos», una especie de «clase media de la santidad», como decía un escritor francés, esa «clase media de la santidad» de la que todos podemos formar parte. Pero en diversas partes del mundo hay también quien sufre, como Pedro y los Apóstoles, a causa del Evangelio; hay quien entrega la propia vida por permanecer fiel a Cristo, con un testimonio marcado con el precio de su sangre. Recordémoslo bien todos: no se puede anunciar el Evangelio de Jesús sin el testimonio concreto de la vida. Quien nos escucha y nos ve, debe poder leer en nuestros actos eso mismo que oye en nuestros labios, y dar gloria a Dios. Me viene ahora a la memoria un consejo que San Francisco de Asís daba a sus hermanos: predicad el Evangelio y, si fuese necesario, también con las palabras. Predicar con la vida: el testimonio. La incoherencia de los fieles y los Pastores entre lo que dicen y lo que hacen, entre la palabra y el modo de vivir, mina la credibilidad de la Iglesia.

3. Pero todo esto solamente es posible si reconocemos a Jesucristo, porque es él quien nos ha llamado, nos ha invitado a recorrer su camino, nos ha elegido. Anunciar y dar testimonio es posible únicamente si estamos junto a él,

justamente como Pedro, Juan y los otros discípulos estaban en torno a Jesús resucitado, como dice el pasaje del Evangelio de hoy; hay una cercanía cotidiana con él, y ellos saben muy bien quién es, lo conocen. El Evangelista subraya que «ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor» (Jn 21,12). Y esto es un punto importante para nosotros: vivir una relación intensa con Jesús, una intimidad de diálogo y de vida, de tal manera que lo reconozcamos como «el Señor». ¡Adorarlo! El pasaje del Apocalipsis que hemos escuchado nos habla de la adoración: miríadas de ángeles, todas las creaturas, los vivientes, los ancianos, se postran en adoración ante el Trono de Dios y el Cordero inmolado, que es Cristo, a quien se debe alabanza, honor y gloria (cf. Ap 5,11-14). Quisiera que nos hiciéramos todos una pregunta: Tú, yo, ¿adoramos al Señor? ¿Acudimos a Dios sólo para pedir, para agradecer, o nos dirigimos a él también para adorarlo? Pero, entonces, ¿qué quiere decir adorar a Dios? Significa aprender a estar con él, a pararse a dialogar con él, sintiendo que su presencia es la más verdadera, la más buena, la más importante de todas. Cada uno de nosotros, en la propia vida, de manera consciente y tal vez a veces sin darse cuenta, tiene un orden muy preciso de las cosas consideradas más o menos importantes. Adorar al Señor quiere decir darle a él el lugar que le corresponde; adorar al Señor quiere decir afirmar, creer – pero no simplemente de palabra – que únicamente él guía verdaderamente nuestra vida; adorar al Señor quiere decir que estamos convencidos ante él de que es el único Dios, el Dios de nuestra vida, el Dios de nuestra historia.

Esto tiene una consecuencia en nuestra vida: despojarnos de tantos ídolos, pequeños o grandes, que tenemos, y en los cuales nos refugiamos, en los cuales buscamos y tantas veces ponemos nuestra seguridad. Son ídolos que a menudo mantenemos bien escondidos; pueden ser la ambición, el carterismo, el gusto del éxito, el poner en el centro a uno mismo, la tendencia a estar por encima de los otros, la pretensión de ser los únicos amos de nuestra vida, algún pecado al que estamos apegados, y muchos otros. Esta tarde quisiera que resonase una pregunta en el corazón de cada uno, y que respondiéramos a ella con sinceridad: ¿He pensado en qué ídolo oculto tengo en mi vida que me impide adorar al Señor? Adorar es despojarse de nuestros ídolos, también de esos más recónditos, y escoger al Señor como centro, como vía maestra de nuestra vida.

Queridos hermanos y hermanas, el Señor nos llama cada día a seguirlo con valentía y fidelidad; nos ha concedido el gran don de elegirnos como discípulos suyos; nos invita a proclamarlo con gozo como el Resucitado, pero nos pide que lo hagamos con la palabra y el testimonio de nuestra vida en lo cotidiano. El Señor es el único, el único Dios de nuestra vida, y nos invita a despojarnos de tantos ídolos y a adorarle sólo a él. Anunciar, dar testimonio, adorar. Que la Santísima Virgen María y el Apóstol Pablo nos ayuden en este camino, e intercedan por nosotros.

Así sea.

SANTA SEDE

SECRETARIA DE ESTADO

Vaticano, 21 de febrero de 2013

N. 208.800

Mons. Vicente Jiménez Zamora
Obispo de Santander

Señor Obispo:

Animado por confianza filial, en nombre también de la Diócesis de Santander, ha querido manifestar al Papa Benedicto XVI su cordial afecto y cercanía espiritual, asegurándole al mismo tiempo su estrecha unión en la plegaria con motivo de su renuncia al ministerio de Sucesor del Apóstol san Pedro.

Su Santidad ha apreciado vivamente esta delicada atención, así como los sentimientos que la han motivado, especialmente las oraciones elevadas por su Persona en este momento tan importante para él y la Iglesia.

El Santo Padre, a la vez que exhorta a renovar nuestra fe en el Supremo Pastor de la Iglesia, Cristo el Señor, le imparte complacido la Bendición Apostólica, prenda de copiosos dones celestiales.

Aprovecho la circunstancia para expresarle, Excelencia, mi consideración y estima en Cristo.

+ Angelo Becciu
Sustituto

SECRETARIA DE ESTADO

Vaticano, 27 de marzo de 2013-04-22

Nº 10

Mons. Vicente JIMÉNEZ ZAMORA
Obispo de Santander

Señor Obispo:

Con ocasión de la elección del Santo Padre Francisco a la Sede de San Pedro, en nombre también de esa Comunidad diocesana, ha tenido la amabilidad de hacerle llegar un atento mensaje de felicitación.

El Papa agradece esta muestra de cordial cercanía y suplica que recen por él y por los frutos de su servicio a la Iglesia, al mismo tiempo que imparte con particular afecto a Vuestra Excelencia, y a cuantos se han unido a esta delicada atención, la Bendición Apostólica.

Aprovecho gustoso la oportunidad para manifestarle, Señor Obispo, los sentimientos de mi consideración y estima en Cristo.

Cardenal Tarcisio Bertone
Secretario de Estado de Su Santidad